

JOSÉ LÓPEZ PRUDENCIO

EXTREMADURA  
\* Y ESPAÑA \*

CONFERENCIAS  
♦ FAMILIARES ♦

SOBRE

LA RAZA DE LOS  
CONQUISTADORES

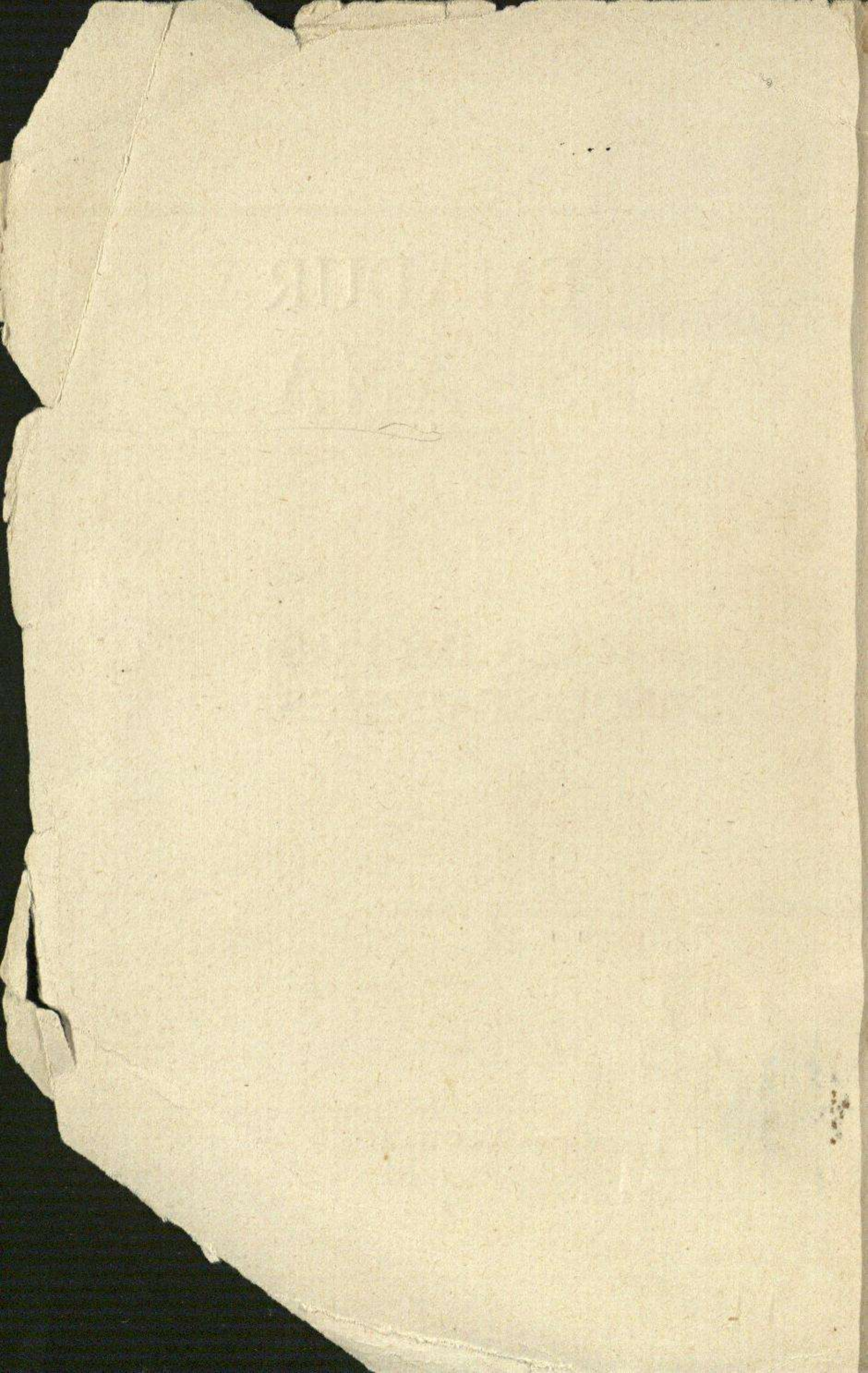
SEGUNDA EDICION

BADAJOS

Ediciones ARQUEROS

1929

1778



EXTREMADURA Y ESPAÑA .

S.E.

11881

946  
L82j  
R

R

A. 3755

A. 3755

946 "CS-15"  
282j

JOSÉ LÓPEZ PRUDENCIO

# EXTREMADURA Y ESPAÑA

CONFERENCIAS FAMILIARES

SOBRE

## LA RAZA DE LOS CONQUISTADORES

SEGUNDA EDICIÓN



*LP*

B.P. CACERES
N.R. 3755
N.T.
C.B. 1079029

BADAJOS  
Ediciones ARQUEROS  
1929

---

Es propiedad del Autor.  
Queda hecho el depósito que  
marca la Ley.

---

*A Don Regino de Miguel  
y Guerra.*

*A cariñosas intimaciones de usted,  
deben su existencia y publicidad es-  
tas páginas; protéjalas la autoridad  
de su respetado nombre y será éste  
un motivo más de gratitud que habré  
de unir a los muchos dados por usted  
a su buen amigo,*

*J. López Prudencio.*





# PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN

## AL LECTOR

### I

**L**A razón de ser y de cuanto vale este libro, de EXTREMADURA Y ESPAÑA, que mi cariñosa amistad con el autor me obliga a presentar al que, ávido de lectura y sobrado de paciencia, leyere este modestísimo prólogo, se da en el propio López Prudencio, que, según mis cuentas, es él multiplicado por él mismo.

El que lo conozca íntimamente, y goza fama de tener muy pocos amigos, o a lo menos así se lo presume, sabe que todo cuanto es no se lo debe absolutamente a nadie, ni a la suerte, que nunca le fué favorable y cuyo significado

—me consta a ciencia cierta y por habérselo oído varias veces—todavía ignora.

Sólo en su solo cabo, conforme es decir proverbial de esta tierra, como el gusano de seda, elaboró dentro de sí su riquísimo ropaje; y, pues ha contado, pesado y medido, durante toda su vida, lo que le ha costado su trabajo, tiene plena conciencia de lo que da de sí, y desdeña, como ajeno, lo que los demás pudieran prestarle. Vive de dentro a fuera; no de fuera a dentro.

Al revés de como se vive hoy: no por el favoritismo extraño que lo ensalce; sino por la propia energía que lo da por convicto y confeso de que se halla a solas. Y habla recio, y encomendándose a sí mismo el darse a valer, inicia su pugna al efecto, por animar el vacío ambiente que le circunda, con el pensamiento de no se cual enciclopedista, que hace suyo propio: «Los grandes nos parecen grandes porque los miramos de rodillas; levantémonos», lo caldea y quiebra con el fuego abrasador de sus acres diatrivas que desparrama en periódicos y conversaciones; y lo atraviesa saliendo afuera, a la luz del día, con su obra presente, tal cual es él multiplicado por sí mismo; y, en su aspecto social, extremeño corregido y aumentado por sí propio: antes que nada de su región, de dentro; luego de su nación, hacia fuera.

## II

Y supuesto que tal es su estilo y... el hombre, que le es equivalente, según la conocida expresión de marca francesa, ¿está bien escrito el libro de EXTREMADURA Y ESPAÑA, objeto de estas líneas?

Creo que no estoy obligado a decirlo, aunque lo supiere y me fuere preguntado, porque leyéndolo, se persuade cualquiera a creerlo; o, a lo menos, es muy difícil no sentirlo.

Desde luego al tiempo del mes y año corrientes, en que «es muy hermoso no pensar ni querer», y en que «el lobo blanco del invierno viene», y en que tan sólo interesa discutir la transformación de la especie humana en otra más perfecta y sucesiva, por o sin generación espontánea; halaga y refrigera ver, que haya todavía quien con la razón, en su lugar, mire para atrás; y a grandes rasgos de enérgica factura y brillante colorido, con mano maestra, perfile la belleza de su tierra, dándole relieves privativos en cada momento y tendencia culminantes, del desarrollo histórico general; a intento de que, en el porvenir, se la sintiese, si aún no se pensare y quisiere; se la respetase en la tregua apetecida, cuando el lobo viniere

«con los feroces ojos inyectados  
en sangre helada, fijos y crueles;»

y se le reconociera un derecho perdurable de conservación, a pesar de las teorías extemporáneas de razas degeneradas.

En el texto, López Prudencio, estruja todo el cariño de su alma regional, en galanteos a su Extremadura; y no ha habido alientos de vida en la patria grande que, a su entender, no se hayan percibido originales, llenos, vigorosos y acompasados, como latidos del corazón, en la chica, en que él naciera; si bien, con su característica distintiva que es, como mira el autor todas las cosas, desde adentro, la gallarda audacia despertadora puntual y oportuna de su nativa indolencia.

En los apéndices, López Prudencio es el que conocemos mejor por acá: crítica recio y amargamente, afirmando el pie para no perder el equilibrio en la contienda, midiendo las distancias para asegurar el golpe, y no descuidándose de rematar al adversario con el de gracia artístico, que le quite de penas.

En el texto, construye amorosamente en Extremadura el hogar nacional, dejando inscriptos para siempre en los sillares de su fábrica, los indelebles caracteres: de Viriato y Lusitania, en el primero de la entrada, que es

el de la unidad territorial; de la Emérita Augusta y goda, con San Hermenegildo, en el de su vera, en que aquel se engrana, de nuestra cultura neolatina y la religiosa de los Concilios toledanos: de los taifas de Badajoz y las órdenes militares de Alcántara y Santiago, en el de más adentro, que llama de la discordia mora, y coloca, por fuera de cara a los vientos devastadores de la reconquista cristiana; de Guadalupe, con Gregorio López, Galindez de Carvajal y los Rectores extremeños de Salamanca por juro de heredad, en el que baña la luz de la ciencia; de Torres Naharro, Garcí-Sánchez, Juan de Badajoz, Morales y Zurbarán, Arias Montano y el Brocense, en el que por acaso de la suerte, se hubo de mecer la cuna de la literatura y bellas artes españolas; así como en el que se estribaron las columnas —de que rayera Colón lo que había antes del *plus ultra* de la tierra— a Hernán Cortés y Pizarro con los frailes civilizadores del nuevo Continente; y en el místico, de mayor altura ideal, de la santidad del cielo, a los Santos Eulalia, Sisenando, Pedro de Alcántara y a Fray Juan de los Angeles...

En los apéndices destruye, examina, censura y borra o tacha la opinión contraria a Extremadura y, en la propia no da ocasión a duda, teniéndoselas contra todos, como él vive ordinariamente, incluso hasta con el gran Padre

Flórez, a quien estima en mucho; pero de cuya sinceridad desconfía en estos casos.

Y a mí me consta, según me dijo un sabio maestro mío, que el Padre Flórez no tuvo que arrepentirse a la hora de la muerte más que de dos mentiras históricas: una la de haber dado la silla primada a Toledo antes de tiempo, y la otra... que ni nunca me la contara ni jamás he podido averiguarla. ¿Será alguna de las que le achaca López Prudencio?

### III

Ya verás que éste, en su libro, carísimo lector, es siempre el mismo: él, multiplicado por sí propio, corregido y aumentado a su manera; pero extremeño de todas suertes; y, en suma, puesto que hoy no es más que eso, que a él le debe más Extremadura, que a Extremadura él.

Badajoz, 25 de Junio de 1903.

*J. Rubio.*

## PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

**L**A tenacidad con que López Prudencio exige se rectifiquen las anacrónicas alusiones del prólogo de su libro EXTREMADURA Y ESPAÑA, al ir a editarlo nuevamente, es un engaño de su viejo cariño. La burjaca, propia del prologuista, de mendigo literario, está llena de agujeros y totalmente vacía.

Siempre tuvo la inflación del miedo a escribir: pero ahora, distanciado del autor por los divergentes derroteros de la vida de ambos, se han perdido los contactos de sus discusiones y estudios. Y si el uno se multiplicó por sí mismo, como profetizaba el prólogo,

dando a luz bellísimos libros, el mejor *Relieves antiguos*, que le dieron prestigio esclarecido, llevándolo a colaborar en el más leído de los periódicos españoles, y a que su nombre y sus obras se citaran en textos extranjeros; el otro, se limitó a anotar los hechos del presente de los demás, a remachar los clavos de los intereses creados, y a cruzarse de brazos ante la plural, confusa y laberíntica reglamentación de su práctica. ¡Como que creyó a pies juntillas ser cierto e incuestionable el epitafio del jurisconsulto cartaginense Marco Oppio: *Forensis ars hic est sita!* Y, ni aún ha podido ni sabido encontrar noticias del antecedente del fuero extremeño del Baylio, el que Alfonso X el Sabio, diera a Jerez de los Caballeros en 1253, por más que ha forcejeado por conseguirlo, para brindar, aunque no fuera, sino una apostilla a la obra prologada EXTREMADURA Y ESPAÑA.

Ya ve el lector si hay distancia entre autor y prologuista: el uno, está allá, en la empinada, rayano con la cumbre;



el otro, se ha quedado en el fondo del barranco, *cinis, pulvis, nihil*.

Se mantiene el prólogo a la primera edición, porque el cariño de López Prudencio, al pedir su rectificación, se ha equivocado.

*J. Rubio.*



**H**ACE ya muchos años que escribí este libro. Fué un libro de intimidad vernácula y de juventud. Nació de una plática apacible y cordial. Corría el tren a lo largo de una de las dilatadas llanuras extremeñas. Era mi interlocutor el doctor don Regino de Miguel y Guerra, uno de los más altos valores espirituales que he conocido en Extremadura; su elevado valor mental no ha alcanzado la estima que merece, por no haber encontrado al paso — ya que la altivez no busca estas cosas — el pedestal de la ocasión que ha hecho resonar en el país tantos valores de solidez muy inferior a la suya.

En la lejanía, se destacó, sobre la planicie dilatada, una empinada colina; en su cumbre

se erguían torreones ruinosos. Era el castillo de Alanje. Nuestra charla recayó sobre las evocaciones que sugería el famoso castillo. La primera de todas, la de Ibn-Merwan el *Gallego*, y la importancia de su rebelión hizo derivar los comentarios hacia las repetidas veces que la intervención de gentes extremeñas se ha hecho sentir en el desenvolvimiento de la vida española.

Y de esta charla, de aquellos comentarios, nació este libro lleno de los ímpetus, de las acometividades rozagantes de una juventud que, por desgracia, veo ya alejarse, cada día con más rapidez y menos piadosamente. Al releer hoy estas páginas, siento vagar por mis labios una sonrisa en que se mezcla el enojo y la complacencia de los abuelos ante las petulancias arrogantes de los nietos, que les añoran los tiempos de su edad heroica.

No pretendía—justo es consignarlo—al trazar las páginas de este libro, que ellas salieran mucho más allá de la intimidad. El subtítulo «Conferencias familiares», no fué una máscara de falsa modestia. Pero allá, en el fondo de mi espíritu, bullía la ambición ingenua de un libro asombroso, del que éste no trataba de ser más que el esquema, el programa. En aquel libro... ¡oh! en aquel libro, ¿quién no se asombraría de ver la grandeza de Extremadura?

La vida, rodando inexorable sobre los sueños, ha ido derribándolos poco a poco, y el soplo del tiempo ha ido aventando hasta el polvo de sus ruinas. Sólo queda lo indestructible, lo incommovible, el cimiento de los hechos incrustado en la tierra parda de la realidad y apoyado en el firme—de roca viva y eterna—de la verdad, aunque desaparezcan todos los desvaríos locos que sobre estos cimientos levantó la fantasía.

¿Y qué es esto que no se ha disipado como los ensueños de la juventud?

Voy a decirlo sucinta y escuetamente:

Hay en la Península Ibérica una extensa comarca que no es Castilla, que no es La Mancha, que no es Andalucía, que no es Portugal, que no es León y que se encuentra rodeada por estas demarcaciones geográficas, de las cuales unas se llaman *regiones*—porque acatan la soberanía del Estado español, al que reservan la exclusiva del nombre de *Nación*, entre todos los elementos que constituyen dicho Estado—, la otra *demarcación*, Portugal, se llama a sí misma *Nación*, porque no acata soberanía de otra demarcación peninsular alguna, ni del conjunto de ellas.

Sin prejuzgar nada acerca de la propiedad de estas denominaciones, ni del valor de sus conceptos, me atenderé al lenguaje usual, llamando «regiones» a las mencionadas demar-

caciones españolas, y nación solamente a la personalidad de su conjunto, puesto que no es este el momento de discurrir sobre esas cuestiones, ni de hacer declaraciones del criterio que sobre ellas se tenga.

Esta extensa comarca—que no es ninguna de las «regiones» que la rodean—, viene ya, desde hace largos siglos, siendo designada con un nombre propio, exclusivo, distinto de los que sirven para designar las demás comarcas españolas. Este nombre es Extremadura.

En esta comarca se han realizado numerosos hechos interesantes para el desenvolvimiento de la historia de la Península; los hombres de esta comarca han intervenido repetidamente, con importante eficacia, en la vida española y en la obra que España ha realizado en la historia del mundo. Esta intervención ha llegado a tener un carácter, una fisonomía peculiar. He aquí lo eterno, lo inmovible, lo que jamás destruye—por mucho que pase sobre ello—la rueda inexorable de la vida. Se destruirán las ilusiones locas de la pasión, que trate de convertir a los hombres o a los pueblos en fenómenos indispensables para la vida del mundo. Ningún hombre, ningún pueblo es, ni ha sido, indispensable. Desaparecen los hombres más grandes, los pueblos más cultos, Babilonia, Grecia, Roma, y la humanidad prosigue su curso sin ellos. Lo

que han hecho unos, pudieron hacerlo otros, si ellos hubieran faltado. Acaso de otra manera, ¿quién sabe si mejor o peor?

Lo que no puede negarse, lo que no puede discutirse siquiera, es lo hecho, y su modo peculiar de ser hecho; esto es lo eterno, lo necesario, lo indestructible. A consignar esto escuetamente, en las más culminantes intervenciones de Extremadura y de sus hombres, en la vida de España, se reducirá el objeto de este libro en su nueva aparición.

Un motivo principal me ha inducido a procurar, para este libro, una difusión superior a la reducida—y ya casi extinguida—que tuvo en su primera aparición.

Los pueblos americanos vuelven, en estos días, con insistencia, la vista hacia los colonizadores y civilizadores que hicieron entrar a aquellos países en el cauce de la Historia universal. La frecuencia, la constancia con que, al investigar cuáles fueron los autores de aquella obra, aparecen hombres de Extremadura, ha hecho que la atención se dirija con curiosidad a esta región, tan fecunda en hombres de aquella índole; ¿cuál es la causa de este fenómeno? ¿Fué una mera casualidad? Las casualidades son raras en la historia y no suelen repetirse. Importa salir al paso a este error. No fué una casualidad. Extremadura colaboró siempre de un modo activo, intere-

sante en la obra de España; se destacó más en esa, porque es la más grande que España ha realizado en la historia del mundo, y porque es la que más engranó con su psicología. Pero antes de realizarla, al mismo tiempo que se llevaba a cabo, y después de ella, España ha realizado otras y Extremadura ha intervenido también en ellas de un modo intenso, graduándose siempre la importancia de esta intervención por la congruencia que cada labor nacional ha tenido con el carácter, el modo de ser peculiar de Extremadura.

Así lo verá el lector confirmado por las observaciones que se agrupan en las páginas de este libro, donde sólo han de anotarse hechos indiscutibles, comprobados y conocidos de todos; presentados, dentro de su ambiente, para que pueda apreciarse la categoría que tenga, en cada caso, la cooperación de Extremadura.

No llega a más mi pretensión, ni es otro el motivo de la nueva publicación de este libro.



## CONFERENCIA I.

### I

**S**IENDO, como es, mi propósito, no ocuparme más que en hechos comprobados, indiscutidos, conocidos del mayor número, aun de los no especializados ni iniciados en las reconditeces de las investigaciones históricas, no es de temer que comience por engolfarme en una disquisición acerca de las razas prehistóricas, de pueblos aborígenes, debatiendo sobre fantásticos regionalismos o nacionalismos de túrdulos, turdetanos, tartesios, etcétera, etcétera, o determinando o aquilatando sus discutidas localizaciones por estos parajes.

Nada de eso. Es más; aunque se hubieran desvanecido por completo cuantas nieblas envuelven a aquellas remotas lejanías de la his-

toria, ¿serían perfectamente imputables a la solidaridad de lo que hoy se llama Extremadura, la psicología, las virtudes, las vicisitudes y andanzas de las tribus y razas que, durante aquellos albores de la historia, discurrirían por estos territorios?

Estoy muy lejos de negar, en absoluto, la influencia de la topografía, el clima, el ambiente físico, hasta la estética peculiar del paisaje, en la psicología de los pueblos que habitan una comarca; pero, por mucha que sea esta influencia, no creo que sea ella sola lo que constituye la esencia íntima—espiritual y física—de los pueblos. Ni las naciones, ni las ciudades son exclusivamente el suelo en que viven. En el mismo sitio que, sembrado de sal por Escipión, quedó desierto como sepulcro del heroísmo numantino, se ha aposentado, andando los años, un pueblo que hoy no podríamos ver, sin una sonrisa un poco irónica, ufanarse con los laureles de la inolvidable ciudad celtíbera. Algo así nos ocurriría con los actuales habitantes de ese poco terreno del nordeste africano, si trataran galardonarse con las glorias del Cartago, los lauros de San Agustín o de la cadena de oro de los neoplatónicos. Hegel ha podido decir: «No me habléis del cielo jonio, pues hoy habitan los turcos donde antes habitaban los griegos.» Punto y a parte.

Nada, por tanto, más lejos de mi ánimo que

la tentación de atribuir a la solidaridad de lo que, después, se ha llamado Extremadura, andanzas de túrdulos, tartesios, turdetanos, etcétera, que, por aquellos lejanos tiempos, poblaran estas tierras, por mucha que fuera la influencia que tales tribus y razas tuvieran en lo que no sé si llamar España de aquella edad, porque ni siquiera estoy muy cierto de poder aplicar tal palabra a esta demarcación geográfica, en el mismo sentido que hoy.

Fichte, parodiando la frase «el estilo es el hombre», ha dicho: «la nación es su idioma». No deja de ser profunda la observación del filósofo alemán; pero no creo que deba interpretarse crudamente, hasta el punto de negar, en absoluto, la existencia del ser nacional mientras no aparece el idioma; no tanto, es el idioma, en efecto, el coronamiento, la última fase en la obra del desenvolvimiento constitutivo del ser nacional; pero así como, antes del alumbramiento, el feto vive y se mueve, aunque sólo grite después de nacer, anunciando con este grito su vida propia, también las naciones, o al menos los elementos nacionales, viven y se agitan, aun antes de que el idioma revele la consciencia de solidaridad colectiva que constituye su definitiva integración psicológica.

Convengamos, por tanto, en que las razas y tribus primitivas, ni solas, ni unidas a las ra-

zas colonizadoras, ni a las conquistadoras pueden ni deben agregarse, en su vida, en su psicología, a la solidaridad de la entidad nacional que, a lo largo de los siglos, ha llegado a constituirse después; pero tampoco puede negarse que aquellos elementos raciales — aun dispersos e incoherentes — son gérmenes, son materia prima, sobre la que el tiempo elaborará la forma de la futura personalidad cuyas líneas y matices se inician, más o menos confusamente, en estos primarios elementos.

## II

Ha dicho un publicista italiano, que su patria fué la nodriza intelectual y artística de Europa. No sé si desde Grecia podrá discutirse esta afirmación rotunda; pero me atrevería a asegurar que Roma — no Italia — sin haber llegado ella a ser nación, supo, si no fecundar, por lo menos determinar todos los gérmenes de nacionalidad que existían en Europa, mientras ella vivía, y cuantos, después de muerta, llegaron a conocer su formidable testamento jurídico.

Gérmenes, no vivificados, de nación, había ya en las tierras españolas, cuando llegaron a ella los resplandores de la cultura helénica, cuando se sintieron los estremecimientos de la

febril actividad, industrial y mercantil de los fenicios, cuando irrumpieron los estrépitos belicosos de Cartago; y sin embargo los gérmenes nacionales permanecen incoherentes.

Sólo cuando Roma avasalla (1), pero organiza y, al organizar, une, y al unir hace que los pueblos se den cuenta de su homogeneidad, de su solidaridad, empieza a aparecer, de un modo confuso, borroso, como casi instintivo, el primer destello imperfecto y primario de la conciencia solidaria que se revela, primero como protesta colectiva contra el avasallamiento que a todos oprime, y se esclarece más tarde, cuando, al hablar todos la misma lengua, se entienden por primera vez, aprendiendo unos de otros la homogeneidad de sus intereses y la identidad de sus tendencias, naturalezas y aspiraciones (2).

### III

Istolacio e Indortes salen a defender su casa contra Amilcar; Orisón hace lo propio. Pero Indívil y Mandonio ya llegan a reclutar toda la Celtiberia contra Roma, habiendo luchado

(1) «Sed ante a romanis obsesa est quam se ipsa cognosceret». Floro, *H<sup>a</sup> R. H.*—II—XVII *Res in Hispania gestæ*.

(2) «Et sola omnium provinciarum vires suas, postquam victa est intellexit». —Floro.—l. c.

antes, ora al lado de cartagineses, ora al lado de romanos, según convenía a sus intereses de tribu. Hasta habían llegado a ponerse del lado de Escipión, por agradecimiento personal a la magnanimidad de aquel patricio romano. Pero cuando este desaparece y se siente la pesada mano de Roma en la Celtibería, ésta se agita y ellos se ponen a la cabeza de la agitación: el fracaso de aquel movimiento hizo creer a los inocentes celtíberos que se habían equivocado, y aun hicieron responsable del supuesto error al único de los caudillos que respetaron las armas enemigas en el combate (A).

Roma se encargará de disipar estas preocupaciones; los oprimidos se encontrarán juntos bajo el yugo común y se reconocerán de nuevo.

Viriato es la encarnación del primer destello definido y concreto de la conciencia de la solidaridad nacional. No invita a luchar para sacar ventajas de los romanos, en favor de un determinado territorio; él los recorre todos, hablando al sentimiento nacional que empieza a despertar al conjuro de su palabra (B).

La luz que aparece en Lusitania no ilumina la Península, pero pasa por los ojos de todos; y todos la miran con efusivo cariño.

A las órdenes de Viriato no hay sólo lusitanos, y él, lejos de reducir su acción a la Lusitania (1), recorre media Península, acogiendo

(1) Floro. loc. cit. vid. ap. B al final del tomo.

a todos los oprimidos, de corazón valeroso, bajo sus banderas; y el cadáver de Viriato llegó a ser venerable, como un símbolo, en todos los ámbitos de España.

Su memoria, ni aun por el pronto, fué execrada por los españoles, como lo fueron las de Indívil y Mandonio (1). Después de la luz que difundió la Lusitania, reverberada en las armas de su caudillo, el fracaso no tenía eficacia alguna para debilitar el convencimiento que había arraigado en el pecho de los españoles. Viriato sucumbió, pero el sentimiento de solidaridad empieza a germinar, y esta tierra es el teatro de su primer movimiento.

#### IV

¿Qué abarcaba la Lusitania...? No hablemos de eso. Se extendía más allá de los actuales límites de Extremadura, por unas partes, y por otras no abarcaba tanto; como la Bética no abarcaba solamente Andalucía, ni la Tarraconense sólo Cataluña. Los romanos, al dividir la Península, se acomodaron, en lo posible, a la distinción de razas, caracteres y topografía que su penetrante vista política sor-

(1) Véase el apéndice A al final del tomo.

prendió, en la primera inspección que hicieron del territorio ibérico.

Más tarde dividen de otra manera y concretan más; pero esta no es la cuestión.

He empezado por reconocer que, no porque un hecho acontezca en un determinado territorio, hay motivo bastante para agregarlo a la solidaridad histórica del pueblo que, pasados algunos siglos, se establezca en el mismo lugar.

Pero si es evidente que, en la rebeldía de Lusitania, vieron los pueblos españoles el primer destello de su solidaridad, no ha de serlo menos que, en esta comarca, estaba el núcleo social que primero sintió esa solidaridad, base indispensable para el esclarecimiento, en la consciencia colectiva, de personalidades y unidades que rebasen los límites de las tribus, los castros, los municipios y las razas, constituyendo naciones y federaciones de más amplia concepción social.

## V

Evitemos, sin embargo, el error de conceder a las armas una eficacia que vaya más allá de los límites que la realidad les señala. Por fortuna ha perdido mucho terreno el tópico de



que las naciones puedan nacer ni morir por virtud de un movimiento armado.

Ha dicho Humboldt: «El pueblo es un ser como el individuo» y mientras este ser no tiene conciencia de su vida propia, todas las tentativas armadas son inútiles.

Es necesario que la luz de la cultura vaya abriéndose camino en los espíritus, que los hombres vean clara la necesaria solidaridad que los enlaza para constituir organismos sociales de una amplitud superior, a las familias y a la tribu; que se esclarezca la conciencia de esta entidad social superior, y entonces no hay armas capaces de extinguir esta personalidad, una vez formada, así como, mientras no se forma, ¿qué virtualidad pueden tener los movimientos armados para crearlas?

De la misma manera que Epitecto, arrastrando sus cadenas de esclavo, se sentía más libre que los que le oprimían con ellas, porque su alma volaba a sus anchas por las regiones puras de su filosofía; del mismo modo que el espíritu culto de Grecia flotó siempre triunfante por encima de todos los oleajes de victorias militares que, sobre ella, hicieron pasar macedonios y romanos, ofreciéndose a los asombrados ojos de la humanidad el espectáculo sorprendente de Roma helenizada, en los momentos más esplendorosos de su poder, sin que, a pesar de sus guerreros, pudiera ésta jamás ro-

manizar a Atenas, así se comprobará siempre que está más hondo que las espadas ceñidas en la cintura de los hombres, el buril que hace salir, de la masa informe de la humanidad, los contornos determinados de las naciones, y que ha de venir de más alto el rayo que las pulverice, cuando son inútiles para cumplir los fines de la historia.

## VI

La luz de la cultura griega y de los adelantos fenicios en nuestra Península, se quedó a pocos pasos de las costas. Los cartagineses no trajeron más que horrores. Los mismos romanos tardaron en dejar ver la luz de su cultura entre las nieblas de la guerra.

Sólo cuando apareció, ante el mundo, el inmenso espectáculo de la paz romana, se encontró sorprendida España, mirándose a sí misma, libre casi, de la tempestuosa noche de su laboriosa germinación.

Se habla en toda la Península el idioma de los vencedores, y por él se comunican sus homogéneos sentimientos todos los vencidos. Abrense sus ojos a la luz de la cultura y los castros empiezan a convertirse en ciudades (C) y los hombres adquieren un concepto superior de la vida...

¡Si los hombres en los diseminados castros pudieran hacerse árbitros y señores de la vida! ¡Si allí pudieran crearse una literatura, un arte que ennobleciera su alma, una industria que los auxiliara, en su lucha con la naturaleza, una luz mental y sentimental que les descubriera los recónditos caminos del bien y de la verdad!

Pero no hablemos de esto; esto sería la realización de aquel anhelo de perfección, escondido, como un sagrado vestigio, en las recónditeces del humano espíritu; aquella segunda naturaleza que Pascal veía en «el hombre que aventaja infinitamente al hombre», el misterioso «sentimiento purísimo, memoria — acaso triste, de un perdido cielo —, quizá esperanza de futura gloria», que columbró Espronceda en esos borrosos ensueños de plenitudes y venturas que es necesario trocar por el lento paso de la civilización. El hombre no puede realizar el ensueño generoso de su vida, sin abandonar la pureza libre de los primitivos campamentos, porque en ellos, en su aislamiento, no puede vencer a la naturaleza, ni rasgar las nieblas que empañan la diafanidad perdida de su espíritu. Necesita aglomerarse en ciudades, donde los esfuerzos se aunén, se auxilién las inteligencias y las fuerzas para luchar, y para resistir se multipliquen.

¿Es un progreso la acumulación de fuerzas intelectuales, físicas, industriales en lo que se

llama grandes poblaciones, sacando a los hombres de su diseminado aislamiento, en las sociedades patriarcales? Pues España lo adquirió, mediante Roma, y esos llamados focos de cultura brillarán en España, como en ninguna otra provincia bárbara de los romanos; Floro lo ha dicho: «et sola omnium provinciarum vires suas postquam victa est intellexit».

Pero sin comparación posible, es Mérida el emporio más brillante de la cultura romana que hubo en la Península. Ni Córdoba, ni Tarragona, ni Sevilla pueden compararse con la grandeza de Emérita, acaso la ciudad más populosa del Imperio después de Roma (B).

También es esta comarca donde esta fase del desenvolvimiento español recibe el más interesante impulso por entonces.

## CONFERENCIA II.

### I

**C**UANDO en Occidente se agotó la finalidad del Imperio romano, éste desapareció. Su caída fué sorda, anónima, callada. Se sintió más el estrépito de las piquetas demolidoras que el desmoronamiento.

La crisis... No es este el momento de detenernos a estudiarla. Su solución, su consecuencia más interesante, para nuestro estudio, es la formación de las nacionalidades bárbaras.

«Roma—ha dicho con profunda sabiduría don Federico de Castro, el inolvidable catedrático de la Universidad sevillana—consiguió a la postre formar el elemento femenino de las nacionalidades europeas.» Este elemento femenino fué fecundado, en el orden político,

por el individualismo de los bárbaros, en el orden moral y social con la nueva concepción de la vida que trae, para la humanidad, el Cristianismo.

Son innumerables los tópicos que circulan para explicar lo que significó en España la invasión de los bárbaros y la caída del Imperio. Hay hasta quien cree ver fundada la nación española en la crepuscular monarquía de Ataulfo, y quien imagina que el elemento godo estuvo siempre tan separado del español, que pasó por aquí sin dejar otro rastro que la mancha oscura del Guadalete (1).

No es nuestro fin debatir sobre estas manoseadas cuestiones; sólo nos fijaremos en un hecho indiscutible, que se destaca en medio de aquella complicada crisis social de nuestra nación.

Al desaparecer de la Historia el Imperio de Occidente, quedan en nuestra Península dos elementos sociales totalmente distintos: uno el indígena, sacado de la barbarie por Roma y alumbrado, en el espíritu, por el Cristianismo que en él arraigó con fecundidad maravillosa; otro, formado por los restos que la decrepita sociedad romana dejó esparcidos por todos

(1) O Barbate o el lago de Janda o el que sea, en definitiva, el sitio del desastre. Al aludirlo con un nombre de los discutidos, no pretendemos dar por dilucidada esa controversia que, en este caso, es enteramente ajena a nuestro punto de atención.

los ámbitos de la Península y que jamás dejó de ser pagano en su corazón y costumbres; aunque con los labios aceptara, en una gran parte, el hecho consumado del Cristianismo.

## II

Cuando M. R. Dozzy escribió su «Historia de los Musulmanes Españoles», veía la luz pública en España la «Historia de la Literatura Española», de Amador de los Ríos, en uno de cuyos capítulos pudo insertar el escritor español una nota, sólidamente documentada, contestando a la equivocada opinión que, sobre este asunto, sostenía en su obra el arabista de Leiden.

Es verdad, como afirma Dozzy, que subsistían prácticas paganas, y costumbres y aun ritos gentiles en la Península ibérica; pero también es verdad, como afirma Amador de los Ríos, que la raza hispanolatina, de donde salieron los Juvencos, Leandros, Isidoros y Prudencios, no debe confundirse con la descreída grey de los esclavos.

## III

Los hechos que confirman esta dualidad de elementos, son muy elocuentes.

Desde el IX Concilio de Toledo, no hay uno siquiera en que no se agoten todas las formas conocidas de castigo contra los ritos y costumbres paganas; y el alma de aquellos concilios, es la raza hispanolatina, mejor dicho, aquellos concilios son el verbo de esta raza, vencedora, en el orden intelectual y moral, de los bárbaros que la habían vencido con las armas.

La molestia que los sentimientos cristianos de la raza hispanolatina sufrían, por las costumbres y ritos paganos que a su vista se practicaban, debía ser grande cuando impulsaba a sus obispos a tomar tan serias determinaciones en sus asambleas.

#### IV

Hay, pues, al desaparecer Roma, dos elementos distintos en España; el uno, creyente hasta el extremo de sacrificar la vida, con frecuencia, por su fe; y civilizado hasta el punto de ilustrar a las sociedades bárbaras que se asentaron en nuestro suelo; y otro, escéptico y decadente, resto miserable de la degenerada sociedad del Imperio; el primero genuinamente español, ilustrado por su contacto con Roma y evangelizado por la Iglesia Romana; el segundo romano; el primero, es el pedagogo,



a quien los godos deben la aureola de cultura que luce en su frente la monarquía, y cuyos más brillantes ornamentos son las obras legislativas y los cánones de los concilios; el segundo es el que infiltra, en la sangre pura de los bárbaros, las aficiones de sibaritismo y molicie que habían de dar al traste con todo su poder y gloria.

## V

Cuando se ve el cuadro de la sociedad española en el siglo VII, sombreado por los matices de todas las degradaciones, tal como lo presentan los dos Isidoros, y cuantos alcanzaron aquellos desdichados tiempos, se siente en el alma algo amargo y molesto como la duda... ¿Erraron los godos, al salir de las extensas llanuras de la Panonia, o de las áridas riberas del Volga y del Danubio, donde eran señores, árbitros de la vida, para encerrarse en los muros de las ciudades, donde la vida había de esclavizarlos?

Entre aquel pueblo feliz, libre y sencillo, lleno de ideales y ansioso de glorias, que recorre Italia, llevando a su frente al denodado y joven Alarico, cuyo cadáver venera hasta el punto de ponerle por losa en el sepulcro la corriente mansa del Busento, para que las

azules ondas cantaran eternamente en sus murmullos las alabanzas del héroe, cuyo sueño eterno arrullaban, defendiéndolo en su seno de las profanaciones de los tiempos; entre aquel pueblo y el que, en medio de mil perjuros, intrigas y traiciones, ve hundirse en otro río, menos cenagoso que su degeneración, al último de sus caudillos, cuyo principal delito estaba en ser la fiel encarnación del estado de su raza en aquellos momentos, hay un abismo.

El que dejan los ideales cuando desaparecen de la conciencia de los pueblos.

## VI

Los bárbaros no eran pueblos conquistadores; iban más bien a ser conquistados; no buscaban pueblos a quienes someter, buscaban países donde establecerse y enemigos con quienes lidiar, para ganar láuros y botín.

Pero, en medio de las brumas densas que envuelven a Europa, durante toda esta crisis política y social, no hay más destello, aparte de la Iglesia Romana, que el difundido, al fin, por la monarquía goda en sus obras legislativas y en sus concilios; y todo esto lo deben los godos a la raza vencida hispanolatina, que es la que representa la victoria intelectual en aquella lucha.

Esta raza ve sin pena desaparecer a Roma, que la oprimía, e intenta y consigue que su espíritu culto flote sobre el poder guerrero de los invasores, a quienes da leyes, costumbres y religión; pero no puede evitar que fermente la levadura de corrupción romana que estaba en la Península aún, como sedimento impuro.

La victoria obtuvo su coronamiento definitivo en el Concilio III de Toledo. La lucha no dejó de ser larga y dura, aunque sólo se ensangrentó en las aulas regias dos veces; una con las sevicias de Amalarico para con su católica esposa Clotilde; la otra con el martirio del príncipe Hermenegildo.

## VII

Las gentes de esta comarca, que más tarde se ha llamado Extremadura, ¿qué participación tuvieron en esta gran obra del pueblo español? Creo firmemente que fué Mérida la Corte del príncipe Hermenegildo y la ciudad en que se efectuó esta conversión tan influyente en el resultado definitivo. Pero Ambrosio de Morales se creyó en el caso de negar esto, y su opinión ha hecho fortuna entre los historiadores. No he de alegar, por tanto, un hecho tan discutido.

Nadie niega, en cambio, que Mérida fué una

de las ciudades que con más ardimiento siguieron el partido del Príncipe católico. Todos, sin excepción alguna, convienen en que esta ciudad fué una de las que el Rey arriano quitó a su hijo, en la contienda entablada. Menéndez y Pelayo, apoyándose, sin duda, en el Turonense, afirma que en ella fué preso el príncipe rebelde (1).

Pero no son estos hechos solos los que revelan la preeminencia de esta comarca, en esa victoria del pueblo y de la cultura española sobre la barbarie de los invasores.

Había sido Mérida, al menos desde el siglo IV, uno de los focos principales de la cultura católica. Y aun desde antes de este siglo. Sus obispos intervienen ya en el concilio de Iliberis, en el Arelatense I, en el Sarcidense al lado del gran Osio. Idacio, el segundo de sus Arzobispos, es uno de los más encendidos contendientes de Prisciliano, hasta incurrir en excesos censurables y severamente castigados por la Iglesia. No me he propuesto escribir la historia de Extremadura y por tanto estaría fuera de lugar aquí la minuciosa relación de estas cuestiones. Solamente insistiremos en aquellos episodios reveladores de que, en esta tierra, existía un núcleo poderoso y culto de la raza hispanoromana; la que al cabo se

(1) «H.<sup>a</sup> de los Heterodoxos Españoles». — T. II, Cap. III-VII, Pág. 171. 2.<sup>a</sup> edición.

impuso a los godos; y en los hechos que denuncian la participación indiscutible que este núcleo tomó en la victoria.

## VIII

En el año 400 se celebró el primero de los concilios toledanos, cuya memoria ha llegado a nosotros. El señor Menéndez y Pelayo, al ocuparse en la trascendencia de esta Asamblea, se admira de que, siendo tanta, haya quedado tan obscurecida por la fama del III de esos Concilios. La extrañeza del señor Menéndez y Pelayo no está destituída de fundamento. «Si en el concilio de 589 — dice — vemos a una raza bárbara e invasora doblar la frente ante los vencidos, y proclamar su triunfo y adorar a su Dios, y rendirse al predominio de la raza hispanoromana, de la verdadera y única raza *española*, no hemos de olvidar que, ciento ochenta y ocho años antes, otro concilio toledano había atado con vínculos indisolubles las voluntades de esa potente raza, le había dado la *unidad* del dogma, que le aseguró el triunfo contra el arrianismo y todas las herejías posteriores; la *unidad* de disciplina que hizo cesar la anarquía, y a las *iglesias* sucedió la *Iglesia* modelo de todas las occidentales en sabiduría y virtudes».

Toda esta importancia tiene el primero de los concilios toledanos. Pues bien, este concilio fué presidido por Patruino, el Metropolitano de Mérida. Pero no es esta sola la importancia que tiene la intervención de los preladados de estas tierras en esa interesante Asamblea. La presidencia correspondía al más antiguo, en consagración, de los asistentes, y por tanto, esto puede ser hijo de la casualidad. La importancia de esta intervención es mucho más trascendental. Fué la principal obra de este concilio unificar la disciplina española, «sustituir a las *iglesias* la *Iglesia* modelo de todas las occidentales en sabiduría y en virtudes». Esto fué propuesto por Patruino, el Metropolitano de Mérida. Las actas de este concilio, conservadas en la *Collectio Canonum Ecclesiae... Hispaniae* (ed. de la Biblioteca Real 1808, pág. 321), conservan las palabras del prelado de Mérida: «Como cada uno de nosotros ha comenzado a *hacer en su iglesia cosas diversas*, y de aquí han precedido tantos escándalos que llegan al cisma, decretamos, si os place, la norma que han de seguir los obispos en la ordenación de los clérigos. Yo opino que deberíamos guardar perpetuamente las constituciones del Concilio Niceno y no apartarnos de ellas jamás». La asamblea respondió a las palabras del presidente con esta rotunda confirmación: «*Hoc nobis placet,*

*ita ut si quis, cognitis gestis Niceni concilii, aliud quam statutum est, facere praesumpserit... hic excommunicatus habeatur» (1).*

## IX

Y con ser tan importante la intervención del Prelado de Mérida en esta asamblea, por debersele la iniciación y definición de la unidad de disciplina, y aun de dogma, estableciendo en todo su vigor el concilio Niceno, no fué esta sólo la aportación de la archidiócesis emeritense a este concilio. Ocupóse este concilio, en su canon primero, de la pureza y castidad de vida de los clérigos, y para decretarla se sujetó a lo ya establecido por los obispos emeritenses. He aquí sus palabras: «*ita tamen ut si qui, etiam ante interdictum quod per Lusitanos Episcopos constitutum est, incontinenter cum uxóribus suis vixerunt, Presbiterii honore non cumulentur. Si quis vero ex Presbiteris ante interdictum filios susceperit, de Presbiterio ad Episcopatum non admitatur» (2).*

Habiendo tenido tanta y tan interesante participación el núcleo hispanoromano de Mérida

(1) M. y Pelayo. L. II, Pág. 94 y 95. T. II.

(2) P. Flórez. «España Sagrada». T. XIII, Fr. 41, C. II, página 260.

da en la labor de armonizar los esfuerzos de la raza, dándoles coherencia y unión de entendimientos y voluntades, tan eficaz para preparar su victoria sobre la raza invasora, ¿sería creíble que no tomara parte en el triunfo definitivo?

Prosigamos examinando el testimonio de los hechos.

## X

Llegamos a las últimas decenas del siglo VI y primeras del siglo VII, la edad de oro de la Iglesia goda. El tiempo de los Leandros e Isidoros. En la archidiócesis emeritense no aparece un orador como el primero. No hay un polígrafo como el segundo. Es verdad. Pero hay un gran escritor y hay también un gran teólogo que es además un santo y valeroso confesor de la fe.

El gran escritor es un clérigo modesto; el diácono Paulo. No es un profundo teólogo; no es un elocuente orador. Pero es un narrador admirable que nos da, en su obra, una intensa visión de la vida emeritense, en los tiempos a que se extiende su narración. A lo largo de estas amenas páginas, revive la fe sencilla y fervorosa de aquel pueblo ante los prodigios de sus santos, la firmeza de sus mártires, la



sabiduría de sus teólogos. Una de las figuras que más se destacan es la de Mausona. El diácono Paulo nos lo presenta con un relieve y una viveza que nos parece conocerle personalmente. Es, en verdad, Mausona una figura extraordinaria. Era de raza goda. Pero pertenecía a las familias que ya habían aceptado la religión y cultura de los vencidos. Se había formado espiritualmente en Santa Eulalia. ¿Era un monasterio lo que la iglesia de la Mártir tenía adjunto? Desde luego era un edificio donde habitaba una comunidad que acogía e instruía a la juventud piadosa y estudiosa. Sólo se tienen, respecto de este núcleo de piedad y sabiduría, las referencias que Paulo Diácono hace a él. Estas referencias tienen el defecto que es siempre inherente a las alusiones de los contemporáneos. Tan familiares les son las instituciones y organismos sociales que con ellos conviven, que no conciben la necesidad de dar sobre ellos otras explicaciones que su mención, cuando llega el caso. Pero, incompletas y con todas sus anejas deficiencias, las noticias que se desprenden de las alusiones de Paulo nos dan indicios suficientes para sospechar que, junto al templo de Santa Eulalia, había un foco de cultura. En él se formó Paulo Diácono, en él se formó Mausona. Este egregio varón, a su nutrido saber, unía una gran piedad y una férrea fortaleza de espíritu, y

además una noble serenidad espiritual y un fino y penetrante ingenio.

## XI

Las multiplicadas vicisitudes de su vida pusieron de relieve estas valiosas dotes de su espíritu. El Rey Leovigildo puso todo su empeño en atraérselo a su secta. Empleó ruegos, promesas, halagos, explicables con un vástago de una de las nobles familias godas. Además, hay, en este punto, una gran deficiencia de noticias sobre los pormenores de este interesantísimo momento de la vida española. Los incidentes, la contienda, si así puede llamarse, de Leovigildo con Mausona, coinciden con los desabrimientos que tuvo con su hijo Hermenegildo, que terminaron con el martirio de éste. ¿El proceso de estos incidentes estaba por completo desligado del otro? El laconismo de los cronistas, Paulo, el Turonense, el Biclarense, San Isidoro, los únicos más cercanos o contemporáneos, es desesperante. Cada uno se ciñe, con tan cerrado exclusivismo, al punto de mira de su especial objetivo, que no tienden la vista ni una sola pulgada más allá de él. Por eso no pueden tomarse sus silencios como prueba adversa en ningún sentido. Nada habla Paulo de Hermenegildo en Mérida, ni de los

disturbios que proporcionó a la ciudad este acontecimiento. ¿Bastará esto para negarlo? Siguiendo este camino, con los silencios de este escritor, habría que llegar muy lejos. Habla, por ejemplo, de la conversión de Recaredo y de la paz y prosperidad que dió este suceso a la Iglesia católica. Sin embargo, no menciona, ni siquiera alude, al Concilio III de Toledo, donde se declaró solemnemente la conversión. Y es de tener en cuenta que lo mismo éste que el Concilio IV fueron presididos por Mausona, de cuya vida hace tan prolijo y minucioso relato.

El silencio de este historiador respecto a la conexión que, con la tragedia de la familia real, pudieran tener los desabrimientos entre Leovigildo y Mausona, no autoriza, por tanto, para negar la existencia de esa conexión. No olvidemos que, por aquel tiempo, sólo otro metropolitano católico español sufrió, como Mausona, persecución y destierro. Y la conexión de las tribulaciones de San Leandro con el episodio de la familia regia, no la pone nadie en duda. Hay motivos serios, a nuestro humilde parecer, para inclinarse a rectificar la opinión puesta en boga por Ambrosio de Morales y acatada por la generalidad de los escritores, con más docilidad que escrupulosa crítica, de que fuera Sevilla la ciudad que Leovigildo cedió a su hijo como cabeza de la

comarca, cuyo gobierno le encomendó. Ya lo hemos dicho (1).

## XII

Volvamos al interés que ofrece la personalidad de Mausona. Hombre tan piadoso como denodado de espíritu, supo resistir vigorosamente tanto a los halagos como a las amenazas del Rey. Cuando éste le conmina con el destierro, responde con aquella memorable frase que Paulo el Diácono transcribe: «Si sabes alguna región donde no esté Dios, ese será mi destierro». No fué menor la serena presencia de ánimo que manifestó más adelante para frustrar los planes que, con el fin de matarlo, urdió el obispo arriano Sunna, de acuerdo con los suyos, y en la que iba a tener el principal papel, porque era el encargado de acometer y matar al metropolitano, un noble emeritense, entonces joven, que se llamaba Witerico, y que más tarde había de escalar el trono de los godos.

Pero nada tan significativo para poner de relieve la personalidad de este egregio varón y, al propio tiempo, para dejarnos inferir el culto florecimiento de la ciudad de Mérida en este olvidado período, como el suceso que con tan sobrios pero enérgicos rasgos des-

(1) Véase sobre este punto el ap. C.

cribe Paulo Diácono, desarrollado en el atrio de la iglesia metropolitana. Nos referimos a la discusión pública que Sunna y Mausona sostuvieron, defendiendo sus respectivas doctrinas. Había pretendido el obispo arriano apoderarse del templo de la Mártir. Ante la resistencia del metropolitano católico, había acudido a Leovigildo para que le obligara. El Rey, quizá fatigado de estas contiendas, acaso vacilante ya en su fe arriana, ordenó que ambos prelados discutieran en público sus puntos de vista, ante un jurado, y que quedara en posesión de la iglesia el que resultase vencedor en la contienda. ¿Cuál sería el jurado de este certamen? Necesario es reconocer que la determinación del Rey y la realización de este singular suceso, acusan un grado de cultura y de comprensión pública en la ciudad, en aquellos tiempos, que resulta admirable.

Nada nos dice el cronista respecto a los detalles de organización del acto. Parece como si esto fuera innecesario, por tratarse de algo frecuente y acostumbrado, o por lo menos no chocante con las aficiones y posibilidades de su tiempo. Es otro el objeto preferente de la atención del cronista. Lo principal, para él, es la contienda. En esto no omite nada de cuanto pueda dar relieve y color al cuadro. Nos lo pone a la vista con toda la viveza de su admiración.

El santo Arzobispo ha estado tres días consecutivos en fervorosa oración, postrado en el templo de la Mártir. Tres días con sus noches. Viene a la ciudad el día señalado. En torno del atrio se apiña una compacta muchedumbre. En los rostros de los fieles hay dibujada una honda ansiedad. El Arzobispo penetra en el atrio con tranquilo reposo. Hay en la dulce serenidad de su rostro una paz suave de íntima alegría que, como un viento de bonanza, barre de todos los ánimos la inquieta angustia que los ensombrecía. Con sosegada calma espera largo tiempo la llegada de su adversario. Este, al fin, hace su entrada con solemne pompa y atuendo. Le acompañan, reverentes y adictos, los jueces del certamen. Le corteja la grandeza goda arriana. Le sigue con reverencia la multitud sectaria. Toman asiento los jueces y los obispos; y un gran silencio se tiende sobre la multitud. Mausona, sereno y humilde, espera, puestos los ojos en el cielo. El obispo arriano rompe al cabo el silencio. El es que habla primero ¿por disposición de los jueces?, ¿por dictado del azar? El cronista lo calla. Se limita a decir que el arriano es el que comienza. Su palabra es altiva, tonante, estrepitosa. Confiado en el favor de los jueces y de los poderosos que le siguen. En su verbo no hay continencia; todo es violenta y audaz acometividad, llena de asperezas y hasta de

impudores. El piadoso Metropolitano calla, con inmutable serenidad. Su compostura y paciencia no sufren la más leve alteración. Cuando le llega su turno, comienza con voz suave, dulce, tranquila. Ni un desentono, ni un arrebató que anuble la diafanidad immaculada que quiere poner en sus razonamientos. Estos van apareciendo robustos, poderosos, incontestables. La irresistible claridad con que va penetrando su doctrina en el alma del auditorio, enciende la cólera del adversario, y sin ser dueño de sí, le interrumpe, le increpa. Mausona no pierde un momento la calma. Con mansedumbre serena, con piadosa comprensión, con firme energía y con lógica irrefragable, va deshaciendo los cargos, parando los ataques, pulverizando los sofismas. Al fin el adversario enmudece anonadado. El rubor de su vencimiento trasciende a todo el cortejo de sus valedores, y la inmensa muchedumbre, sin distinción de partidos, coincide en unánime alabanza, llena de fervorosa admiración. Elocuente y sabio se había mostrado siempre Mausona en sus discursos y contiendas; pero nunca en los términos que apareció en esta ocasión. Los católicos, cantando himnos de gracias, rodean a su victorioso pastor y se dirigen al templo de la Mártir, donde rinden fervorosos el homenaje de su piadosa gratitud.

## XIII

Es este un suceso que bastaría, por sí solo, para comprobar y aquilatar cuál fué la importancia de la participación que Mérida tomó en la labor de infiltrar el espíritu y cultura de los hispanoromanos en la raza invasora. Téngase además en cuenta que, en Mérida, el espíritu español había adelantado hasta el punto de ser ya un noble de raza goda, como Mausona, quien estaba en primera línea defendiéndolo contra el espíritu de su propia raza. En las demás localidades no se había aún llegado a tanto.

Cúpole además a esta augusta ciudad la suerte de ser sus hijos los que defraudaron la última tentativa que el espíritu bárbaro hizo para defenderse. El suceso es harto conocido. Florecía por aquel tiempo en la ciudad un personaje de elevado prestigio y egregios merecimientos. Claudio era el nombre de este prócer. «Dux Emeritensis Civitatis», le llama Paulo el Diácono. «Dux Lusitaniae», le denomina el Biclarense. Pertenecía a la más alta nobleza de la raza hispanoromana. Vivía con gran esplendor. Su palacio era aledaño con el del Arzobispo. Las relaciones entre ambos fueron siempre estrechísimas. La comunidad



de ideas había derribado en absoluto la barrera de la diferencia de raza. Y Mausona tuvo siempre, en este noble caballero, tan culto, tan valeroso y tan poderoso, un firme apoyo contra todas las asechanzas de la nobleza goda, inclinada aún a los arrianos.

Arriba hemos aludido a uno de los casos más notables: la conjura de Sunna y Witerico. Pero estaba reservada a este noble caballero además la fortuna de capitanear a los hijos de Mérida al batir a la barbarie goda, en el último reducto, derrotando en la Galia Narbonense al ejército franco de Boson.

El rey Gontran puso a las órdenes de este general una hueste numerosa, con objeto de arrebatarse al rey Recaredo la Galia Narbonense —y si pudiera lograrse (*si fieri potuisset*)— el reino entero. El ambicioso pensamiento había sido sugerido por los arrianos españoles que hacían el último esfuerzo para evitar su definitiva anulación, que ya se veía venir, una vez conocida la conversión del Rey. Fueron los principales instigadores los condes visigodos Crancila y Wildigerno, fervorosos arrianos, a quienes inspiraba el obispo de la secta Athaloco. El rey Recaredo, ante este suceso, ordena que el duque Claudio, al frente de las fuerzas de que disponía en Mérida, saliera a detener la invasión de los francos. La designación de un general y de un cuerpo de ejército,

que se encontraba tan lejano del lugar amenazado, es acentuadamente significativa. Téngase en cuenta que se trata de un movimiento suscitado por godos arrianos, contra un Rey que se ha convertido al catolicismo y que se prepara a imponer solemnemente la supremacía de esta Iglesia en todos sus dominios. El acudir a un general de Mérida y a las fuerzas de que este caudillo disponía en la capital y tierra lusitana, revela una superior confianza inspirada en el ánimo real por estos elementos. De lo contrario no se explica que se acudiera a ellos ante un peligro que surgía en lugar tan apartado de su campo de operaciones. No estuvo desacertado Recaredo en la elección. Al mando del duque Claudio salieron sus tropas de Mérida, y a pesar de su inferioridad numérica, tuvieron la fortuna de desbaratar completamente al ejército enemigo. Mérida, con razón, celebró esta victoria como suya. Apenas llegó la noticia, Mausona, acompañado del pueblo entero, cantando alabanzas a Dios, se dirigió al templo de Santa Eulalia para darle gracias por la protección dispensada a los hijos de su pueblo. Y a la Pascua inmediata, con la más solemne pompa y devoción, asistiendo ya los vencedores, se celebró la victoria, tomando todos parte en las regocijantes festividades. «Después de esto — exclama el Diácono Paulo con su expresiva concisión —, desvane-

cidas las tempestades en todas partes, el Señor se dignó conceder la paz al pueblo católico».

#### XIV

Fué, en efecto, este el último obstáculo que se necesitó remover para coronar la victoria. El cronista tiene razón. «Después de esto» no vino otra cosa que el triunfo definitivo, al año siguiente, en el Concilio III de Toledo, donde, como es sabido, además de declararse oficial y solemnemente la conversión del Rey y la aceptación del catolicismo, religión de la monarquía goda, se inicia la serie gloriosa de aquellas asambleas, únicas en su tiempo, que tantas admiraciones han suscitado, y en las que se consolidó y conservó el predominio de la raza española. Este concilio lo presidió Mausona, «uno de los que más habían influido en la resolución del Monarca», dice Menéndez y Pelayo. También presidió Mausona el concilio siguiente, que no es de los llamados de número, pero que consta en el código Emilia-nense y cuya autenticidad prueba plenamente el padre Flórez.

Las observaciones apuntadas son suficientes para la comprobación de la primordial importancia que tuvo la colaboración de Mérida en

la labor que produjo el sometimiento de la raza goda al espíritu hispanoromano. Pero adviértase que nos hemos limitado a exponer solamente los hechos comprobados en absoluto, sin hacer uso de ninguno de los indicios que en esos mismos sucesos se encuentran, para colegir intervenciones todavía más interesantes y definitivas.

## CONFERENCIA III.

### I

**A** sí como la vida de la naturaleza tiene sus días y sus noches, sus alboradas y sus ocasos, que ni son isócronos, ni simultáneos, para todas las partes del planeta, también la vida social de la humanidad tiene auroras y crepúsculos, días y noches, que no son de igual duración, ni simultáneos para todas las agrupaciones humanas.

### II

El año 711 oscureció, de repente y sin crepúsculo, para España, aquel luminoso día del poder y de la cultura goda; y este país, en pleno día poco antes, quedó de pronto envuelto

en las más espesas sombras de una noche tempestuosa, que empezó en el Guadalete... o donde fuera—que no es esta ocasión de discutir el problemático lugar de la catástrofe—y no había de empezar a desvanecerse hasta Covadonga.

¡Pero qué noche y qué tempestad tan tremendas y tan duraderas! Parece imposible que eclipses tan completos de la vida de un pueblo puedan dilatarse, durante tan largos períodos, sin que siga indefectiblemente la muerte a tan prolongada catalepsia.

Acaso no se registre, en las historias de los pueblos, derrumbamiento tan completo, ni tan sordo, de un poderío nacional; apenas se sintió el estrépito, y la nación desapareció a los ojos de la historia, apagada completamente la luz de su vida ante el huracán violento de la invasión.

La monarquía goda quedó, como cuerpo muerto, tendida sobre la Península ibérica, pocos momentos antes pedestal de su gloria y ahora gigantesto y sombrío catafalco que sostiene, en aquella noche siniestra de la historia nacional, el cadáver frío de un pueblo, desventurado hasta el punto de no tener un mísero hachón que rasgara las tinieblas de su desolada cámara mortuoria...

## III

Pero la vida ni se extingue ni se eclipsa en los pueblos sin algún estremecimiento.

España los tuvo después del síncope tremendo que produjo su catalepsia. Fueron débiles, como el adios postrero que da a la actividad el ser que se despide de la vida; únicamente uno fué formidable hasta ensangrentar la mano dura que oprimía el cuello de la nación exánime. Mérida, la hermosa perla de la antigua Lusitania, admiración del ambicioso Muza-ben-Nosair, regó con sangre del invasor la Torre de los Mártires.

La resistencia inconsciente y obstinada de la hermosa ciudad, cuando el país entero se ha entregado a discreción, se asemeja algo a la resistencia que parecen oponer a la muerte, en sus nerviosas convulsiones, los músculos sanos del decapitado. Ella fué la primera resistencia seria que encontraron los invasores.

## IV

Las apasionadas exageraciones en la apreciación de los hechos históricos, no solamente suelen ser inútiles, sino perjudiciales, hasta

para el criterio que se trata de sostener; mucho más en esta ocasión en que sólo aspiro a exponer observaciones sucintas de los hechos, para lo cual procuro presentarlos dentro de su ambiente, con el objeto de que pueda apreciarse su naturaleza y trascendencia.

• La tesis que, a mi modo de ver, confirman de un modo inconcuso los hechos referidos y los que expondré, es que Extremadura ha tenido una intervención importantísima, cuando no decisiva, en la mayoría de los movimientos determinantes del desarrollo nacional. No sostengo que su acción fuera la única en estos acontecimientos. •

Si dijera que no hubo más resistencia que la de Mérida, ¿no se me recordaría Orihuela?

No; digo que fué la primera, y no creo engañarme, puesto que ella fué la primera ciudad que detuvo — cerca de un año — al invasor ante sus muros; mientras que la resistencia de Orihuela, ni fué tan duradera, ni tan sangrienta, puesto que bastó un ardid para conseguir la paz; ni fué tampoco la población sola la que resistió, porque, quien verdaderamente hizo allí la resistencia fué el aguerrido duque Teodomiro que, acosado, se vió en necesidad de refugiarse dentro de aquellos muros, con las tropas que le seguían; en una palabra, la resistencia de Orihuela representa más que nada la del resto del poderoso ejército de los godos,



derrotado en el Guadalete; la de Mérida representa la última convulsión de la nación española que se resiste a morir.

## V

Pero no solamente tuvo Extremadura la dolorosa fortuna de ser por esa resistencia el último y más prolongado extremecimiento de aquella vida nacional que, si no iba a extinguirse, iba a paralizarse por algún tiempo. Le cupo también la suerte de exhalar de su seno el único destello que había de servir a la posteridad para vislumbrar la verdad histórica entre las densas tinieblas que envuelven siempre a esas catástrofes.

En medio de los gritos dolorosos e incoherentes que lanzan los pueblos en los días de sus angustiosas crisis, y por encima del fragor que producen los estrepitosos derrumbamientos de sus instituciones, vibra serena la voz de la historia, disecando con frialdad los hechos, para que la posteridad aprenda su contextura.

Esa voz no hubiera resonado en aquellos momentos solemnes de la vida de España, si Isidoro Pacense no hubiera descrito con mano segura y corazón sereno, entre el estrépito de la catástrofe, la formidable y tremenda cri-

sis que, si podía empañar, con lágrimas, cuyas huellas se descubren en los sentidos párrafos de la maltratada crónica, sus ojos de español y cristiano, no fué bastante para perturbar la calma y tranquilidad de aquel espíritu sereno que se sobrepone a todos los sobresaltos del corazón para mirar desde la altura los sucesos que hacen temblar la tierra bajo sus pies, pero no las ideas en su cerebro ni el sentimiento del deber en su conciencia (G).

## VI

Nunca he creído que puede defenderse seriamente, como ley histórica, ni el acaso ni la fatalidad. Ocurren los sucesos, no por casualidad, ni porque tengan indefectiblemente que ocurrir, según las misteriosas e indeclinables disposiciones del destino, sino porque encuentran la razón suficiente de su existencia en la naturaleza constitutiva de los pueblos, hija siempre de la libertad humana, que determina los hábitos generadores de tal naturaleza.

Ya he dicho que, en Extremadura, había un núcleo poderosísimo de la raza pura hispanolatina, no degenerada por la decadencia romana, e ilustrada, en cambio, por el cristianismo que arraigó y fructificó en este suelo de un modo asombroso, como lo manifiestan los

numerosísimos mártires y santos (1) que no dejan suponer a esta raza parte de aquella que, según Dozzy, aceptó el cristianismo con los labios, pero no en el corazón.

Por otra parte, el saber teológico, casi única y la principal manifestación del movimiento intelectual de aquellos tiempos, demuestra el alto grado a que rayó la cultura de aquella raza.

Ya anotamos la erudita correspondencia de Mausona y San Isidoro y los cánones del concilio provincial, que llegaron a sentar jurisprudencia entre los canonistas del mundo católico; pero además, las discusiones teológicas llegaron, en la archidiócesis Emeritense, a deponer obispos de ortodoxia dudosa, manifestando el interés que la pureza de la fe inspiraba en esta provincia eclesiástica, y las cuestiones de Idacio, fuera perseguidor o perseguido en el asunto de Prisciliano, revela el gran entusiasmo que a los obispos, clero y pueblo, inspiraban estas cuestiones.

• ¿No denuncia todo esto una raza no contaminada, ni de la barbarie primitiva y corrupción posterior de los godos, ni de la decadencia de los romanos? • ¿Qué extraño es, pues, que en esta raza encuentre el primer espino que rasgue su planta el invasor que va a hollar nuestro suelo?, mucho más cuando aquella raza tiene por centro de su vida, sin duda en

(1) Paulo Diácono. — «De vita P. P. Emeritensium».

recuerdo de la grandeza antigua, a la ciudad hermosa de quien el moro Rasis dijo con sincero asombro: «E dígovos que non a home en el mundo que cumplidamente pueda contar las maravillas de Mérida», y que al ofrecerse, poco tiempo antes, a los ojos del ambicioso caudillo musulmán, le había hecho proferir aquellas célebres palabras que tan repetida y uniformemente consignan los cronistas: «Parece que de todo el mundo se juntaron gentes para hacer esta ciudad; dichoso aquél que de ella fuese señor».

## VII

Mérida es, pues, la ciudad que, con sus solas fuerzas, presenta la resistencia más formidable en aquella catástrofe, y Pax Augusta es la que da el cronista; y, como por un romántico halago de la suerte, en Mérida es donde Egilona inspira a Abdelazzis aquel amor, que había de ser, a la postre, tan beneficioso para el pueblo conquistado, como funesto para el joven y galán conquistador.

¿Es todo esto una casualidad? La historia se empeña, con obstinación singular, en enseñarnos que se repite mucho esta casualidad en el transcurso de la vida de nuestra patria.

Veámoslo.

## CONFERENCIA IV.

### I

**L**os huracanes, que no matan los árboles, los desarrollan, así como la vida que no sucumbe a los embates del destino adverso, se robustece en la lucha.

Eso ocurrió a la vida nacional en la lucha de ocho siglos que se inició el 817 en Covadonga.

Pero no es esto sólo. Aquel fenómeno es muy complejo y encierra muchas enseñanzas para las naciones. ¿Fué la nación española la que sucumbió en el Guadalete? ¿Fué la nación goda la que renació en Covadonga?

Mirando superficialmente las cosas, podrán discutirse estas triviales cuestiones; pero, si se mira más hondo, pronto se nota que las dos preguntas son absurdas. España venía for-

mándose hacía mucho tiempo, bajo los romanos y bajo los godos; y ni desaparecieron de ella los elementos que en su desarrollo habían puesto los primeros, al venir los segundos, ni los elementos, que estos hubieron de traer para la obra de la gestación nacional, desaparecieron en el Guadalete; esta catástrofe, en la generación de la entidad nacional, representa una crisis parecida a la que sufren en la naturaleza los elementos químicos, que se combinan a merced de una poderosa descarga eléctrica.

En 711 naufragaron los hispano romanos abrazados a los godos; la catástrofe se encarga de fundir en uno estos dos elementos, para que resulte el pueblo español.

## II

Y no es sólo en las breñas de Asturias donde nace la unidad étnica española; allí une a las razas y borra sus diferencias la necesidad de defenderse y la comunidad del peligro; en todo el resto de la Península borra aquellas diferencias la comunidad del infortunio y la igualdad de la opresión.

Por eso, cuando se encuentra la monarquía cristiana frente al poder musulmán, aquella no siente que la tierra tiemble bajo sus pies,

porque es un pueblo español el que la sostiene; el poder musulmán, en cambio, siente vacilar su planta, porque bajo ella fermenta el naciente sentimiento patrio de España.

Los árabes, al conquistar, sometieron a otro pueblo y éste quedó bajo su dominio, siendo su enemigo; la monarquía cristiana, al reconquistar, no somete a otro pueblo, liberta al suyo.

He aquí la principal razón de la solidez que, aun en medio de la anarquía medieval, adquieren las conquistas cristianas.

### III

Pero los árabes tenían muchos elementos disolventes que debilitaran su poder, hasta en aquellos momentos en que nada tenían que temer del pueblo sometido; porque el estupor de la catástrofe impedía a éstos conocer ni el alcance de su infortunio, ni la medida de su capacidad para remediarlo.

Traían como auxiliar a otro pueblo, sometido también, y de distinta raza: los berberiscos, y aun ellos, entre sí, sentían los implacables odios de sirios y beduínos, caisitas y kelbitas, y no tardaría en arder el fuego de estos rencores.

Allá por el año ochocientos veinte y tantos,

brilla, con la rebelión del Munuza de las crónicas, la primera chispa de este fuego.

Desde el año 850 al 55, un hambre devastadora queda desierta la región leonesa, tal vez hasta Extremadura; pero no es esto sólo lo que deja desalojada de enemigos aquella extensa comarca, cosa que, a juicio de muchos historiadores, explica los rápidos progresos de las armas de Alfonso II. Si no hubiera más razón que ésta, no podría explicarse la absoluta falta de hostilidad, por parte de los musulmanes, que disfrutó la naciente monarquía, antes de esta fecha y desde la de Covadonga.

En cuanto los árabes empezaron a distribuir el país conquistado, los berberiscos vieron con pena que el fruto de sus esfuerzos enriquecía más a los beduinos y sirios que a ellos; en su pecho empezó a germinar el rencor, que les hacía cuidarse más de acechar el momento de caer sobre los usurpadores de sus conquistas, que de ir contra aquella diminuta monarquía incapaz, por entonces, de inquietarles gran cosa.

El chispazo que estalló con el citado Munuza, en tiempos de Al-Haitam o de Abderremam el Gafaqui (1) no quedó por cierto aislado. An-

(1) Las crónicas musulmanas refieren este acontecimiento en el Waliato del primero, que fué en el año 729; pero Isidoro Pacense lo pone en la era DCCLXIX o sea el año 731.



tes del 740 pone en conmoción a Africa musulmana la rebelión de berberiscos acaudillada por Másara, de cuyo movimiento fueron sangrientos episodios el combate del 740 y la batalla de Nafdura en 741; todo esto atrae tanto la atención de los berberiscos, que no tarda en propagarse el fuego por la Península; y, en efecto, a principios del año siguiente, los berberiscos de Galicia con los de Mérida, Coria y Tolosa, se conjuran contra el wali Abdelmelic, formando, bajo la jefatura del *imam* no conformista, tres cuerpos de ejército que se dirigieron respectivamente contra Toledo, Córdoba y Algeciras, poniendo al furibundo medinés Abdelmelic en el caso de tragarse su enconado rencor contra los sirios, pidiendo el auxilio de Baldj que, encerrado en Ceuta, no había podido aplacar el odio del medinés a pesar de mil súplicas.

He aquí lo que entretenía a los berberiscos, más que nada, en aquellos años.

Pero hay más. Los sirios de Baldj vencen a los berberiscos, y en seguida entablan sus discusiones contra el feroz medinés, que no puede sofocar por completo su odio contra ellos, poniéndolos en el caso de volver sus armas contra él, arrollándolo y arrastrándolo por las calles de Córdoba, yendo sus hijos Umeya y Catán a refugiarse el uno en Mérida y el otro en Zaragoza, desde las cuales ciudades, ayu-

dados por sus amigos, vuelven sobre los sirios a vengar a su padre, siendo vencidos en la batalla de Acua-Portora por los sirios, a cuyo jefe Baldj costó la vida esta victoria obtenida el 14 de Agosto de 742; y más tarde, en los alrededores de Mérida, los dispersos restos del ejército derrotado son allí batidos por los sirios a las órdenes de Taoba, el sucesor de Baldj, que por cierto se vió apurado hasta el extremo de tenerse que encerrar dentro de los muros de Mérida, y ya iba a pedir auxilio a Córdoba, cuando pudo, aprovechando un descuido de los sitiadores, deshacerlos por completo, cebándose luego hasta el punto de subastar a la baja a los medineses prisioneros, acto que interrumpió la llegada del kelbita Abul-Katar, vencido en Mayo del 743, con poderes del emir de Africa, nombrándolo wali de España.

No llegó a durar dos años la tranquilidad que este kelbita trajo a la España musulmana, siendo pronto depuesto y preso por la conjuración del caisita Somail; pero puede el primero escapar de su prisión en 745 y, refugiándose en Extremadura, vuelve desde allí, auxiliado por Ibn-Horast, contra sus usurpadores enemigos en 747; y algunos años más tarde, cuando Yusuf, el dócil testaferro de la ambición de Somail, puede fugarse de la prisión a que le redujo Abderramam I, se viene a refu-

giar a Mérida auxiliado por los baladíes (1) de esta ciudad, Lecant (Fuente de Cantos) y Toledo; en Mérida es donde los reúne para ir contra Abderramam (2) por los años 758 a 759 y, en fin, algunos años después, por el 767, aquél célebre maestro de escuela Chakia de la tribu de Micnesa, semi-fanático, semi-impostor, como dice Dozzy, que vivía allá en el E. de España, creyendo o haciendo creer que descendía de Alí y de Fatima, vino también a encontrar partidarios entre los bereberes que habitaban en la comarca que se extiende del Guadiana al Tajo; y desde las ciudades de Mérida, Coria y Medellín, que no tardaron en hacerse suyas, tuvo en jaque, por espacio de diez años, al terrible poder del mismo Abderramam I.

#### IV

En este fuego continuo de rebeliones es donde se ve clara la razón que explica la consolidación tranquila, y el desarrollo prematuro de aquella naciente monarquía, que funda medio

(1) Así se llamaba a los árabes que estaban en España antes del advenimiento de los sirios.

(2) Dozzy. «Historia de los Musulmanes Españoles», Tomo I.

centenar de hombres en las empinadas crestas del Auseba.

Pero aún hay más que estudiar en estos acontecimientos.

El núcleo de la rebelión de los berberiscos contra Abdelmelie son los de Mérida y Coria, con quienes se unen los de Galicia y Tolosa; en Mérida es donde se refugia uno de los hijos de Abdelmelic; y con las fuerzas que allí reúne, y las que de Zaragoza le trae su hermano, parte contra Baldj; derrotada la coalición, acampan sus destrozados restos en los campos de Mérida, donde vuelven a ser vencidos, después de poner en grave aprieto a los sirios; a los alrededores de Badajoz viene Abul-Katar a organizar sus fuerzas contra el usurpador wali de Córdoba; en Mérida se refugia Yusuf, para reunir aliados que le ayuden contra Abderramam I, y en Mérida, Medellín y Coria, es donde encuentra, el famoso Chakia, fuerzas para guerrear diez años contra el mismo Abderramam I.

• Extremadura es siempre en estas luchas el foco de todas las rebeldías, que constituyen el auxiliar más poderoso para la consolidación y desarrollo de la naciente monarquía de Asturias. •

¿Por qué elegirían todos los rebeldes esta tierra como centro de sus operaciones? ¿Verían ellos aquí la masa de españoles más de-

cidida y resuelta contra el poder musulmán, que en ninguna otra parte?

Es verdad que las crónicas musulmanas, ni el menguado resto que nos queda de las del Pacense, nada cuentan de la intervención que en estos hechos pudieran tener los españoles; pero hay que confesar que no es lo lógico suponer a los españoles enteramente ajenos a sucesos tan trascendentales y sangrientos, y que se desarrollaban a las puertas de sus casas, no dejando de ser significativo, por otra parte, que Toledo, Mérida y el resto de Extremadura, continuo foco más tarde de indisciplinas indudablemente españolas, sean ahora también el constante semillero, o por lo menos albergue de todas las rebeliones musulmanas.

Sin embargo, firme en mi propósito de limitarme a ser mero observador, continúo anotando observaciones.

## V

La última de las rebeliones de que hice mención es la de Chakia que viene a terminar en 777 o 778, y diez u once años más tarde muere Abderramam, y dicen (1) que acaeció su muerte en Mérida; lo he visto afirmado por algunos,

(1) Conde. «Historia de la dominacion de los árabes en España», Tomo I.

no lo he visto desmentir, sino callar por otros; si es un hecho que murió en Mérida, no es fácil que viniera a tal ciudad desde Córdoba, su predilecta desde luego, ni a recrearse, ni a convalecer de enfermedades, porque el clima de Mérida es mucho peor que el de Córdoba; lo más probable es que viniera a sofocar alguna nueva rebelión.

Pero si esto no es seguro, lo es en cambio, sin la más mínima duda, que Mérida y Toledo son las ciudades en que se hacen fuertes en 789 Suleimán y Abdallá, hijos mayores de Abderramam I, que se creen perjudicados con la elección de Hixem I.

Y, por último, en 806 Esfah, primo y cuñado de Hakem, se hace fuerte rebelándose en Mérida contra el sultán, que con razón o sin ella quería quitarle el waliato de la ciudad.

Yo no quiero asegurar, porque no está hoy probado materialmente, que en estos movimientos tengan parte los españoles de Extremadura, pero creo que puede afirmarse, sin temor de errar, que estas continuas rebeliones, no sólo de Extremadura, pero en las que esta región tiene la mayor y más importante participación, son las que más contribuyeron a debilitar el poder agareno, impidiéndole que hiciera, en tiempos del intrépido Abderramam I, el terrible estrago que hubiera podido hacer en la monarquía Asturiana durante la

anárquica época de Aurelio, Silo y Mauregato. Y en tiempos de Hakem, los que este denodado príncipe hubiera podido realizar—a no haber tenido enemigos interiores que combatir—en los dominios de Alfonso II.

## VI

Ahora bien, respecto de la probable intervención que los cristianos de Extremadura pudieran tener en estas luchas, y en otras de que sólo hay vagas y oscuras noticias, como dice Dozzy, confesando que fueron frecuentes y no negándoles parte en ella a los españoles, aunque sólo les concede la peor, como él acostumbra siempre; aparte de los motivos lógicos expuestos, tenemos, para darle más valor que el de la simple sospecha, el testimonio fehaciente de un documento cuya autenticidad nadie ha discutido hasta hoy.

Me refiero a la carta de Ludovico Pio a los emeritanos, en el año 826, que hace el número 39 entre las de Eginardo y que inserta el Padre Flórez en el Tomo XIII de su *España Sagrada*.

En este documento, después de lamentarse el Emperador de la opresión que los emeritanos sufren, y de consolarlos, aplaudiendo su actitud, los conforta para que perseveren, di-

ciéndoles: «Pero, según hemos oído, vosotros *habeis rechazado siempre* enérgicamente las injurias inferidas por los *reyes inícuos* (se refiere a los de Córdoba, y a más de uno, cuando habla en plural) y habeis resistido virilmente a su avaricia y crueldad, lo cual sabemos por referencia de muchos, que *hasta ahora* lo habeis hecho. Por tanto, nos ha complacido dirigiros esta carta y consolaros y exhortaros para que perseveréis en la defensa de vuestra libertad que habeis empezado: y *del mismo modo que hasta aquí lo hicísteis*, no juzgueis digno ceder ante el furor y la crueldad» (1). Después les ofrece ayudarlos, si lo necesitan, poniendo un ejército en la frontera, para que se una a ellos, en cuanto lo consideren oportuno, y también les ofrece acogerlos con toda liberalidad si creen conveniente refugiarse en su reino.

En mi concepto, este documento no deja la menor duda de que los españoles de Mérida,

(1) Sed ut audivimus vos *semper* sicut viri fortes, injurias ab *iniquis regibus* inlatas (\*) fortiter repulistis, et crude litati atque adviditati eorum viriliter restitistis quod et, *modo* fácere multorum relacione didicimus. Qua propter complacuit nobis, ad vos has literas dirigere, vosque consolari atque exhortari, ut in ea qua coepistis defensione vestroelibertatis contra crudelissimum regem perseverare: et furori ac que soevitioe, sicut hactenus fecistis, cedere non dignemini.

(\*) Sic Flórez.



no sólo tuvieron parte en todos los movimientos apuntados, sino que hicieron otros muchos por su cuenta cuya fama llegó más allá de los Pirineos, denunciando así su indisputable trascendencia.

¿Es aventurado asegurar que Extremadura tiene una parte principalísima en la creación de las circunstancias, que más eficazmente contribuyeron a la generación de la nacionalidad española, después de la hecatombe del año 711?

Si alguna duda pudiera quedar, es muy suficiente para desvanecerla el testimonio de las crónicas musulmanas de Novairi y Aben-Jaldón, aducido por Dozzy, afirmando que después de mandar Abderramam II en 822 un ejército contra Mérida, cuyos habitantes se habían sublevado, matando a su gobernador, hace por último derribar los muros emeritanos, para verse libre de los *contínuos disturbios*, ocasionando este acto otra nueva insurrección de la ciudad, que consigue mantenerse independiente hasta el 833, en que pudo el sultán volver a someterla, demoliendo al fin sus murallas.

Revelan estos hechos con gran elocuencia que si en Extremadura encontraron los árabes la más obstinada resistencia a su invasión, también aquí tuvo comienzo las caries que habían de horadar el poder musulmán en la Península.



## CONFERENCIA V.

### I

**S**i los nacientes estados, que apuntaban en el Norte de España en los siglos VIII y IX, hubieran encontrado frente a ellos el poder compacto y fuerte que aparentemente presentaba la España musulmana, es imposible explicarse cómo hubieran podido medrar gran cosa, a no ser acudiendo a aquella milagrería constante, en que tan fecunda fué la poderosa fantasía del siglo XVII en sus falsos cronicones.

Por eso, bueno es que los navarros, catalanes, asturianos, vascos, etc., se jacten de haber iniciado la reconquista, porque la verdad es que lo hicieron; pero también es verdad que, si aquella labor heroica y santa no hubiera sido secundada por los cristianos del Sur, distrayendo continuamente las fuerzas

musulmanas, no diremos que hubiera fracasado la empresa, pero no tiene duda que hubiera sido más lenta y penosa su coronación.

No por esto vaya a creerse que incurrimos en la vulgaridad de creer timbre de gloria para una nación, tardar nada menos que ocho siglos en expulsar a un enemigo que se posesionó de toda ella en unos cuantos meses. Si hubiera sido lucha de dos naciones formadas, seguramente no sería para la nuestra el galardón, tardando tanto tiempo en alcanzarlo, y estando en nuestro propio territorio el enemigo. Pero se operaban a la vez dos fenómenos: despejar de enemigos el suelo patrio, y delinearse y constituirse los elementos nacionales que habían de integrar el Estado Español; fenómeno éste iniciado automáticamente por las eficiencias etnológicas y geográficas, desde los tiempos más remotos, retardado por las dominaciones uniformadoras y centralizadoras de romanos y de godos, y acelerado, ante los musulmanes y bajo ellos, en forma perniciosa para la rapidez de la victoria, por el aislamiento de los esfuerzos, pero altamente sana y vigorizadora para la robustez de cada uno de esos elementos nacionales que esclarecieron la conciencia de su respectiva personalidad, a la vez que multiplicaron su respectiva energía peculiar. Esta es la razón de la tardanza en la

obra de la reconquista y a la vez de la pujanza con que el Estado español salió de ella imponiéndose al mundo antiguo y sometiendo al nuevo.

Tuvieron también los musulmanes, en la variedad etnológica de sus elementos y en la organización tribal, motivos enervadores de su pujanza en determinados momentos de la contienda, pero la cohesión de la única autoridad suprema hacía siempre menos hondo este motivo debilitante de su fuerza; y ésta hubiera sido mucho más invencible para los reinos cristianos, si no hubieran tenido la eficaz colaboración de los españoles que convivían con los árabes.

Ninguna crónica cristiana habla de guerras ni conflictos que, en aquellos estados, provocaran los árabes sometidos; o porque no los había, o porque, si los hubo, fué en tan exiguo número, que no podía inquietar en nada la tranquilidad pública; en cambio las crónicas arábicas de aquellos dos siglos están llenas de largos y minuciosos relatos de las guerras que los sultanes se veían obligados a sostener con los muladíes, los cuales explotan, en su beneficio, todos los elementos que las disensiones de raza y la rivalidad de tribu les presentan.

## II

Durante todo el siglo VIII estos movimientos son incoherentes y anónimos, si se me permite la frase; porque, si bien son innegables, como hemos visto, no tienen un caudillo determinado, cuyo nombre simbolice el carácter y alcance de ellos.

En el siglo IX adquieren ya más determinación, y se concretan de un modo definido y enérgico.

Es verdad que en Aragón los Beni-Casi, descendientes de Muza I, negaron la obediencia a los sultanes en el siglo VIII, haciendo inútiles las tentativas de Hakem I para someterlos; pero hasta mediados del siglo IX no adquiere verdadera importancia esta casa.

Además, este movimiento, aunque del mismo género que los iniciados en el Sur, tiene un carácter enteramente distinto.

Los Beni-Casi son una familia poderosa por su posición y riquezas y que pretenden conservar su poder, pero no se aventuran a nada que pueda poner esto en peligro; es más, Muza II fué jefe de los ejércitos del sultán contra los normandos, lo cual indica que no tenían inconveniente los Beni-Casi en servir a los sultanes, cuando éstos se prestaban a respetar la

hegemonía de aquella familia en las tierras que se habían acostumbrado a mirar como dominios suyos.

Pero el carácter genuino de la gran conmoción que la sociedad española, sometida a los árabes, sufre en el siglo IX, es otro muy distinto. Ya en los movimientos colectivos realizados en el siglo VIII por ciudades aisladas y comarcas más o menos reducidas, se había notado haber en la raza española conquistada una conciencia de su energía que pugna por probar fortuna, para ver de sacudir el yugo; en el siglo IX aparecen ya hombres de corazón que, utilizando esa disposición de ánimo del pueblo oprimido y dirigiendo sus anhelos de un modo concreto, ponen a los sultanes en el duro trance de compartir con ellos la soberanía.

Y estos arrojados aventureros, no se conforman con fundar una dinastía, ni crear un estado más o menos extenso y poderoso para sus casas, no; ni casi lo pretenden; su lema es crear conflictos continuos a la autoridad de los sultanes y vivir emancipados de su soberanía; por eso se les ve apoyar todas las sediciones y movimientos hostiles al poder; es verdad que hay ocasiones en que Omar-ben-Afzón y aún Merwan el *Gallego* prestan servicios en el ejército del sultán, como los prestó Muza II; pero esto no lo hacen voluntariamente, sino en mo-

mentos de desgracia para sus aventuradas empresas. Caen prisioneros, y entonces se resignan a ser oficiales del ejército para librarse de ser cautivos, y tener medios, en plazo más o menos corto, de volver, con probabilidades de éxito, a sus interrumpidas aventuras, que obligan, durante todo o por lo menos la mayor parte del siglo ix, a los sultanes, a descuidar, casi por completo, las fronteras cristianas, para defenderse de aquel terrible enemigo que mantiene siempre vivo el fuego de la rebelión en todo los ámbitos de la España musulmana, no sólo por sus propias fuerzas, sino porque es continuo acicate de todos los elementos de discordia que entre los árabes presentan las rivalidades de tribu y el odio de raza entre árabes y berberiscos.

### III

Tiene además este fenómeno histórico una trascendencia, en la que se ha parado la atención menos de lo que realmente merece.

La mano férrea de Abderramam III consigue, en el siglo x, extirpar todos estos gérmenes de rebelión y anarquía, y lo mismo consigue la autoritaria política de Almanzor; pero ¿cómo lo consiguen? Del único modo que podían, en una sociedad que llevaba en su seno un



elemento tan disolvente como lo era el elemento español, en cuanto se apercibió de sus fuerzas.

La organización tribal de los árabes, formando unidades compactas, por la solidaridad de la tribu, podía hacer indestructible el poder del estado musulmán, si se hubiera podido apoyar en la fuerza que le daban estas sólidas columnas; mas para eso se necesitaba que estas fuerzas tribales se organizaran de una manera armónica, lo cual no podía conseguirse de ningún modo mientras hubiera, entre ellos, elementos como el muladi y el berberisco que, atizando el fuego de sus enconadas rivalidades, las tuviera en perpetua discordia.

Por eso, Abderramam III, con su profundo sentido político, comprendió que el poder necesitaba destruir aquellos núcleos que, si unidos podían constituir su más firme apoyo, discordes podían ofrecer su más continuo e inminente peligro; mas no se fijó en que, al destruir la organización tribal, el estado musulmán podría mantenerse, mientras el poder centralizador estuviera en manos tan fuertes y hábiles como las suyas o las de Almanzor; pero tenía que derrumbarse en cuanto pasara a manos más débiles y menos expertas.

Ya estudiaremos más detenidamente este fenómeno en otra parte.

Veamos ahora cómo empieza a presentarse

el movimiento de rebelión española en este nuevo aspecto.

#### IV

El más famoso de todos los aventureros que explotaron el sentimiento de independencia, que, desde el siglo VIII, había ya empezado a manifestarse en el pueblo sometido, fué el andaluz Omar-ben-Hafzón; pero el primero fué el emeritense Mahmud (1) que, habiéndose puesto a la cabeza de la insurrección de Mérida en 828, y sometida esta ciudad en 833, según calcula Dozy, empezó sus aventuras, que duraron unos ocho años, durante los cuales derrotó tres cuerpos de ejército mandados contra él por el sultán, y poseyó una fortaleza española cedida, según las crónicas cristianas, por Alfonso el Casto; pero rebelándose contra éste,

(1) De este aventurero hablan las crónicas cristianas de el Albeldense y Sampiro y las arábicas de Abén Jaldón y Noviarí, difiriendo en algo sus relatos, pero dejando bien probada la naturaleza del movimiento que este aventurero realizó, así como, en la más completa obscuridad, las múltiples revueltas que en aquel tiempo agitaron a Mérida, dando por resultado la demolición de sus muros, llevada a cabo por Abderramam II, hacia el año 835 o 37, al sofocar la última rebelión, la cual, según Conde, fué suscitada por este mismo Mahmud que vino de tierras de Lisboa a ponerse a la cabeza de la rebelión.

fuera por su natural turbulento, o por las exigencias de los musulmanes berberiscos, que probablemente formarían gran parte de sus fuerzas, fué derrotado y muerto por el rey cristiano (1).

Este movimiento, como vemos, no tiene gran trascendencia, si se exceptúa la de ser el primer brote de este género de rebeliones, el cual tiene también la particularidad de nacer en Extremadura.

Otro movimiento parecido al que en Mérida suscita Mahmud, promueve en Toledo Haxim en 829, y éste, si bien tiene menos importancia desde el punto de vista del caudillo, que perece cerca de Toledo en 834, tiene más, desde el punto de vista de su trascendencia; porque Toledo sigue independiente muchos años después de la muerte del denodado caudillo español.

Pero estos dos acontecimientos no son más que el prólogo de la sangrienta obra que había de desarrollarse en la segunda mitad de aquel siglo.

## V

Otro aspecto hondamente interesante tiene

(1) Alfonso el Casto hace alusión a esta victoria suya en un privilegio encontrado en el Lib. I de arch. de Lugo. —Risco. —Esp. Sagr. T. 40, cap. IX, pág. 112.

esta reacción del sentimiento patrio en el siglo IX: el aspecto religioso.

Los españoles, que habían sido suficientemente fuertes de espíritu para no abandonar, ni aun de palabra, a fin de librarse de las exacciones usurarias, como lo hicieron la mayor parte de los renegados, la religión de sus mayores, promueven una rebelión no menos grave, por ser pacífica, que la iniciada con las armas por los renegados.

Multitud de mártires se disponen a sellar con su sangre el fervor de sus convicciones religiosas, y estos cruentos holocaustos inquietan al sultán hasta el punto de pretender que los mismos cristianos condenen la conducta de los mártires, provocando la reunión del famoso conciliábulo de Córdoba, del que fué alma el astuto y famoso Gómez.

La importancia de esta exaltación de los sentimientos, que tanto perturbó la tranquilidad pública del Estado, se deja ver con sólo fijarse en el empeño que manifiestan los sultanes por verla terminada cuanto antes y a toda costa, porque comprenden que contra la firmeza santa de aquellos hombres decididos a dar su vida por la fe que profesan, no bastan armas ni ejércitos, y en cambio aquella sangre humeante puede hacer vacilar el trono bajo el cual se desliza su espumosa corriente, enjendrando odios no extingüibles y fecun-

dando la tierra para que de ella broten multiplicados y cada día más irreconciliables enemigos.

El foco de este género de rebelión fué la misma Córdoba, porque aquellos rebeldes inermes podían efectuar su insurrección en el mismo corazón de la monarquía; pero Extremadura no dejó de tomar parte en aquella santa sedición del espíritu; Sisenando, diácono pacense, que ha ido a Córdoba a beber las aguas puras de la fe entre los santos varones que allí se disponen al martirio, da, como ellos, su vida por la religión (851); el presbítero Tiberino padece con santa firmeza veinte años de prisión, siendo restituído a su iglesia pacense a los pocos días del martirio del santo diácono su compatriota, a quien poco antes de marchar al suplicio había pedido tan ardientemente que ante Dios intercediera por él (1); y el Metropolitano de Mérida Ariulfo asiste personalmente en 839 a defender la buena doctrina contra los *acéfalos* en el concilio cordubense; no asiste al de 852 en que se condenó la aspiración al martirio, sin duda porque, en aquella fecha, se hallaba en Asturias (2); pero manda su entusiasta adhesión a las doctrinas ortodoxas sostenidas por el abad Samson contra Hostigésis en el concilio del

(1) S. Eulogio-Men. Sanct.

(2) Vid. ap. G.

862 (1) comprobándose con evidencia por todos estos hechos que la parte tomada por Extremadura en aquella santa lucha no dejó de ser interesante y activa.

## VI

Lejos de apagarse el fuego de las rebeliones con la sangre de los mártires, iba a estallar con más fuerza.

Un renegado de Mérida, preso en el último asedio de la ciudad por Abderraman II, toma pretexto de una mala expresión que le dirige Haxim, el primer ministro de Mahomed, para sublevarse en 855 con los suyos, se fortifica en Alanje; después viene a Badajoz, se une luego con otra banda de muladíes, capitaneada por un tal Sadún; llama a su lado a los españoles de Mérida; predica una religión mixta de mahometismo y cristianismo, pretendiendo con ello unir, bajo sus banderas, a muladíes y mozárabes, y juntando un respetable ejército, lleva el terror por toda la comarca, derrota a los árabes y, por último, auxiliado por Alfonso III, coge prisionero al mismo Haxim, des-

(1) Fuere autem episcopi qui me censuerunt epistolis suis absolvi, hi Ariulfus videlicet qui concilio non adfuerat Emeritensis Sedis Metropolitanus episcopus (Sam. Apol.)

pués de derrotarlo, y viene a fortificarse en Badajoz, donde funda un estado que se mantiene independiente hasta el 930, y que no deja nunca de hostilizar a los sultanes.

El ejemplo de Merwan y los suyos no tarda en ser imitado; los españoles de Elvira se insurreccionan contra los señores árabes, promoviendo una lucha tan larga como numerosa en episodios sangrientos; lo mismo ocurre en Sevilla, acabando esta guerra por encender entre los mismos árabes sus nunca extinguidos odios; y en cuanto a los demás pueblos, puede decirse que convierten el reinado de Abdalláh en un verdadero volcán de rebeliones, multiplicadas de un modo indecible, porque a las de los muladíes se agregan las de los berberiscos y a éstas las guerras de raza entre los árabes, no quedando la soberanía del sultán reconocida, de hecho, más que en Córdoba.

Becr, biznieto del cristiano Zadulfo, insurrecciona la región de Oxonova, estableciéndose en Silves, como capital de aquel estado; Beja y Mértola se insurreccionan a favor de Djawad; Kair-ibn-Chakir se hace señor de Jodar en Jaén; Said-ibn-Aohal se hace señor de Monteleón; los Beni-Farani, hermanos berberiscos, se hacen señores independientes de la tribu de Nafza en Trujillo; ibn-Takil, berberisco, de la tribu de Mazmuda, se hace independiente en Mérida; ibn-Mastana, español, se ha-

ce dueño de Priego y Carbuy; en Toledo se habían hecho independientes; y, por último, Omar-ben-Hafzón, el más famoso de todos, tiene en jaque al poder del sultán y llega hasta las puertas de Córdoba, cuya entrada le impide milagrosamente, el fracaso de Polei.

La raza española mordía ya el freno de la opresión arábica, y el suelo vacilaba ya como nunca, bajo las inseguras plantas de los dominadores.

La insurrección española se concreta, de un modo perfectamente definido, arrancando pedazos de territorio y núcleos importantes de súbditos a la soberanía de los sultanes, y siendo al mismo tiempo estímulo y ayuda de cuantos elementos de discordia hay entre los invasores, hasta el punto de hacer que la llama de este incendio envuelva el trono de los sultanes, y esté a punto de consumirlo, cuando la detiene Abderramam III.

## VII

Yo no negaré que, de todos estos movimientos, el que llegó a amenazar al califato de un modo más próximo e imponente, fué el de Omar-ben-Hafzón, porque este, con su genio, había sabido ayudarse de todos los rebeldes que en el Sur y Oeste habían sacudido el yugo



del poder, y Omar fué, de todos estos rebeldes, el único que vió clavarse las flechas de su gente en las mismas puertas de Córdoba; pero, así como se había iniciado en Extremadura este género de insurrecciones, con Mahmud de Mérida, en Extremadura se perfeccionó antes que en ninguna parte.

Merwan se insurreccionó en 855; Omar del 880 al 881 (1); y el estado, que en Bobastro funda Omar, se rinde en 928 ante el poder de Abderramam III, a los seis meses de sitio; el estado que en Badajoz funda Merwan no se rinde hasta el 930, y después de un año de sitio (2).

Fué Extremadura la primera que se levantó y casi la última que se rindió, porque en 830 sólo Toledo quedaba por rendirse al sultán.

(1) Dozzy. — Mus. Esp.º Tom. 2.

(2) Arib. T. II., p. 214, 216 y 217, cit. por Dozzy.



## CONFERENCIA VI.

### I

**L**os árabes son la raza cuyas costumbres, carácter y modo de ser ha inspirado más patrañas vulgares a la superficial erudición de nuestros tiempos.

Nada tan frecuente como la entusiasta ponderación, que se hace a cada paso, de la fantasía rica y exuberante de un pueblo cuya literatura no ha producido la más insignificante leyenda épica, ni una mala novela, y cuyas costumbres no han dejado producir rastro alguno considerable, ni siquiera indiscutible, de arte dramático, y cuya religión impide todo género de manifestaciones escultóricas o pictóricas, y cuya arquitectura apenas tiene un rasgo original; nada tan vulgar como el encarecimiento de la religiosidad de esta raza,

cuyo carácter, socarronamente escéptico, es el más perfectamente incompatible con todo género de fe ardiente y sincera; y nada tan común, en fin, como la errónea idea de su sistema político, siempre conceptuado como la autocracia más despótica e ilimitada, cuando acaso no haya pueblo tan anárquicamente libre como los beduinos, gozando de la apacible independencia que se respira en sus dilatados desiertos.

Y es tanta la difusión alcanzada por estos errores, entre nuestros frívolos «sabios», que no ha bastado, para destruirla, el noble esfuerzo que, en nuestros días, han venido haciendo, con su incesante labor, los eminentes eruditos, profundos conocedores de este pueblo, que se ocupan, con tanto provecho para la ciencia, en este género de estudios.

Y si estos sabios ilustres no llegan a conseguir su objeto, acaso porque nuestros presuntos intelectuales apenas pasan de leer la portada de las obras, para citarlas a menudo, con lamentable petulancia, no he de pretender yo, con mi nombre obscuro, lo que aquéllos ni aún con sus ilustres firmas consiguen.

Sólo he de ocuparme, pues, en uno de los aludidos errores, para concluir el estudio del fenómeno histórico a que me referí en la anterior conferencia.

## II

Es una opinión tan corriente como errónea la de que el poder del jefe del Estado, entre los árabes, era incontestable; cuando apenas podía dar un paso, sin contar con la aquiescencia de los jeques de las tribus.

Claro está que, cuando un sultán, emir o califa, contaba con esto, nada podía oponerse a su arbitraria voluntad; pero esto era tan raro entre los árabes, como que el jefe del Estado no se inclinara a las tribus de una raza, con preferencia a las de las otras, ocasionando esto celos y odios que daban lugar a las más horribles y sangrientas represalias, cuando variaban las circunstancias.

Esto, claro es, que representaba un continuo germen de discordias, cuando el jefe del poder no tenía suficiente habilidad para mantener el equilibrio entre las opuestas ambiciones de las tribus; pero también representaba una limitación para las posibles arbitrariedades de una autoridad que apenas tiene señalados sus límites en las leyes escritas.

Por otra parte, estas rivalidades de tribu engendraban entre sus individuos aquella fuerte solidaridad germinadora de núcleos compactos y perfectamente uniformes, unidos con

lazo apretado y tan fuerte, que los hacía móviles a la menor insinuación de su jeque, de tal modo que, si el sultán podía disponer de éstos, tenía la seguridad completa de que dispondría de las tribus para todas sus empresas con la más firme adhesión, y entonces cada una de estas tribus rivalizaría con las demás en heroísmo, para llevarse la mayor parte posible del honor que reportasen las empresas intentadas por los califas.

Pero si el califa tenía la inhabilidad o debilidad de inclinarse a una sola tribu, de un modo ostensiblemente depresivo para las demás o no tenía mano de hierro para dirimir las contiendas, que entre las tribus enemigas se suscitaban, la anarquía se hacía inevitable y el poder del jefe del estado acababa por ser un mito.

Esto sucedía con frecuencia, cuando los sultanes eran débiles o inhábiles; pero ocurría inevitablemente, cuando las rivalidades y odios de las tribus arábicas, eran acibarados por los movimientos de las razas sometidas.

Si estas razas llegaban a adquirir fuerzas para favorecer a una tribu, que se consideraba débil por sí sola, para castigar agravios recibidos de otra más fuerte, ni la tribu arábica dejaba de utilizar las fuerzas que le ofrecía la raza vencida, ni ésta desaprovechaba la ocasión de atizar el encono entre las tribus de la

raza vencedora, como ocurrió con tanta frecuencia durante el reinado de Abdalláh, en Sevilla, con los Beni-Angelino y Beni-Sabárico; en Elvira, con Omar, y en Extremadura con los berberiscos y muladíes.

### III

Fácil es comprender que, si el poder musulmán necesitaba encarnar en un hombre de gran tacto, habilidad y energía para mantener la autoridad y el orden entre los súbditos árabes, tan propensos a desórdenes y rebeliones, esto debía hacerse de todo punto imposible, como hemos dicho, si esta propensión, nacida de la soberbia aristocrática de los jeques, se encontraba exaltada por la levadura de las razas enemigas.

En este caso no bastaba habilidad ni energía; o había que extirpar la organización tribal, que ponía a disposición de cada jeque un gran núcleo social del que nunca podía disponer el Estado, si al jeque no le convenía, o había que aliarse con las razas vencidas, cuya fidelidad había de ser siempre problemática para el poder musulmán.

Pero destruir la organización tribal es muy funesto en los países cuyas leyes son tan imperfectas como entre los árabes, no permitién-

doles tampoco su temperamento meridional concebir bien la solidaridad de unidades sociales superiores a la tribu.

El árabe, que no ve de un modo inmediato los beneficios reportados por el orden y el cumplimiento de las disposiciones del poder, solamente por la fuerza obedece estas disposiciones, si emanan de muy alto; sólo es capaz de sentir y percibir estos beneficios dentro de la tribu misma.

Además, las leyes arábicas son los suras del Corán; claro está que, con esta legislación, se hace necesario el ejercicio de una gran facultad discrecional en los encargados de aplicar leyes, cuya vaguedad es tan dada a problemas árdulos en la práctica. Los jeques tienen autoridad moral sobre la tribu para ejercitar estas facultades discrecionales, pero los emisarios del poder central, no pueden usar de ellas más que imponiéndolas por la fuerza.

En una palabra, los árabes no comprenden la nación, comprenden la tribu y la raza; el vínculo etnológico, no el territorial, y aún dentro del vínculo etnológico, comprenden la superioridad del califa sobre las tribus; pero no la perciben muy bien sobre los jeques a quienes estas respetan como sus naturales señores.



## IV

Cuando Abderramam III empuñó las riendas del gobierno, heredadas de su abuelo Abdalláh, tenía veintidós años, y se encontró ante el árduo problema que planteaba la desorganización engendrada por los jefes de aquellas tribus, cuyos rencores ardían de un modo intenso, merced al viento impetuoso de los muladíes y berberiscos que, al debilitar el poder de los sultanes, avivaban la llama de la anarquía.

La poderosa intuición política, del que se había de proclamar francamente el primer califa, descubrió que la organización tribal no le dejaría nunca disponer a la vez de tribus que tan profundos habían llegado a dejar arraigarse sus rencores, puesto que bastaría manifestar su amistad a cualquiera de ellas, para que las demás no tardaran en dejarle ver su resentimiento; y en cuanto manifestase rigor con cualquiera de ellas, todas las de la misma raza se apresurarían a vengarla, cosa que encerraba evidentes peligros, pudiendo siempre contar las rebeldes o descontentos con el apoyo de berberiscos y muladíes.

Pero si es verdad que su gran videncia política le dejaba apercibirse de esta situación, no

lo es menos que la ardiente fogosidad de su juventud no le dejó ver que es esencial la organización etnológica a los pueblos árabes, hasta el punto de no poderse sostener sin ella los estados políticos de esta raza, más que de un modo artificial, y sólo a merced de la energía y fuerza de que pudiera disponer el jefe del Estado.

Abderramam, ante el árduo problema que se presentaba a su vista, no vaciló en continuar la obra que ya había iniciado Hakem I, desorganizando las tribus y haciéndose de un ejército personal; empezó, con la fuerza que esto le prestaba, a deshacer aquellos núcleos sociales que podían poner limitaciones al ejercicio de su poder y crear perturbaciones del orden social en sus estados.

No tardó el califa, con su enérgica voluntad, en conseguir su objeto, hasta el punto de confesar los historiadores árabes que, cuando llegaron los últimos años de este califato, ya apenas había árabe que supiera cual era su tribu. Los jeques habían perdido toda su significación e importancia, y sólo el califa tenía fuerzas para hacerse respetar; no había más personas influyentes, ni más representantes de autoridad, que las hechuras del califa, sacadas por éste de la nada y apoyadas por el ejército imperial, formado también de gentes extranjeras, en su mayor parte, que sólo al califa de-

bían su bienestar, y únicamente, obedeciendo sus órdenes y conservando su poder, podían seguir disfrutándolo.

Este orden de cosas—ya lo hemos dicho—podía dar por resultado un estado floreciente, mientras la mano que lo dirigiese fuera suficientemente hábil y fuerte para sostenerlo, como lo fueron las de Abderramam y Almanzor, pero el día en que esto faltara, se tenía que derrumbar como un castillo de naipes, no teniendo sostenes, como los núcleos tribales, que contuvieran su amenazado hundimiento, o que permanecieran como pilares para una rápida y nueva reconstrucción, si este no podía evitarse.

He aquí la razón que me indujo siempre a disentir de la general opinión respecto a la grandeza que Abderramam y Almanzor dieron al poder de los árabes; no negaré que, por de pronto, hicieran lucir con brillo deslumbrador aquel poder; pero fué secando para siempre las fuentes de vida que manaban, para aquel estado, de su natural organización social, destruida completamente por estos dos hombres, al no encontrar medio de manejarla ni sanearla, por haber ya crecido en el campo la mala yerba de las inquietas aspiraciones de las razas vencidas.

Algo parecido—*mutatis mutandis*—a lo que ocurrió después con la grandeza española

obtenida por Carlos I y Felipe II mediante la celebrada «unidad» nacional.

## V

Tal es la trascendencia que tiene, en la obra de la reconquista, el movimiento de los muladíes en el siglo IX. Desorganiza y resta poder a los árabes para dirigirse contra los cristianos, e inficiona de tal modo el orden social de los conquistadores, que sus más hábiles e insignes políticos, se ven en la precisión de quemar los últimos restos de la natural organización de aquel pueblo, para darle algunos días más de gloria, pero tan efímera y definitivamente postrera, que no se ocultaba su caducidad al mismo Almanzor, cuyas lágrimas en los terrados deliciosos de Zabira (1), al contemplar aquella grandeza que se iba con su vida, manifiestan la profunda convicción de este gran político acerca de la inevitable ruina que se avecinaba para aquel Estado, cuyo único sostén era el cerebro de un hombre, y no la solidez de sus instituciones sociales.

## VI

Los hechos confirmadores de esta verdad,

(1) Macari T. I p. 387 apud Dozzy T. III p. 327 H.<sup>a</sup> de los M. E.

no tardaron en presentarse ante los ojos aterrados de aquel pueblo, que en el año 1001 era todavía un imperio, al parecer indestructible, y en el 1009 estaba hecho pedazos y sumido en la más inorganizable anarquía.

La herida abierta en las entrañas del estado musulmán por los muladíes y mozárabes en el siglo IX, fué cerrada en falso en el siglo X por el talento y energía de dos hombres que, al desaparecer del mundo, dejaron al descubierto la llaga que había hecho progresos desastrosos.

Toda esta importancia tiene aquel movimiento, que germina en Extremadura con las continuas rebeliones de Mérida, brota aquí con las aventuras de Mahmud y se desarrolla de un modo tan amenazador e imponente con Merwan, no extinguiéndose hasta que todos los brotes posteriores han sido destruidos, con el mismo segur que destruyó los puntales más firmes de la organización social arábiga.



## CONFERENCIA VII.

### I

**E**L siglo XI es, a mi entender, uno de los momentos más interesantes en el desarrollo de todos los elementos nacionales de España, como lo manifiestan en seguida, no solamente las nacionalidades cristianas que surgen en el norte de la Península, sino la agitación incesante con que la raza vencida hizo temblar, bajo los pies de la dominadora, la tierra conquistada.

Durante los siglos VIII, IX y X, este movimiento es más vivo que determinado, aunque ya manifiesta claras tendencias a concretarse, de un modo definitivo, en los reinos cristianos; y aún bajo la dominación mahometana, dan claras muestras de diferenciación. Pero en el siglo XI se determina de un

modo concreto el desarrollo de aquellas unidades sociales, que al armonizarse más tarde, bajo la unidad, formarán los elementos nacionales del Estado español.

Castilla hacía mucho tiempo que venía pretendiendo dibujar sus contornos de un modo concreto en las luchas contra los intentos de absorción por el reino leonés, y con la transformación de la corona condal en trono regio, terminó la obra en el siglo XI; en este siglo se desprende también del núcleo navarro el reino de Aragón, y Cataluña, después de haber sacudido la dependencia francesa, ocúpase resuelta y libremente en determinar, con sus peculiares instituciones, la característica fisonomía con que ha de distinguirse siempre en la historia; Navarra continúa enquistada en el aislamiento, que conserva y acentúa cada vez más el carácter de su raza, y hasta Portugal inicia, en las postrimerías del siglo, las tendencias autonómicas que no han de tardar en hacerlo independiente.

Al triunfar del feudal, el poder monárquico va dibujando esta variedad que ha de embellecer más tarde la fisonomía de España, y que ha de darle tanta fuerza, el día en que conciban la armónica unidad que pueden constituir, así como entonces sentían su autónoma sustantividad peculiar.



## II

Pero lo más curioso es que este fenómeno, lejos de quedar circunscrito a la parte cristiana de la Península, se extiende también a la musulmana, aunque en ésta obedece a distinta causa; porque, así como en los países cristianos, el movimiento es de concentración, resolviéndose la variedad feudal en las unidades superiores de las monarquías, entre los musulmanes había ocurrido a la inversa: la unidad compacta del califato, se había disuelto en los reinos de taifa.

Sin embargo, es muy singular la coincidencia de los dos hechos, y mucho más la de corresponder el número de reinos importantes arábigos, salvo pocas diferencias, con el de las regiones españolas que están bajo el poder musulmán, de igual manera que sucede con los reinos cristianos, hasta el punto de poder asegurarse que las regiones españolas se manifiestan en este siglo, en toda la Península, de a manera más completa y determinada por Ivez primera.

Entonces aparece el reino de Sevilla, dominando, al fin, las tres provincias que se le han seguido señalando siempre dentro de Andalu-

cía, y tendiendo a la absorción del resto con la conquista de Córdoba y sus rivalidades con Badis de Málaga; el reino de los Todjibitas, se extiende desde Zaragoza a todo el resto del Aragón dominado aún por los musulmanes; el reino de Valencia, se extiende a todo lo que más tarde abarca su región; el de Toledo, se extiende a casi toda Castilla la Nueva; Murcia, tiene también un trono dominador de su comarca, y, por último, también aparece entonces el reino de Badajoz, dominando, poco más o menos, lo que hoy abrazan las Extremaduras española y portuguesa.

Se dirá que hay muchos más reinos de taifa; pero ninguno, fuera de los enumerados, extiende su dominación a muchos más pueblos del que sirve de residencia a su soberano, ni viven apenas tiempo alguno sin rendir vasallaje a los poderosos monarcas de los reinos dichos.

Podemos asegurar, por tanto, que en aquel fenómeno social, no germen, pero sí desenvolvimiento y casi determinación de los núcleos nacionales, que han de conmover el organismo del Estado español el día en que éste adquiere su completo desarrollo, Extremadura toma una parte importantísima y se determina, como los demás, dentro de las circunstancias en que le es dado hacerlo.

## III

Lejos de mi ánimo la pretensión de adjudicar a la solidaridad histórica de la comarca extremeña las glorias o defectos del estado musulmán que radicó en su suelo, dominando a los españoles habitantes de él. Pero me parece indiscutible que la creación de ese reino, en esta comarca, denuncia una homogeneidad en ella, no menos determinada que en las de Sevilla, Valencia y Málaga, al mismo tiempo que deja huellas no fácilmente borra-  
bles.

Por otra parte, aquellos reinos alcanzan la mayor elevación de la cultura musulmana en España. Sus cortes son continuos certámenes artísticos donde, si es verdad que hay gran afeminación y molicie, también lo es que hay un entusiasmo decidido por la cultura, logrando un gran esplendor todas las manifestaciones del saber en aquellas capitales cuya vida intelectual era tan activa, y cuyos soberanos daban el ejemplo siendo grandes sabios, inspirados poetas, cultivadores de la elocuencia, o por lo menos, generosos protectores de cuantos cultivaron con provecho el arte o las ciencias.

¿Es posible que todo esto pase por un país

sin dejar huella alguna? Si el huracán africano no hubiera arrancado, abrasándola, esta lozana vegetación intelectual, seguramente hubiéramos podido recoger sus sazonados frutos y no hubiera sido, por cierto, Extremadura la menos afortunada, porque en ella estuvieron los magníficos palacios de los Aftásidas, tan celebrados por Ibn-Kakan y tan llorados por Aben-Abdun, y la corte del sabio y altivo Mudaffar, cuya ciencia era reconocida y respetada entre todos los musulmanes, y, por último, la de Motawakil, tan elocuente, tan inspirado y tan protector de todos los hombres de letras que a él se acercaban.

Tampoco me avengo a creer que una raza viva en un país por tanto tiempo, sin que éste influya, al fin, en la modificación de su carácter; ya veremos la comprobación de esto más adelante; por eso no es extraño ver en Mudaffar aquella altivez tan antisemita y arrogancia tan extremeña, de que da prueba en tantos episodios de su vida, y sobre todo, cuando prefiere continuar cautivo, siendo un jovenzuelo, antes que pedir perdón al rey de Sevilla que lo había vencido. Y cuando más tarde, siendo ya rey, es víctima de la terrible derrota que devastó por completo su reino, llega en su alarde de altiva indiferencia, hasta el punto de no permitir a nadie lamentaciones ni hablar siquiera de acomodados, gastándose luego

enormes sumas en adquirir unas cantoras, por no parecer inferior al de Sevilla que tenía las mejores de Andalucía; alarde que asombró a todos los que conocían la situación del Aftásida, y sobre todo que compaginaba tan poco con el carácter serio y meditador de aquel hombre sabio, entregado por completo a las tareas intelectuales, que le proporcionaban sus aficiones al estudio.

#### IV

No me he propuesto, por esta vez, escribir la historia de Extremadura como entidad geográfico - histórica, sino indicar solamente la parte que a Extremadura le toca en el desenvolvimiento de España, y en ese sentido anoto el hecho de la formación del reino badajocense a la caída del califato.

En una palabra: como hemos visto, parece que en el siglo XI se delínean y concretan los elementos nacionales de España, y el reino de los Aftásidas denuncia con su determinación geográfica, con su adelanto económico, científico y artístico peculiar, que Badajoz toma parte en ese fenómeno del desarrollo nacional en el mismo grado que Toledo, Valencia, Sevilla, etcétera.

Por tanto, en cuanto representan los reinos

de taifa en el terreno de los adelantos científicos, artísticos y aún de determinación concreta regional y como debilitadores de la raza invasora, tiene Extremadura la parte importantísima que representa su reino de Badajoz.

## CONFERENCIA VIII.

### I

**A**UNQUE no le faltara tanto fundamento y verdad, como le falta, a la opinión—sustentada y admitida durante tanto tiempo— del supuesto paréntesis de actividad mental padecido por España desde los florecimientos de la cultura goda hasta los albores del primer renacimiento, no debiera ser esto motivo de reproche para unos pueblos que, durante todo ese tiempo, tuvieron que realizar la obra de constituir y delinear su personalidad nacional, además de conquistar el suelo en que habían de vivir y defender lo que iban conquistando, de la continua amenaza del enemigo expulsado.

Pero no fué sola esta la labor que realizaron en ese tiempo los pueblos españoles. Ya hemos

visto, por las sucintas indicaciones hechas anteriormente, que entre los españoles cristianos sometidos a los árabes no se interrumpió el desenvolvimiento intelectual iniciado en los tiempos godos. Hoy, además de esto, merced a los estudios étnicos y filológicos llevados a cabo por los arabistas modernos, se hace imposible negar a las razas españolas una preeminente participación en los florecimientos intelectuales de los musulmanes españoles, entre los cuales, lo mismo los filósofos que los poetas, los historiadores, los gramáticos y otros muchos cultivadores del saber, ofrecen vehementes indicios de ser étnicamente españoles. Dugat y Munk han observado con acierto que, el nombre de filosofía árabe es enteramente inexacto: más propio sería decir filosofía musulmana, puesto que la mayor parte de esos pensadores son de origen persa o español (1). Del propio Averroes, la más alta mentalidad de los musulmanes españoles, no se puede afirmar con certidumbre el abolengo árabe, ya que ni él ni sus biógrafos mencionan la estirpe beduína a que perteneciera, cosa poco explicable en un árabe que la tuviera bien definida. Polígrafos tan eminentes como Aben Alcotya (el hijo de la goda) revelan hasta

(1) Dugat-Histoire des Philosophes et Theologiens Musulmans. París, 1878, pág. 19 cit., por Menéndez y Pelayo. Ensayos de crítica filosófica, pág. 50. Madrid, 1892.



en su nombre el abolengo español que, según parece, se remonta a la familia de Witiza.

Recuérdese aquel gran poeta y fecundo escritor Ibn-Hazm, íntimo amigo de Abderramam V, en cuya inspiración descubre tan atinadamente Dozzy, al parangonar sus poesías con las del Califa amigo, el origen español que en vano trata de ocultar bajo la ficción de una apócrifa genealogía árabe que se adjudica.

Y si, fuera ya de los multiplicados casos de este género que se encuentran entre los escritores musulmanes de España, tenemos en cuenta para todos la observación del gran arabista don Julián Ribera en su discurso de entrada en la Real Academia Española, acerca de la gradual disminución de sangre árabe que, por regla general, hay que calcular en los invasores, a causa de sus enlaces con españolas, no podemos considerar injustificado que se compute a la mentalidad social de los españoles, en una máxima parte, aquel florecimiento intelectual alcanzado por los árabes de España, durante los siglos X, XI y XII y que no han vuelto a tener desde que perdieron su contacto con los españoles en occidente y con los persas en Oriente.

## II

Dos arabistas eminentes, Dozzy y Codera, se manifiestan profundamente discordes en cuanto a la apreciación del efecto que, en el desenvolvimiento intelectual de los musulmanes españoles, produjo el advenimiento de los Almoravides. Opina Dozzy que este suceso truncó en absoluto aquel proceso cultural. El arabista español rebate tal afirmación y ofrece hechos comprobadores de que los nuevos elementos musulmanes procedentes de Africa, lejos de interrumpir aquel movimiento, lo toleran, lo favorecen a veces y hasta, con relativa frecuencia, toman parte en él.

Incontestables son los hechos que aduce el sabio arabista español para refutar la rotunda afirmación del holandés. Pero no es negable que la turbulencia y trastorno consiguiente a la invasión, al dispersar aquellas cortes que eran tan bellos y nutridos focos de cultura, trajo la consecuencia deplorable de destruir en gran parte y ocultar, en no menor cantidad, los vestigios de aquella activa labor mental en términos tales que su estudio completo se ha hecho difícilísimo, por mucho tiempo, faltando aún mucho para realizarse por completo, aun con el avance tan asombroso que, en este

camino, ha logrado alcanzar la labor investigadora del pasado siglo y lo que va del presente.

Esta deficiencia de pormenores impide todavía aquilatar debidamente la cuantía y calidad de colaboración que, a la cultura musulmana del siglo XI, aportó la corte de Badajoz.

Hay sin embargo indicios para pensar que no dejó de ser interesante. Recordemos que todos los autores convienen en atribuir una extraordinaria y copiosa cultura a Mudaffar, uno de los reyes aftásidas de la corte badajocense. Sábese de él que escribió una vasta enciclopedia que constaba de numerosos volúmenes.

Siglo y medio después de su muerte, Abdolwahid al-Marracich habla del sabio monarca badajocense en estos términos laudatorios: «No hubo mortal que aventajase a este Mudaffar en el afán de acumular cuantos escritos contuvieran las disciplinas concernientes a la belleza de la vida, principalmente aquellos en que se discurre sobre gramática y sobre las bellezas de la palabra, y aquellos otros en que se conservan los poemas y las hazañas memorables, y sobre todo los más interesantes trozos de la historia. De este género de escritos, adquiridos por su diligencia, hizo una selecta recopilación a la que dió su propio nombre. Es una obra por el estilo de *Los lugares escogidos*, de Ar-Rahua, y *Los hechos notables*, de

Abu-Mahamad-ibu-Kotaiba. Los ejemplares que se conservan de esta obra constan de diez gruesos volúmenes; casi siempre llevan a su frente el título «Al Mudaffar».

La pérdida de esta obra nos priva de los curiosos detalles y pormenores que, con seguridad, contendría sobre toda la labor intelectual que se realizara en la corte y reino de Badajoz; pero debió de ser interesante, porque una afición tal, y semejante competencia y capacitación en un soberano, no es verosímil que brotara sin antecedentes, ni floreciera solitaria y sin subsiguientes frutos más o menos copiosos. La celebrada inspiración poética, elegancia elocuente y extensa cultura de Motawakil, uno de los hijos de este sabio monarca, es un hecho que revela cuál debió ser el ambiente de aquella corte en que se educó. Tampoco quedan poesías ni otros escritos de Motawakil. No puede, sin embargo, dudarse de que debieron ser hartos estimados, cuando por la reputación de sabio y elocuente, que le dieron, se le encargó de redactar, en nombre de todos los reyes de Taifas, la famosa misiva en que se pidió a Iusuf, el jefe de los almoravides, que viniera a prestarles auxilio contra la amenaza, ya tan imponente, de los cristianos. Y es de notar, que entre aquellos monarcas, los había tan cultos como Motazim, de Almería, y Motamid, de Sevilla.

Hubo, pues, en Badajoz un foco de cultura de no menor esplendidez que las demás cortes de los taifas; la raza musulmana de estas comarcas aportó, a aquel florecimiento mental, eruditos como Mudaffar, poetas como Motawakil, como Nahli, el famoso vagabundo conocido por sus discreteos con Motamid y Motazim.

### III

Si el venerable y sabio Codera no hubiera tenido a mano el caudal de pormenores y detalles que le ofrecía su copiosa erudición, para refutar el aserto de Dozzy sobre la interrupción del desenvolvimiento mental por la entrada de los almaravides en la provincia, seguramente le hubiera bastado el hecho del poderoso florecimiento intelectual que revelan eminencias como Avempace, Tofail y Averroes, todos coetáneos de aquella perturbación a la que el arabista de Leiden atribuye tanta eficacia demoledora para los avances de la cultura.

Cumbres como las de los tres entendimientos enumerados no se levantan solitarias, ni surgen del yermo espiritual en plena barbarie. Más bien parece, por la solidez y seguridad de orientación de la labor mental de estos tiempos almaravides, que la turbulencia de la in-

vasión produjo en la opulenta cultura de los taifas un efecto parecido al del hacha podadora en las vegetaciones viciosas. Derivó la afición mental, de las suntuosidades retóricas de poesía y prosa, tan en boga en el siglo XI, a las hondas investigaciones filosóficas y teológicas.

¿Cuál es el motivo de esta derivación? Acaso resulte un poco aventurado arriesgarse a hacer afirmaciones concretas sobre este tema, mientras no sean más numerosos los datos que se tengan para juzgar este proceso de aquella civilización. No nos parece, sin embargo, que deba dejarse de tener en cuenta, no como causa, sino como medio facilitador para la consumación de este fenómeno, por una parte, la afición y desarrollo de los estudios filológicos iniciados en tiempos de Hachem II, y que a tanto florecimiento llegaron en tiempos de los Tarifas; por otra parte, la inclinación a las compilaciones enciclopédicas que ofrecían a los entendimientos un ancho campo de labor; y, sobre todo, el vehículo de la raza hebrea que, por aquel tiempo, trajo de oriente todo el tesoro científico de sus Academias.

Comenzaríase primero por estudiar los filósofos y sabios orientales, de la misma religión, mencionados y extractados en las vastas enciclopedias. Los estudios filológicos dieron medios de estudiar, en su lengua, a los griegos;

los hebreos traían un gran acerbo de investigaciones sobre toda la ciencia antigua y contemporánea. Estos hechos, enteramente indudables, constituyen un ambiente propicio para el fenómeno a que nos referimos, aunque no constituyan por sí la causa única y determinante de aquel florecimiento filosófico, cuya penetración en Europa por el cauce de los Traductores de Toledo, produce en la filosofía de los pueblos cristianos influencias que han tenido tan difícil explicación hasta que se han podido tener en cuenta estos datos.

En este ambiente de cultura nacieron y se desarrollaron aquellos grandes entendimientos, tanto musulmanes como hebreos, que nutridos en el estudio directo de la filosofía griega traída en traducciones y comentarios hechos por los sabios orientales, penetraron en Europa por el cauce de los Traductores de Toledo, produciendo en la filosofía cristiana, influencias tan trascendentales como inexplicables hasta hace relativamente poco tiempo.

#### IV

¿Estuvieron ausentes de esta obra los elementos étnicos que ocupaban las comarcas occidentales en que al cabo se han concretado los límites de Extremadura? Cabalmente, Co-

dera, en su mencionada discusión con Dozzy apela al testimonio de una de las obras filosófico-política del sapientísimo Abenasid, conocido por *el de Badajoz*, por ser hijo de dicha ciudad, hombre cuya vida se prolongó, desde mediados del siglo XI, hasta el año 28 del siglo siguiente, consagrándose con tal ahinco al estudio de la filología, filosofía y política que se recuerdan por los autores contemporáneos, siempre con admiración, los títulos de treinta obras suyas sobre estas materias, conservadas ocho de ellas en diferentes bibliotecas (1).

La secta de los *moridíes*, tan interesante por su orientación intelectual, nacida del estudio de Algacel y predicada en las comarcas occidentales por Abencasi, español, nacido y educado en Silves, tuvo a Badajoz y su comarca por principal teatro de sus florecimientos. No hay datos para aquilatar toda la importancia cultural que pudiera tener por entonces este suceso. Sin embargo, no es lógico que se diera en un terreno yermo de cultura. Por el contrario, esta debió de ser de bastante importancia por estas comarcas extremeñas, cuando en ellas encontró Averroes uno de sus principales maestros, el trujillano Abu-Djafar, uno de los más doctos faquires de su tiempo, según el testimonio de su biógrafo Ibn-Abi-Oceibia, a

(1) Francisco Codera. Ob. cit. pág. 203 y 347, Zaragoza, 1899.



quien cita Renan en su *Averroes et l'Averroïsme* (1).

## V

¿Cuál es la importancia que tiene todo este gran desenvolvimiento intelectual de los musulmanes españoles, en tan alto grado computable a las razas ibéricas, y en que tan interesante colaboración aportaron los elementos etnológicos de Extremadura?

Dice Renan en la obra antes citada:

«La introducción de los textos árabes en los estudios occidentales divide la historia científica y filosófica de Edad Media en dos épocas perfectamente distintas. En la primera, el espíritu humano no tiene, para satisfacer su curiosidad, más que las ávidas ruinas de la enseñanza de las escuelas romanas, amontonadas en las compilaciones de Capella, de Beda, de Isidoro y en algunos tratados técnicos, cuyo carácter usual les salvó del olvido. En la segunda, todavía es la ciencia antigua la que vuelve a occidente pero más completa esta vez, en los comentarios árabes o en las obras originales de la ciencia griega, entre las cuales los romanos habían preferido los compendios»... «El honor de esta tentativa, que había

(1) Cap. I, S. II.

de tener decisivo influjo en la suerte de Europa, corresponde a Raimundo, arzobispo de Toledo y gran canciller de Castilla de 1130 a 1159. Raimundo forma en torno suyo un colegio de traductores, a la cabeza del cual se halla el arcediano Domingo Gundisalvo o González Dominicus (Gundisalvi). Varios judíos, entre los que el más conocido es Juan Aven- death, trabajaban bajo sus órdenes»... «Así desde la primera mitad del siglo XII, eran conocidos de los latinos las más importantes obras de la filosofía árabe.»

Hasta el año 1843, en que Amahl Jaurdain publicó sus *Recherches sur l'âge et l'origine les traductions latines d'Aristote* poco o nada se había parado mientes en este suceso cuyo desconocimiento dejaba sin explicación tantos fenómenos del movimiento filosófico medieval en Europa, debidos a su trascendental influencia. Pero desde la publicación de aquella obra, los trabajos sobre tal materia se han repetido hasta reconocer que es la labor de los traductores y filósofos españoles de Toledo una de las principales claves de la historia científica y filosófica de Europa en la Edad Media.

«El beneficio del arzobispo don Raimundo —dice Haureau, *Hist. de la Phil. Sc holast.*, tomo II, p. 55— es de los que se deben grabar en bronce.» «A don Raimundo —dice el Dr. Le-

clere, His. de la Med., t. II, p. 376 — pertenece el honor de haber provocado las traducciones del árabe al latín en su ciudad episcopal, y esta iniciativa, que fué conocida en Europa más o menos pronto, puede ser considerada como el faro que atrajo a Toledo sabios de todos los puntos del horizonte, no sólo en el siglo XII, sino en el siglo XIII; y como el antecedente necesario de los trabajos de Alfonso el Sabio (1). «La erudición profana de los escolásticos anteriores a esta época (1130 a 1150) — dice Menéndez y Pelayo — estaba reducida al *Timeo* de Platón traducido por Calcidio, a los tratados lógicos de Aristóteles interpretados por Boecio, a las compilaciones de Casiodoro, Beda, San Isidoro y Alcuíno y a algunos libros de Séneca y Apuleyo, sin olvidar la *Iságoe* de Porfirio, en torno de la cual rodaba la disputa de nominalistas y realistas. Con tan escasos materiales se había levantado el maravilloso edificio de Lanfranco, Roscelino, San Anselmo; Guillermo de Campeaux, Hugo y Ricardo de San Víctor y Pedro Abelardo»... «De Aristóteles sólo se conocían antes del siglo XII los tratados lógicos, y sólo podía imitarse, por lo tanto, el procedimiento dialéctico», «hasta la época de don Raimundo, nadie había pensado en traducir (de los árabes)

(1) Vid. Menéndez y Pelayo. — Ensayos de crítica filosófica. n. de la pág. 66. — Madrid 1928.

obras de filosofía» y antes de esto dice: «Como intérprete de lo bueno y sano que hubiera en la ciencia arábica, cabe a España la primera gloria, así como la primera responsabilidad en cuanto a la difusión del panteísmo» (1).

Tal es la importancia de la labor de Toledo; y esta se verificó sobre las obras que circulaban, en la España árabe de entonces, vertidas al arábigo y al hebreo, o comentadas directamente del griego en estos idiomas, merced a la intensidad de trabajos filológicos y compiladores y comentadores que hicieron árabes y judíos de los siglos XI y XII en España, respecto de los cuales trabajos bien patente está que no estuvieron ausentes las razas de la comarca que más tarde se ha denominado Extremadura.

(1) «H.<sup>a</sup> de los Heterodosos Españoles», 2.<sup>a</sup> Ed. T. III, páginas 115, 116 y 117.

## CONFERENCIA IX.

### I

**U**NO de los sucesos de las instituciones que más trascendental importancia tienen, a lo largo del desenvolvimiento medieval, es la caballería que se ha llamado andante. ¿Qué es esto de la caballería andante? No incurramos en la absurda rutina de considerar este fenómeno, como una simple cantera de invenciones literarias, que comenzaron robustas e ingenuas y acabaron locamente hinchadas hasta merecer el genial anatema de Cervantes. La caballería no fué un mito; no fué un lamentable desvarío hijo de una decadencia. Fué una realidad histórica, un momento feliz y candoroso de nobleza y vigor infantil. La robusta adolescencia lo adornó luego con galas de fresca lozanía en gestas ingenuas y vi-

brantes; pero una madurez enferma y decadente, recargó luego su historia con esa ornamentación túrgida y pomposa que nos ha hecho dudar, no sólo de su misión histórica, sino hasta de su realidad efectiva.

Pero no incurramos en este error. No nos dejemos alucinar por el desdén que inspiran esas hinchazones decadentes. Trasladémonos a su momento. Los siglos de pleno feudalismo, inmediatamente posteriores a la irrupción de las razas nuevas que se aposentaron sobre los escombros del mundo antiguo.

Era un tiempo de ensueños dulces y bellos, de fe ardiente, de fuerzas y pujanzas indómitas y bravías; sin fijeza de vínculos sociales; sin barrera de leyes; sin amparos para los humildes: la mujer, el pobre, el niño... Campos yermos y solitarios; montes cuajados de abrupta espesura. Sobre las cumbres enhiestas, castillos almenados. En las faldas, suburbios de pecheros, chozas de pastores sencillos. En los valles perdidos, en los bosques sombríos, monasterios, en cuyo derredor brotan, como plantas humildes y silvestres, burgos silenciosos, aldeas, a donde llegan rodando, como el trueno en las nubes, las noticias de los lejanos lugares, los presagios de calamidades que se acercan, los relatos de los heroísmos que las conjuran. Y allá lejos, siempre muy lejos, las cortes de los reyes, de los emperadores, de los

poterosos señores de señoríos. Y en esas cortes, en esos castillos condales, ducales, los caballeros que luchan por el poder, por la gloria, por el amor. Y princesas bellas, infanzonas nobles, cuyos amores, cuyas desventuras, cuya virtuosa constancia o desleal liviandad, mueven el mundo, lo ungen de poesía melancólica, o lo riegan de sangre noble y generosa.

Flotando sobre este ambiente y animándolo — a la manera del Espíritu soberano sobre las aguas, en la gestación de los mundos —, la fe y el amor como leyes supremas de la vida: la gloria y el honor como ideal. Pero acá abajo, en la tierra, en la carne de la humanidad, violencias bárbaras, plenitudes de vigor gigante, capaces, en su sed de complacencias, de llegar a todas las abominaciones que pudieran servir de marco y contraste a las excelsas locuras con que la embriaguez de ideal regaba la tierra y sembraba de encanto aquel bello y complejo momento de la vida.

Esta locura ideal de la caballería fué el contraste de la violencia y, al cabo, su vencedora.

## II

¿Cómo llega este fenómeno a España? Como y cuando corresponde a su peculiar modo

de desenvolverse en aquellos siglos; como corresponde también a su psicología. Ambas cosas, enteramente distintas de todas las demás naciones y razas europeas.

Es necesario salir al paso a muchos tópicos que han tomado preponderancia en los espíritus, gracias a la sumisión que tiene siempre la mentalidad española para aceptar los dictados que, respecto de su propia personalidad, se le adjudican de fuera. Uno de esos tópicos, y quizá el que más fortuna ha hecho, es la supuesta exaltación de ensoñador romanticismo que se atribuye a la psicología española. Sin embargo, estudiando serena, atentamente, en la vida cotidiana, y a lo largo de toda nuestra historia, el espíritu español, acaso no se encuentre otro más incompatible con esas exaltaciones, ni de más crudas notas de practicismo utilitario y realista, tan absolutamente divergentes de la condición, que rutinariamente se le atribuye.

La literatura, que para poner de manifiesto el alma de los pueblos tiene más eficacia que la propia historia, sobre todo cuando canta sobre las palpitaciones de la vida, nos deja ver claramente esta verdad. No miremos, por tanto, al Cid casi mítico de Guillén de Castro y de los romances nuevos de los poetas clásicos, ya conocidos, ya anónimos, ni al *Bernardo*, de Valbuena, ni al Fernán González, de las



leyendas románticas del renacimiento. Esta literatura, lejana de los héroes y de los sucesos, está ya influída por el tópico cuya falsedad es necesario poner de relieve. Veamos esos héroes y esas hazañas, en los romances viejos, en los fragmentarios restos auténticos de las gestas coetáneas, tanto en los que han logrado conservarse, como en los que va descubriendo la crítica moderna, mediante sus hábiles excavaciones en la prosa de las viejas crónicas. Entonces veremos que ese halo de ensoñadoras fantasías con que las edades posteriores han nimbado esas figuras, se desvanece ante la sanguínea realidad que las deja ver, humanas y vivientes, con aquella sinceridad ingenua y bárbara, peculiar de nuestras gestas; que no tienen los refinados aromas de las simétricas concepciones cultas, pero que están empapadas en fragancias penetrantes y vigorosas, como las de las selvas naturales. El Cid, en ellas, es un mesnadero que pelea «por ganar su pan», porque «haber mengua de él es mala cosa» y conquista a Valencia «para dejar a sus hijas rica heredad». Fernán González es un rico hombre revoltoso que pelea por redondear su señorío y sacudir gabelas; Bernardo es un bastardo despechado que se irrita por la ineficacia de sus esfuerzos para aplacar el encono regio contra su padre...

Y es necesario venir a tiempos decadentes'

de influencias exóticas en nuestro ambiente espiritual, como los del Doliente, o su hijo don Juan o su nieto don Enrique, aquella pálida encarnación de todas las degeneraciones, para encontrar, en los delirios de Macías, en las locuras de Suero de Quiñones o en los sentimentales transportes de Rodríguez del Padrón, síntomas de aquellas ensoñaciones con que la fantasía provenzal contagió a nuestros pueblos.

Tan incompatibles fueron siempre las andanzas caballerescas con el espíritu español, que aun habiéndose escrito en España una de las más altas epopeyas de ese ideal, se ve el autor en la necesidad de poner el héroe y la acción fuera de España, y hasta en el caso en que, como en *Oliveros de Castilla y Artús de Algarbe* son los héroes peninsulares, se cuida bien el autor de sacar toda su vida de la Península, por no encontrar en ella ambiente propicio para su desenvolvimiento. Cervantes, en cambio, encuentra en este ambiente, el medio más adecuado para subrayar los extravíos de la sublime locura. Y ¡qué intensidad alcanzan los matices de la ironía cervantina en el choque del ensueño caballeresco con la vida llana, realista y positiva del pueblo español! Se comprenden las exaltaciones y triunfos de Amadis, de los Palmerines, de Artús o de Oliveros, del lado de allá de los Pirineos; pero

dentro de los límites de la Península, sólo se comprenden los apaleamientos de don Quijote.

### III

La psicología española no se avino nunca con esas exaltaciones de ensoñador desbordamiento, en la realidad consuetudinaria de su vida sencilla, es verdad. Pero también hemos de tener en cuenta que en la Península, debido a causas, acaso también psicológicas, o quizá a eventualidades históricas, o a ambas cosas a la vez, que aquí no podemos detenernos a dilucidar, la crudeza bárbara y desoladora del feudalismo tampoco alcanzó los tonos monstruosamente fieros que ofreció en el resto de Europa, sobre todo en el centro y el norte. Y la exaltación sentimental y locamente soñadora de la caballería, en su momento heroico, es una reacción contra tales pujanzas.

Por esto, la caballería penetró en España cuando, por la evolución lógica de su desarrollo, se convirtió en una institución de realidad utilizable y organizada para desempeñar una función en el organismo social; cuando nacieron las llamadas Ordenes de Caballería.

Ocurrió esto con ocasión de las cruzadas.

Este acontecimiento, tan fecundo en consecuencias para Europa, y en el que todos tomaron parte, fué, en su realización, casi enteramente ajeno a las naciones españolas. ¿Cuál será la causa de esta ausencia casi absoluta de los pueblos peninsulares, en esta conmoción del espíritu cristiano medieval? El obstinado empeño de no reconocer la absoluta incompatibilidad de la psicología de estos pueblos con toda exaltación de romántico ensueño aventurero, ha ideado el sofisma de que la continua cruzada, emprendida y proseguida durante nueve siglos por estos pueblos contra el enemigo musulmán, los inhibió de tomar parte en aquel movimiento.

Pero, ¿resiste este razonamiento a un serio exámen de la crítica?, ¿dónde están, en aquella lucha, defensiva casi siempre, aislada y utilitaria en todo momento, los impulsos ultrahumanos que arrancaron de sus asientos, en el centro de Europa, hasta instituciones de raíces seculares al grito famoso de «Dios lo quiere» que sonó en Clermont? No nos dejemos alucinar por brillo de estos sofismas, ni arrastrar por la fuerza de estos tópicos consuetudinarios. Si las naciones españolas intervinieron menos que las demás en aquel acontecimiento, fué por la incoherencia de su psicología con la naturaleza de estas empresas de sentido absolutamente ideal y ultraterreno.

## IV

Pero las consecuencias de este suceso fueron tan universales para todo el occidente, y descendieron de tal modo al terreno tangible y práctico donde los pueblos peninsulares viven sin desviarse jamás gran cosa, que casi todas repercutieron en ellas con igual intensidad que en los demás.

Una de estas consecuencias, ya lo hemos indicado, fué la conversión de la romántica y sentimental Orden de Caballería, en organismos utilizables para desempeñar, en la vida de los pueblos, una función de la vida social y política, cristalizando el ideal de la Orden, en la organización de las Ordenes Militares.

Pero aquí, como es lógico, las Ordenes de Caballería, nacidas de las Cruzadas, no arraigan. Sólo la de los Templarios tuvo un efímero florecimiento. Los pueblos españoles, ajenos, casi por completo, a aquel suceso, no tomaron de él más que las consecuencias utilizables para su vida y en la forma que pudieran serlo.

Nacen las Ordenes Militares, en España, con un sentido enteramente nacional y político, para dar, a la contienda con los árabes, una fuerza y cohesión que debilitaba a veces la

disgregación fundal, y los aislamientos en que se realizaba por las divergencias de las naciones peninsulares.

Los reyes de León, de Castilla y de Aragón se apresuran a favorecer y alentar este movimiento; ven en él un instrumento de combate más seguro y firme que la desunida y turbulenta nobleza feudal.

## V

¿Qué participación toma Extremadura en este fenómeno? Son cuatro las Ordenes de Caballería que se organizan en España, para realizar el interesante cometido de que hemos hecho mención.

Dos de estas Ordenes, la de Santiago y la de Alcántara, nacen en Extremadura y se constituyen con sus hombres; además, durante la época más floreciente e interesante de su acción, es esta comarca el principal centro de su obra social política y militar en el desenvolvimiento de la vida de los pueblos españoles. (H).

## CONFERENCIA X.

### I

**A**L mediar la segunda mitad del siglo xv, Europa se acerca a la consumación de una de las profundas crisis de su vida. Decimos consumación — coronamiento, plenitud quizá sería mejor —, porque se venía fraguando desde mucho antes, ¿desde el siglo xiii? Por lo menos en ese siglo se comenzó a sentir más intensamente. Se iba a consumir el tránsito, la transtormación — entonces imperceptible, hoy perfectamente destacada — del mundo medieval, al mundo moderno.

¿Qué participación toman los pueblos españoles en este gran momento de la historia Europea? La Península, en el andar de su historia, acaso no haya atravesado momento más interesante; quizá tampoco haya, en el

transcurso de la historia universal, pueblo alguno que, en una crisis tan grave, tan honda, haya llevado a cabo labor tan compleja, tan difícil, tan ardua y tan grande.

Se van a revisar todos los valores, toda la ideología, todos los fundamentos espirituales, políticos, sociales y, sobre todo, religiosos del mundo medieval, a la luz demoledora del renacimiento; se va a completar la civilización humana entrando en su ambiente los pueblos rezagados en la parte del planeta que había permanecido desconocida durante tantos siglos. España interviene en estos dos decisivos, magnos acontecimientos, tomando a su cargo la parte principal y además la más difícil. Ella es la que descubre y toma la iniciativa civilizadora del mundo desconocido. Ante las corrientes renovadoras, ella toma a su cargo el encauzamiento, sosteniendo el dique de la Iglesia, para que la renovación no se convierta en asoladora demolición.

## II

Mas para llevar a cabo tal labor ¿está preparada España en aquel momento?, ¿es una nación compacta, uniforme, sólidamente constituida, con grandes recursos económicos, sólidos hábitos de orden, de disciplina, de auste-



ra moralidad en las costumbres públicas? Nada de esto. Recordemos sucintamente la situación de los pueblos españoles en el momento crítico que eligió la Providencia para encomendarle obra tan ardua.

Se encuentra Castilla deshecha por todas las disoluciones de la corte de Enrique IV; Aragón trabajado por las intrigas y perfidias de Juan II. Perfidias y hasta quizá un parricidio, trajo la corona de Aragón a las sienes de Fernando. Por encima de la deshonor de su hermano tuvo que pasar Isabel para sentarse en su trono. El rey de Francia, amenaza en su frontera para llevarse Vizcaya y quizá Navarra; Granada todavía es baluarte último de los agarenos. En el interior, los magnates no se aquietan. Se aperciben de que los jóvenes monarcas que han puesto en el trono no sirven de instrumento dócil para sus desenfrenos, y se revuelven contra ellos. Los de Castilla vuelven los ojos a la problemática princesa, hija de Enrique IV y los apoya el rey de Portugal. En Aragón no se ha extinguido el recuerdo del príncipe de Viana, y la tragedia de su muerte no se olvida ni en Cataluña ni en Navarra. En el propio Palacio real no es completa la concordia, Fernando no se avenía a compartir su soberanía con Isabel; los castellanos no se conforman con ver suplantada la autoridad de su soberana. ¿Ha habido momento más difícil,

más complicado en la vida y en la organización de la Península?

Pues sin embargo este fué el prólogo de su mayor florecimiento e influencia en la vida y en la historia del mundo. El trono vacilante de aquellos monarcas se consolidó, se afirmó con más vigor que ninguno de sus predecesores; se organizó, como nunca se había logrado, la vida interior; y se unificó por primera vez la autoridad nacional sobre toda la Península, preparándose así para intervenir España en la historia universal con la eficacia decisiva que hemos apuntado.

### III

¿Qué participación toma Extremadura en el gran momento que para España inician los Reyes Católicos? ¿Qué aportación lleva a la misión universal que luego realiza la nación?

Vamos por partes. Veamos primero dónde cobró solidez el vacilante trono y estudiemos sucintamente los factores que intervinieron en este fenómeno. En Toro se libró el hecho de armas decisivo de aquel proceso. Pero su desarrollo, su desenvolvimiento y la acumulación de causas que prepararon aquel suceso, todo ocurrió en Extremadura.

Fué en Plasencia donde los nobles rebeldes

citaron al rey de Portugal para convenir su matrimonio con la Beltraneja. Este es el momento de mayor peligro; la más grave y seria amenaza para la consolidación del Trono de los Reyes Católicos. Se han unido contra ellos todos los antiguos caudillos que estuvieron frente a Enrique y a favor de Isabel: Villena, Benavente, el Arzobispo Carrillo, el marqués de Cádiz... Todos los poderosos castellanos están al lado de la infeliz Princesa y contra la Reina.

Pero se levanta frente a ellos en Extremadura una fuerza considerable. En Cáceres, se reconcilian los enconados bandos de Solises y Monroyes, abrazando la causa de los reyes, y el mariscal Alfonso de Torres, con los caballeros cacereños, pone un fuerte dique en la frontera para impedir el paso al ejército portugués. El famoso clavero don Alonso de Monroy, que ha abrazado también la causa, tiene sus castillos en la frontera, y don Alonso de Cárdenas con los caballeros de Santiago, cierra el paso en Jerez y Badajoz, donde el maestre de Alcántara, don Gómez de Solís y el Comendador de Bienvenida Diego Ovando, de Cáceres, con algunos caballeros cacereños completan el frente.

El punto preferente que la Reina Isabel eligió para su residencia, durante la azarosa tramitación de este proceso, fué la casona que,

*Torres*

frente al Monasterio de Guadalupe, se conserva aún levantada. Fué vendida en los tiempos de la desamortización. Certero fué el tino de la primera Isabel al acudir a Extremadura y a su excelsa Patrona en los días de su tribulación. Ambas fueron pródigas en otorgarle el don de sus auxilios. El trono entró vacilante y maltrecho en la tierra extremeña; pero salió de ella robusto y firme, no sólo consolidado por el vencimiento de sus adversarios, sino capacitado para terminar la obra de la reconquista.

Recordemos que allí, en Guadalupe, al coronarse estos faustos sucesos, surgió el primer intento de emprender la guerra de Granada. No está desacertado el señor Barrantes al considerar por estos hechos al venerando monasterio, la segunda Covadonga.

Tal es la primera intervención que tiene Extremadura en la obra magna que va a emprender en España en los días de su más glorioso florecimiento. Después... lo que hizo después la gente extremeña en esa obra no cabe en los límites de la historia de España. Pertenece a los dominios de la Historia Universal.

#### IV

Para realizar una labor de consolidación

del orden, si se pretendía utilizar las fuerzas y los elementos nacionales en la obra que España iba a llevar a cabo, no bastaba a los reyes asegurar la posesión del trono. Se hacía indispensable dotarlo de medios eficaces para hacer efectiva su autoridad, venciendo los obstáculos que a ello oponían la indisciplina de los magnates, poderes tan formidables de las Ordenes Militares y, sobre todo, aquella multiplicidad y heterogeneidad legislativa que hacía tan difícil la administración de la justicia.

El penetrante instinto político de los monarcas se dió cuenta pronto del problema y se apresuraron a poner los medios para resolverlo. La dificultad, que a la imposición de la autoridad real, oponía el magno empuje de las Ordenes Militares se venció con facilidad, incorporando los maestrazgos de esos organismos a la corona. Quedaba en pie la indisciplina nobiliaria. No bastaba derribar los castillos, torres y casas fuertes. La raíz de la indisciplina estaba en las inmunidades que disfrutaban los magnates. Contra este baluarte que los ponía, en caso de delincuencia, fuera del radio de acción de los agentes ordinarios del poder público, no se podía luchar mientras no desaparecieran las instituciones legales, más o menos auténticas en muchos casos, en que se fundaban estos privilegios e in-

municipalidades. Se hacía necesario llegar a una fundamental transformación legislativa. A ello se encaminaron los pasos de los monarcas. Pero la tramitación de esta reforma requería plazos de una duración superior a la que consentía la urgencia del mal.

El ingenio político de los monarcas arbitró un recurso eficaz para esperar andando. Mientras llegaba el momento de que una nueva legislación encajara en sus respectivas esferas todos los elementos sociales, con la congruencia armónica necesaria para que no chocaran, destrozándose o quebrantándose a cada paso los poderes públicos, relajando los vínculos del orden, crearon una institución que, siendo el instrumento peculiar de la soberanía real, se impusiera con igual imperio a todos los órdenes y esferas sociales, sin distinción alguna. Fué esta institución la famosa milicia que los reyes denominaron, para darle el debido prestigio, la Santa Hermandad.

¿De dónde se tomó la idea y quizá surgió la iniciativa de esta institución? Desde muy antiguo, había en Trujillo y en Talavera de la Reina unas hermandades que tenían una organización y unas facultades enteramente parecidas a las que los Reyes Católicos confirieron a su Santa Hermandad. Habían nacido estas instituciones, en los mencionados municipios, para defender sus territorios de las depreda-

ciones y rapacerías de los golfines, una larga y turbulenta familia que, en plena Edad Media, penetró en Extremadura y, apoderándose de algunos castillos en la sierra de Cáceres, assolaban sus territorios, con robos y atropellos incesantes. Las quejas de los pueblos mortificados con este azote llegaron al fin a los reyes, y ya en tiempos de Sancho IV, las cortes de Valladolid de 1273, dictaron disposiciones represivas contra este mal. No fueron suficientes y volvieron a dictarse medidas y actas municipales, hasta que al cabo se organizaron las milicias concejiles a que hemos aludido. La semejanza de organización, motivo y finalidad de estas milicias, con las de la institución que los Reyes Católicos crearon en una época en que tan prolongadas fueron sus permanencias y andanzas por Extremadura, autorizan para pensar que a ellas se debió la sugerencia de aquel instituto que fué tan firme puntal de la consolidación del orden público, logrado por aquellos monarcas.

## V

Claro está que cuantos esfuerzos se hicieran por apuntalar el edificio de la autoridad, habían de ser de efímeros resultados, mientras todos los sostenes tuvieran que apoyarse en el

movedizo suelo de la confusión legislativa reinante en España por aquellos tiempos.

Por eso la sagacidad política de los monarcas descubrió pronto la precisión de extirpar a todo trance aquella anarquía legislativa, si había de evitarse de un modo permanente y definitivo la social.

Al efecto, estimularon los estudios jurídicos y persiguieron con todo el afán, por demás conocido, la idea de unificar, ordenándola, aquella legislación heterogénea, tan a propósito para los desórdenes sociales que precedieron a este reinado.

La comisión dada a Montalvo, cuyo efecto fueron las célebres Ordenanzas de su nombre, revelan este decidido empeño de los monarcas, puesto que, júzguese como se quiera el valor legal de la obra del ilustre jurisconsulto, no es posible dudar de que le fué por los monarcas encomendada su confección; así como tampoco es dudable que los pueblos no vieron con ella satisfecha su necesidad, dadas las solicitudes formuladas por los procuradores en las cortes de Toledo de 1502, que decidieron a los reyes a nombrar la comisión de jurisconsultos notables, que se ocupó en redactar el célebre Cuerpo legal que hubo de aprobarse en las cortes de Toro en el año 1505, y que por este motivo lleva el nombre de Leyes de Toro, siendo el primer paso que se dió de una manera



decidida y concreta en el camino de la organización legislativa.

No es discutible la trascendencia que en la vida legislativa de España tuvo esta labor. ¿Qué aportación llevó a ella Extremadura? Recordemos que el alma de esta obra estuvo en aquella comisión de que formaron parte, con Montalvo y con Palacios Rubios, dos jurisconsultos extremeños de gran autoridad y renombre. El uno era el presidente del Real Consejo, Galindez Carvajal, el otro el consejero Luis Zapata. Llerena era la patria de éste. Plasencia fué la cuna de Carvajal, cuya ilustre familia fué entonces tan fecunda en egregias personalidades. Quizá la competencia de Luis Zapata no fuera tan considerable como la de sus compañeros, aunque no fuese tan baladí como ponderan sus detractores, pero en cambio la de Carvajal no cede a ninguna de entre sus colaboradores, y fué tanta su compenetración con la obra, que hizo de este cuerpo legal aquella famosa compilación por la que preguntaban los procuradores en las cortes de Valladolid de 1523.

Aquella era brillante del saber jurídico en España, que dura todo el siglo XVI, glorioso para nuestra nación en todos los demás aspectos de la vida, comienza en Extremadura con los citados maestros, y en Extremadura recibe luego su mayor impulso con la labor de

Gregorio López de Tovar, el primero y más sabio glosador y comentarista del código alfonsino, y maestro de toda aquella generación de jurisconsultos notables, por medio de su famosa obra, que aún hoy ofrece enseñanzas a los cultivadores de la ciencia jurídica, y Alfonso de Acevedo, autor del *Comentarium Juris civilis in Hispaniæ regias constitutiones*—escrito por encargo de Felipe II, y que acaso sirvió de base a la Nueva Recopilación—y de varias obras más, que fueron también de gran fama, en su tiempo.

## VI

Era el monasterio de Guadalupe un venero fecundísimo de glorias y lumbreras para la vida moral e intelectual de España. Ya hemos visto lo que representó para la reina Isabel en los aciagos momentos de su reinado. Aquellos sabios jerónimos, no sólo tuvieron prudentes consejos para sus reyes, sino ciencia y laboriosidad capaces de educar a aquel pueblo extremeño, para que asombrase al mundo con el brillo de sus hazañas y los tesoros de su cultura.

De sus escuelas de Derecho salían Galindez Carvajal, que fué a enseñar Derecho a Salamanca y a legislar en Toro; Gregorio López,

que había de ser el maestro insigne de toda aquella pléyade de jurisconsultos que ilustró la época, y de la cual formaron parte su hijo Diego Pizarro y el famoso Alfonso de Acevedo, arriba citado. Pero el monasterio de Guadalupe no tuvo sólo esta importancia cultural. La medicina y, sobre todo, la cirugía, tuvieron, por esta época, allí un campo de cultivo que revistió extraordinaria importancia. Véase lo que dice a este respecto uno de los más autorizados historiadores de la medicina española: «Los primeros cenovitas (los de Guadalupe) establecieron un hospicio para hospedar a los muchos peregrinos que iban de todos los puntos del reino a visitar aquel santuario. Después Fr. Fernando Yáñez hizo fabricar enfermerías con sus divisiones para los males de distinta índole, otro para las enfermedades contagiosas, otro para las unciones, una incluso para los niños expósitos y un hospicio en donde se les mantenía y daba oficio».

«Este hospital estaba situado en un paraje, el más conveniente, y era un edificio muy dilatado: su gran portada con verja de hierro, su espacioso átrio, sus anchurosos claustros, sus ventiladas salas, sus fuentes, sus jardines, sus dilatadas huertas, todo era muy a propósito para proporcionar a la humanidad doliente un lugar higiénicamente constituido para su

asistencia y curación. Había además una abundante provisión de ropa blanca, gran número de sirvientes, y *nunca al médico se le ponía coto, ni detenía en las visitas*; el mismo arbitrio se le dejaba para el enfermo más pobre que si recetase para el prior del monasterio, mirando sólo a la salud y alivio de los enfermos, sin distinción de personas, y lo que es más digno de notar, cuando el número de los enfermos era tal, que no había cama para todos, se curaban los pobres en sus casas, asistiéndolos con todo lo necesario.»

.....

«Se nombraba para médicos de este establecimiento a los más famosos por sus conocimientos científicos con el suficiente número de practicantes, dotados competentemente; y estaban obligados los profesores a enseñar, no sólo a sus peculiares practicantes, sino a cualquier otro que concurriese. Como en *aquel tiempo no había escuelas de clínica en España*, y era difícil encontrar una reunión de circunstancias tan favorables para la enseñanza práctica de la medicina y cirugía, acudieron muchos, llamándoles seguramente la atención el singular privilegio que había conseguido este monasterio de Su Santidad *para la abertura de los cadáveres*, con el laudable fin de averiguar las causas ocultas de las enfermedades, pudiéndose decir que en aquel es-

tablecimiento, *no sólo tuvo principio el estudio clínico en aquella época, sino también la enseñanza práctica de anatomía patológica, teniendo por esto sólo los médicos que habían estudiado en él una recomendación para llegar hasta la Cámara de los reyes. En efecto, así vino a suceder con Ceballos, Moreno, el doctor del Aguila, Arceo, Robledo, Sanz y otros varios médicos y cirujanos célebres, hijos todos de esta escuela.*» (1)

Pero el gran movimiento intelectual que se inicia en este reinado es tan magnífico e interesante como heterogéneo y complejo, por lo cual prefiero ocuparme separadamente de cada uno de sus aspectos, para poner de relieve, en cada uno, la parte que a Extremadura le corresponde.

## VII

Había llegado, al fin, para España, el momento de su mayor plétora vital. Parecían insuficientes los estrechos límites de la Península para contener toda la robustez y gloria de aquella vida tan llena de ideales generosos y de fe ardiente y sincera. Colón hace brotar en

(1) Hernández Morejón. «Historia Bibliográfica de la Medicina Española», T. II, p. 25 y 26. — Madrid, 1843. (Véase el ap. I.)

occidente inmenso teatro para la inmortal epopeya española de la cultura humana; el Gran Capitán en Italia pone de manifiesto, ante Europa, los nuevos bríos de la raza, y Extremadura sigue, como siempre, poniendo en cada corona que ciñe la frente augusta de España, un ornamento siempre considerable; a veces el más atrayente. Al lado del Gran Capitán, brillan el valor y lealtad de García de Paredes, que más tarde admira también en Africa con la fama de sus hechos, y en América el admirable Ovando (1), al dar paz y organización a la Española, asienta el primer paso del poder español en el nuevo continente y da principio a la obra que, en aquellas desconocidas tierras, van a realizar los extremeños para admiración del mundo.

## VIII

La acción fecunda y renovadora de este rei-

(1) La memoria de este noble extremeño ha sido manchada por la envidiosa maledicencia de algunos escritores extranjeros, y aún por algunos que creen siempre infalibles a cuantos infamadores de nuestra patria nacen fuera de ella; pero todas estas calumnias han sido victoriosamente refutadas por el erudito deán de Placencia doctor don Eugenio Escobar y Prieto, en un precioso libro, titulado «Hijos ilustres de la villa de Brozas».

nado se extendió a todos los órdenes de la vida, y a todos los elementos sociales. La gran figura de Cisneros, que no solamente se destaca en los campos de batalla, en la arena de la política y en los negocios de aquella obscura y complicada diplomacia, adquiere un relieve majestuoso y austero ante la relajación de las órdenes religiosas, verdadera sentina de vicios, sin cuya extirpación corrían grave peligro de ser infecundas todas las reformas iniciadas en las demás esferas sociales.

No he de detenerme a trazar el cuadro, tantas veces reproducido, de aquella degeneración vergonzosa padecida por todos los institutos religiosos en aquella época aciaga para la sociedad española; cosa, después de todo, tan corriente y natural, que siempre ha dado valor de apotegma al conocido aforismo *sicut populus, sic sacerdos*.

Pero a la genial intuición política de Cisneros no se ocultaba que sería imposible conseguir nada definitivo y durable en la reforma de las costumbres sociales emprendida, mientras no se cegara el foco deletéreo que se escondía en los claustros; por lo cual se aplicó a convertir la cloaca pestilente en perfumado jardín de todas las virtudes monásticas, tan a propósito para impregnar el ambiente social de todos los aromas puros que necesitan las naciones para concebir levantados ideales.

Conocida es la decisión con que el enérgico cardenal acometió la empresa, y la férrea tenacidad con que venció las espinosas dificultades que se oponían a su generoso intento; pero no basta un hombre solo, ni es suficiente su vida para llegar a la cumbre de tan escabrosa pendiente; es la obra demasiado larga en el tiempo y extensa en el espacio para abarcarla toda un solo hombre, cuya vida, corta en el tiempo, se encuentra como la de Cisneros, compartida con las difíciles cuestiones políticas y diplomáticas cuya dirección estuvo confiada a su privilegiada inteligencia. Su gloria fué acometer la empresa y fecundar el campo, que no tardó por cierto en florecer por Extremadura donde reformadores como el infatigable Juan de Guadalupe y sobre todo el admirable Pedro de Alcántara, dan tan denodado impulso a aquel apostolado, que empieza en Cisneros y continúa tan brillante y gloriosamente en Teresa de Jesús y Juan de la Cruz.

El santo de Alcántara regenera y pule la orden descalza en Extremadura y Portugal, alienta y conforta el entonces vacilante espíritu de Santa Teresa, y abre el camino, con su *Tratado de oración* y con su epistolario — que este no se lo discutirá nadie — a las maravillas con que han de esmaltar la literatura mística de España los escogidos espíritus de Santa Teresa, San Juan de la Cruz, fray Luis de León,



fray Luis de Granada, el padre Estella, fray Juan de los Angeles, etcétera, etcétera.

## IX

España, entra, pues, en el período de su mayor grandeza llevada en los robustos hombres de Extremadura, y sostenida en este firme apoyo, realizará la obra más grande que nación alguna ha llevado a cabo en el progreso de la Humanidad.



## CONFERENCIA XI.

### I

**L**A grandeza de España en el siglo XVI no encuentra, a lo largo de la Historia Universal, muchos términos de comparación, y su esfuerzo generoso por el progreso humano es de los más grandes que han realizado los pueblos. Un mundo más grande que el antiguo va a entrar en los dominios de la civilización, llevado por la mano salvadora de España, y Extremadura tiene el primer lugar en esta empresa.

Sería ocioso gastar tiempo en demostrar una afirmación que atestiguan con elocuencia abrumadora los nombres inmortales de Hernán Cortés, Vasco Núñez, Alvarado, Pizarro, Hernando de Soto, Valdivia y tantos más, que son gloria de España y acaso del mundo cul-

to, porque el fruto de su obra, más que a España en particular, interesa a los destinos ulteriores de la civilización.

Pero hay en aquella obra que España lleva a cabo, por mano de Extremadura, una labor obscura y olvidada, y sin embargo más fecunda e interesante que la de los insignes guerreros extremeños.

Hablemos con sinceridad. Abramos un paréntesis en la persistente serie de convencionalismos que obliga a deslizarse a un mismo compás la vida de todos, y aún determina los trillados caminos que ha de recorrer nuestro pensar en cada orden de ideas.

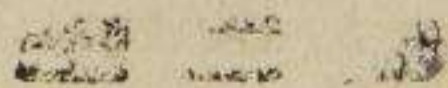
Si he de ser franco, necesito confesar que aún no me he convencido de que aquella conquista de mundos nuevos, gloriosa indudablemente para España, fuera realmente un bien para la Humanidad, si no se tiene en cuenta el aspecto moral en que voy a ocuparme.

Vivían aquellos pueblos creando su vida a su antojo, y no sé si más felices, en medio de su primitivo candor, que hoy entre las redes espesas en que aprisiona al alma lo que ha dado en llamarse cultura de los pueblos. Aquella paz espiritual fué interrumpida por los guerreros extremeños; necesario es reconocer que esta acción no sería muy digna de que la humanidad la perdonara, si no se acude a la consideración de que los invasores lle-

varon consigo la luz redentora del sermón de la Montaña, para que iluminara con dulces esplendores los horizontes del alma, ennegrecidos con los horrores de la conquista.

Y no es que me parezcan los guerreros extremeños más crueles que los demás conquistadores; todo lo contrario; si no excediera los límites que me he propuesto dar a este trabajo, me detendría a comprobar, que acaso no haya conocido la Historia conquistadores más filantrópicos, ni más romántica y platónicamente enamorados de la gloria. Pero no me refiero a esto. Ni los horrores de la guerra y de las revoluciones me parecen tan honda y finalmente dolorosos, como los del plácido orden social de los pueblos civilizados, que se desliza sobre la inocencia de las almas atenazando las conciencias y moldeando a su placer el pensamiento, sin dejarlo nunca libre para concebir y realizar la vida. Al lado de estas impiedades de la civilización, los horrores de las guerras y de las revoluciones parecen crueles.

Si en medio de las tinieblas sofocantes, con que la llamada cultura social oprime la expansión libre de la vida, no hubiera el respiradero de la fe, por donde el alma puede recibir los aromas de la Divinidad, sería necesario confesar que no merece la pena obstinarse gran cosa en disfrutar tantos bienes de la ordenada civilización.



## II

A reunirse con Hernán Cortés marcharon Fray Martín de Valencia y doce compañeros más, procedentes del plantel de Franciscanos reformados, de San Pedro Alcántara. Más de doscientos siguieron después, y las Filipinas se llenaron pronto de religiosos extremeños...

Con cuánta avidez respirarían aquellas almas infantiles, trémulas de estupor a la vista de los invasores, las áuras suaves de los ideales religiosos sentidos por aquellos hombres que, aspirando a la libertad del alma, habían ya tenido acá, en el viejo mundo, el valor de romper las cadenas sociales, para impregnarse de la luz y el amor que exhala de sí la Divinidad!

El placer y el consuelo de aquellos asombrados espíritus, al encontrar el oasis divino de la religión, en el desierto que se presentaba ante su mente, cuando veían rota la idealidad de su vida, debió ser infinito, inefable; pero no lo creo mayor que el que sentirían aquellos frailes de Extremadura al sacudir el yugo de las cultas sociedades viejas que aprisionan el alma entre sus arrugas y la impurifican con sus afeites hediondos, para encontrarse en medio de sociedades incultas e ignorantes, pero limpias y lozanas, con la diafanidad trans-

parente del hombre que aún no ha perdido las alas del pensamiento entre los herrumbrosos moldes sociales que manchan el corazón y arrebatan los ideales, dejando a las almas sin ambiente y la vida vacía de objeto.

### III

Se esforzaba el señor Barrantes en su discurso de entrada en la Academia de la Historia, buscando la razón de que la obra de aquella conquista moral y material de los mundos hubiera sido encomendada por la Providencia ~~de~~ un pueblo tan de tierra adentro como el de Extremadura, y por último, cree haber encontrado la razón en una serie de insignificantes y menudas coincidencias que, ni se dan sólo en Extremadura, ni pueden tener en ninguna parte eficacia suficiente para producir los efectos que le atribuye el académico.

La verdadera razón está más honda y más a la vista; está en el temperamento etnológico de este pueblo, desarrollado en un país, cuyas apacibles y dilatadas llanuras, bajo un cielo sereno y transparente, de interminables horizontes, determinan en la psicología de esta raza, siempre ansiosa de rasgar la corteza que las trabas sociales ponen a los impulsos generosos del espíritu, para mirar de frente el

objeto infinito del pensamiento y el bien supremo que constituye la finalidad de la vida. Una especie de rebeldía constante contra el medio en que viven, que los estimula a la crítica, dura casi siempre; a la sátira implacable. ¿No está en esta nota psicológica la raíz del más acusado rasgo de la fisonomía espiritual de la raza, que es la audacia? Tengamos en cuenta que la palabra audacia no es sinónima de valor, aunque este concepto se halle contenido en la comprensión de aquel. Un fino, penetrante espíritu crítico desmenuzador de la vida en torno, una desolada, angustiosa disconformidad con el ambiente respirado, un anhelo, un ansia—viva, intensa—de nuevo ideal sugieren siempre en los espíritus o acometividades violentas—censuras, ironías, burlas implacables—o desdenes, desesperanzas dolorosas y enervadoras—apatías, negligencias, despechada ataraxia—. Pero cuando en lontananza—más o menos lejana, más o menos problemática—se columbran posibilidades de conquistar nuevos panoramas espirituales, surgen, en estos espíritus inadaptados, impulsos de una vehemencia insospechada para lanzarse a su conquista. Nunca suelen nacer estos impulsos en los espíritus adaptados. Los avenidos, los bienhallados con el ambiente que les rodea, son felices. Y los felices no son audaces.



El no tener en cuenta esta observación ha motivado que, para buscar explicaciones al raro fenómeno de que un país, tan de tierra adentro como Extremadura, tomase tan predominante participación en una aventura como esta, se haya acudido a los más absurdos recursos. Barrantes lo atribuía a las penurias económicas que entonces afligían a Extremadura, como si esas penurias, en aquel tiempo, fuesen exclusivas de esta región, ni más acentuadas en ella que en las demás. Y por otra parte, esta hipótesis pudiera servir para explicar la intervención, en aquel suceso, de los aventureros desheredados, de los hidalgos pobres. Pero esta clase de gentes no fué la única que Extremadura aportó a esa obra. Cabelmente hay en esa labor un aspecto, quizá el más atrayente, el más fundamental, y desde luego el de más permanente y definitiva trascendencia, en el que esa clase de gentes no tomó participación alguna, y este aspecto es la conquista espiritual, la infusión del espíritu nacional mediante la comunicación de la fe religiosa y la civilización y el alma española. Esta clase de aventuras no suelen acometerse para remediar penurias. Y fué este — más adelante lo veremos — el aspecto en que más predominante fué la intervención de los extremeños. ¿Cómo va a ser suficiente el afán de lucro para explicar este fenómeno? Hay que buscar

la razón en algo que pueda fundamentar y explicar el fenómeno, en todos sus aspectos y derivaciones. La única realidad espiritual que tiene esta eficacia es la nota predominante que se advierte en el temperamento de esta raza, cuyo espíritu, atormentado siempre por el choque de sus anhelos con la realidad circundante, está siempre propicio a la desesperanza desechada, cuando no ve posibilidad de vencer, o a la audaz aventura en cuanto siente una remota posibilidad de romper con lo que le rodea.

En esta raigambre psicológica es donde hay que buscar, y donde al fin se encuentra, una explicación satisfactoria para este singular fenómeno.

#### IV

La Historia en general, y especialmente la de Extremadura, no agradecerá nunca bastante el servicio que le prestó el año 1900 el señor Escobar y Prieto, publicando en la *Revista de Extremadura* un hermoso y erudito trabajo acerca de la fecundísima labor de los frailes extremeños en América.

Desparramadas andaban las noticias de estos héroes oscuros en diversas historias y documentos, cuya heterogeneidad había im-

pedido apreciar el fenómeno regional, como puede apreciarse en todo su valor, a la vista del trabajo aludido, donde se ve el relieve enérgico de la fisonomía étnica, al estudiarse, en conjunto, la congruencia de los esfuerzos individuales.

De sentir es que el docto Deán de Plasencia haya ceñido su trabajo a los estrechos límites de un artículo de revista, y no lo haya ampliado cuanto puede, a juzgar por las noticias que da, aunque nada más que del modo conciso y breve que exigen las dimensiones de la composición en que las expone. Sin embargo, con lo hecho basta para evitar que se quede en el olvido el hecho, y para proporcionar ancho y luminoso camino al que quiera investigar todos los detalles de la importancia que entraña la gigantesca obra de la raza extremeña.

Desde que el comendador Ovando pidió frailes descalzos que empezaron a evangelizar enseñando a los indios a leer, se inició el carácter moral de la obra de los extremeños en América. Ya hemos aludido a los descalzos que llevó Cortés, y que fueron enviados con tanta fruición y celo por el insigne Fray Francisco de Quiñones, *prometiéndolos obreros que se le pedían y rehusando al mismo tiempo los diezmos ofrecidos*. El 15 de mayo de 1524 llegan a Méjico, dirigidos por Fray Martín de Valencia, los doce misioneros de

que hice mención, y en 1532 se afirma en las cartas apostólicas del Padre Valencia, publicadas por Pedro de Castro en 1543, que llevaba convertidos cada misionero más de 100.000 indios, habían desterrado la sangrienta costumbre de ofrecer anualmente 20.000 corazones a los dioses, y al lado de cada convento que levantaban aquellos heróicos hijos de San Francisco, fundaban una escuela, contrastando su ardiente caridad y desinterés con la codicia insaciable de los numerosos explotadores que en seguida invadieron aquellos países; circunstancia nada extraña, como observa atinadamente el erudito Escobar y Prieto, si se considera que estos franciscanos procedían, como dije, de aquel plantel hermoso sembrado por el santo de Alcántara, cuya máxima favorita era que *el fraile sólo debe poseer una celda de cinco piés y un madero donde reclinar su cabeza*. Teniendo en cuenta esta circunstancia, se comprende bien la incansable actividad de estos héroes oscuros, y sobre todo, su invencible energía para luchar contra los opresores inícuos de los indios.

Con pena me veo obligado a dejar de seguir, paso a paso, la relación que hace el señor Escobar de las demás misiones salidas de Extremadura para América, pero los límites a que me he propuesto ajustar este trabajo me impiden hacer otra cosa que consignar concisa-

mente los hechos comprobadores de la misión realizada por Extremadura en cada obra progresiva llevada a cabo por España.

## V

No es menos interesante y fecunda la labor de esta región en Oceanía.

El admirable Juan de Sande, civilizador, tal vez el primero y más decidido de Filipinas, funda Nueva Cáceres, en recuerdo de su patria, intenta reducir a los indios a que vivan en pueblos, fomenta la obra de evangelización iniciada por los agustinos Urdaneta y La Rada, y el extremeño P. Alburquerque; y después de luchar contra los obstáculos que le suscitaban indígenas, chinos, japoneses y hasta Portugal, concibe la temeraria idea de extender a la China el dominio de España, idea que fué desaprobada por la Corte, ante quien la expusieron los dos últimos religiosos citados. Pero consigue al fin el heroico Sande ver en aquel continente una misión de 17 franciscanos, en la que van tres extremeños que asombran al espíritu más indiferente.

El más notable es fray Juan de Plasencia; su virtud, su perseverancia en la obra civilizadora está descrita con elocuencia y fortuna por

el señor Barrantes (1), afirmando que es el verdadero inventor del método pedagógico de enseñanza mutua, llamado luego de Madras, cuya invención se atribuyó al inglés Bell en 1780 al 90, y que luego fué imitado y aventajado por el Kuakero Lancaster; sistema ingenioso de que se valía para civilizar y evangelizar a los indios, que su robusto y hercúleo compañero y paisano el lego Fr. Francisco de Gata, buscaba entre los espesos breñales, atrayéndolos con la dulzura de su carácter y la animada relación de sus viajes, y hasta pasando en hombros a los niños a través de los ríos, llegando a conocer la topografía y naturaleza de aquellos terrenos hasta el punto de descubrir los baños termales de Aguas Santas, en la fabricación de cuyo sanatorio le sorprendió la muerte.

No menos se distinguen los compañeros del P. Plasencia, Fr. Pedro de Jerez y el lego fray Alonso de Valverde, compañero de fray Francisco de Gata, en las tareas acometidas por él. Y la senda de estos ilustres hijos de Extremadura es en breve seguida por numerosa hueste, que sale de esta región para admiración de propios y extraños con sus rasgos de abnegación heroica y santa, y en la que descuellan las figuras de Fr. Juan, de Garrovillas, segundo provincial de la de San Gre-

(1) «Narraciones Extremeñas», T. II.

gorio, iniciador de las misiones del Japón, y el venerable Fr. Juan de Santa Marta, que en su ancianidad obtuvo la corona del martirio; alma fina y fervorosa de artista que «llegó a competir con los mejores músicos de nuestras catedrales y a tener más de 400 niños bajo su dirección, llegando su pasión por la música hasta el punto de componer una misa el día de su martirio» (1).

¿No confirma todo esto mis afirmaciones, arriba sentadas, respecto al verdadero móvil que impulsó a estas almas heroicas, ardientemente enamoradas de la idealidad de la vida, y altivas desdeñadoras de los moldes viejos y rutinarios en que el viejo orden social oprime el espíritu?

## VI

No permiten los extremeños que su labor inmortal quede reducida a los estrechos límites de su vida. Unos, como Francisco de Parada, natural de Medina de las Torres, dejan fundaciones civilizadoras, como aquella escuela que él dotó con una manda de 70.000 pesos, primera escuela pública de enseñanza

(1) En la mayor parte de las noticias apuntadas me he atendido a la erudita obra citada del señor Escobar y Prieto.

gratuita que hubo en la isla de Cuba. Y los religiosos, ya que no poseen más que las riquezas de su inteligencia y el fuego de su caridad y fervor sinceros, dejan un rico tesoro bibliográfico, no sólo de asuntos religiosos, sino de filología de aquellas lenguas próximas a morir, y prestando un servicio inapreciable, no sólo a la continuación de la obra comenzada por ellos, sino a la moderna filología comparada, que tan fundamentales auxilios presta hoy al desenvolvimiento científico, y cultivando hasta la terapéutica especial de aquellos países, como lo indica, no sólo el descubrimiento de Fr. Francisco de Gata, sino la *Historia rerum medicarum novi Orbis* del placentino Fr. Gregorio Bolivar, quien además dejó una Historia de América, ramo literario no menos cultivado que los demás por los heroicos y sabios religiosos extremeños (1).

## VII

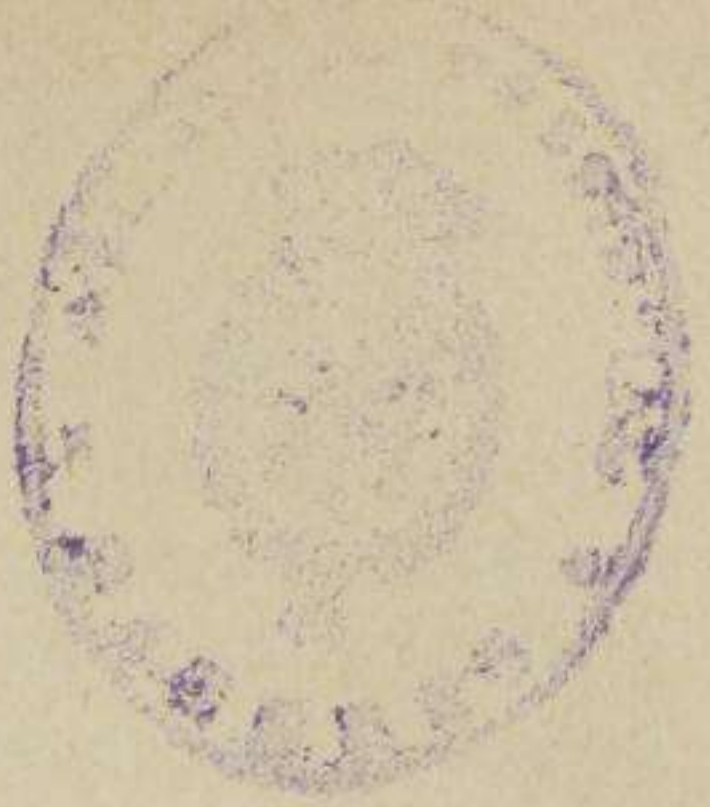
No sé si habrá alguna más grande que ésta

(1) Puede consultarse para conocer algo esta bibliografía el tantas veces citado trabajo del señor Escobar y Prieto. *Revista de Extremadura*, año 1900, números correspondientes a los meses de mayo y agosto.



entre las glorias que ostenta nuestra nación. Pero en el logro de ésta, nadie podrá negar que la intervención de Extremadura fué muy decisiva.





## CONFERENCIA XII.

### I

**O**FRECE la Edad Media un espectáculo singularmente curioso, en lo que pudiéramos llamar su psicología social. Había roto la unidad política del mundo romano con el atomístico individualismo germánico primero, y con la variedad gerárquica feudal después; en una palabra, en la realización externa de la vida, había traído una variedad riquísima, tanto en la esfera política como en la social jurídica, y hasta económica. Pero en cambio, en el orden moral, había hecho desaparecer toda la variedad del mundo antiguo con la unión de todas las almas en la común idealidad de la vida, encarnada en la Iglesia Católica.

Por eso, las manifestaciones artísticas de la Edad Media, apenas tienen relieve individual;

no ciertamente porque no se manifieste el arte en aquellos tiempos, sino porque sus manifestaciones son más sociales que individuales; el artista es más bien intérprete de la idealidad colectiva que cantor de sus individuales sentimientos; por eso, aquella sociedad mira la obra de arte como propia y apenas se acuerda del artista.

Dos sentimientos dominan el espíritu social con dominio tan absoluto como amigablemente compartido: los ideales religiosos y las glorias de la guerra. Dos artes, las más poderosas, pero las más impersonales, crecen al calor de estos sentimientos: la arquitectura y la epopeya, pero no la epopeya al estilo del mundo antiguo, cantando obras colectivas que halagan el orgullo de los pueblos, sino la epopeya romanesca que canta heroismos individuales, halagando las aspiraciones comunes de la sociedad cristiana entera.

Las obras de aquellas artes medievales nos las ha legado la sociedad de aquel tiempo sin más firma al pie que la unidad del sentimiento cristiano en el alma social. Lo poco que hay en literatura, fuera de esta epopeya romanesca, aparece tarde y no merece más atención que la inspirada por las cosas raras y sólo a título de curiosidad histórica.

Solamente cuando empiezan a alegrar el campo artístico del mundo de la Edad Media

las brisas renovadoras salidas de Provenza y que, en España, sobre todo al centro de la Península, no llegan hasta muy entrado el siglo XIV, y cuando ya se unen con las novedades atrevidas del poderoso genio florentino, en cuya inspiración se siente el primer bajido de las maravillas artísticas que prometía el renacimiento, solamente entonces se empieza a manifestar en la literatura el personalismo y la individualidad característicos del lirismo, el cual no se manifiesta en España hasta muy entrado el siglo XIV y durante todo el XV, despertándose la afición a la tierna poesía erótica de nuestros sentimentales trovadores, primeras manifestaciones de la lírica española, que no habían de tardar en ser el más bello ornamento de nuestra literatura.

## II

No es este género de lirismo muy congruente con la psicología de Extremadura. Por eso se advierte en él una aportación muy escasa por parte del genio extremeño. Solamente los Garcí-Sánchez de Badajoz — el poeta y el músico, sean dos o tres, o tal vez uno solo — representan a Extremadura en esa manifestación literaria. Es una aportación escasa en número, pero no en calidad. «¿Qué cosa iguala — dice

Lope de Vega — a una redondilla de Garci-Sánchez o de don Diego Hurtado de Mendoza?» Pero aún este poeta «dulcísimo y maravillosamente afectuoso», según lo califica Herrera en su comentario a Garcilaso, manifiesta, en sus ironías frecuentes, la genialidad de la raza, más propensa que a estas dulces deleitaciones espirituales, a las acres y despiadadas censuras para el ambiente.

Hubo en aquella época una manifestación lírica que tomó orientaciones e impulsos, más congruentes que ésta, con la aptitud y tendencia temperamental de la raza. Fué esta la sátira, robusta ya y vigorosa, desde los tiempos del Arcipreste, pero llevada a límites muy extremos en estos tiempos de depravaciones y desenfrenos. No es muy verosímil que las coplas de *Mingo Revulgo* y las de *El Provincial*, las más renombradas por su violencia, sean únicas producciones de este género en un tiempo tan propicio. Tampoco es raro que, dado el carácter de estas composiciones y su obligada clandestinidad, hayan podido conservarse menos. La congruencia de este género literario con la peculiar psicología de Extremadura, permite conjeturar que no dejaría de aportar esta región razonable cantidad a ese contingente perdido.

En un cancionero de los que describe Gallardo (col. 610, T. I) se encuentran unas co-

plas hechas al rey don Enrique, reprendiéndole sus vicios y el mal gobierno destos reinos de Castilla. El señor Barrantes, ateniéndose a las claras alusiones que en ellas ve a determinados nobles de Extremadura, no duda en atribuírlas a un poeta extremeño, y así lo expresa en una nota que trae en la página 55 de su discurso de entrada en la Academia Española. Gallardo, hablando del poeta badajocense Romero de Cepeda, cita un cancionero manuscrito que él tiene, debido a un Mauro del Almendral. ¿No podría ser éste el autor de las mencionadas «coplas»? Las que se conservan son bastante superiores, en su forma, a las de *Mingo Revulgo* y las de *El Provincial*, y sin llegar nunca a las burdas truculencias de estas, no ceden a ellas en dureza implacable de censura.

Sin embargo, como no hay prueba concluyente de que estas coplas sean de un poeta extremeño, ni de que el tal poeta sea el aludido Mauro del Almendral, nos limitamos a consignar las sospechas que de estos datos se derivan, teniendo en cuenta la congruencia que este género de poesía tiene con el temperamento de la raza. Cabalmente no lejos del Almendral, la patria de Mauro, el autor del cancionero citado por Gallardo, está el lugar donde nació Torres Naharro, y no muy lejos está Talavera la Real, el pueblo donde, pocos

años después, florecía Diego Sánchez, poetas ambos que revelan bien acusado este rasgo de la psicología extremeña, llegando el primero, en este terreno, a términos que un maestro de la sátira tan formidable como Quevedo, no se desdeñó de seguir sus pasos, y por cierto en la famosa sátira «Sacra, católica, real Magestad».

### III

Algo semejante a lo que se advierte en la poesía ocurrió en la arquitectura. Había levantado la Edad Media los monumentos inmortales del arte gótico, entusiastas himnos de piedra en que se unen los acentos viriles de aquellas sociedades, encarnando en ellos la comunidad de sentimientos de la unidad católica. Pero, al terminar los tiempos medievales, no sé si porque no era tan profundamente sentido el común entusiasmo por la misma idealidad religiosa, o porque se iba rompiendo la unidad espiritual, destacándose con más energía los relieves personales; ello es que cuanto pierde el gótico en vida y calor, lo gana en elegancia y esplendor de ornamentación; y al extinguirse aquella común idealidad que impregnó con su espíritu entusiasta los atrevimientos místicos del arte ojival, aparece



aquel arte lozano y elegante donde la inspiración personal se manifiesta, engolfando al alma en los pormenores suntuosos que suplen, con su prodigalidad abrumadora de irresistible encanto, lo que falta en fuego y alma a la concepción del conjunto, y produce a la postre, y como remate y coronamiento de esta lucha, esa arquitectura alegre y bulliciosa, tan conforme con el genio artístico español, cuyas regocijadas expansiones fueron ahogadas por la fría y simétrica tiesura de las obras austeras del renacimiento.

Uno de los más antiguos, si no fué en el orden del tiempo el primero, entre los iniciadores de esta tendencia artística, es el arquitecto extremeño Juan de Badajoz, que ya la manifiesta gallardamente en la capilla mayor de San Isidoro de León, donde la planta cuadrada, sustituyendo al ábside circular primitivo, y las riquísimas agujas de sus calados antepechos y las elegantes ventanas ojivales, contrastando con los rudos adornos de la primitiva iglesia, manifiestan los nuevos derroteros que se inician, y continúa su labor en las numerosas obras de que llenó toda la comarca leonesa, como el claustro de San Zoilo, la iglesia y claustro de Eslonza y, sobre todo, en San Marcos de León, riquísima joya, donde derrocha todos los tesoros de su genial espíritu innovador y atrevido, que ya se revela de

un modo reflexivo y consciente, al mostrarse partidario de la nueva manera de aparejar, en la especie de Congreso de arquitectos notables que se reunió para la construcción de la Catedral de Salamanca, donde se manifestó de un modo concreto la lucha entre el arte antiguo y el nuevo.

Era aquella una época de transición, donde no es raro encontrar espíritus indecisos como Diego Riaño, que aparece tímido en la sacristía de los Reyes Católicos, atrevido en la traza y ornamentación de la sacristía y cabildo, y vencido por las rígidas formas del renacimiento clásico en la sala capitular de la Catedral sevillana, mientras otros, como Fernán Ruiz y sobre todo Alonso de Covarrubias en la capilla de los Reyes de Toledo, se muestran decididos y entusiastas secuaces de la risueña y joyante escuela que había brotado de la poderosa y lozana inspiración de los Egas y Juan de Badajoz.

#### IV

Así como, al triunfar del espíritu colectivo la inspiración personal, nace en la literatura el lirismo, rico en individual espontaneidad, y emancipado de la epopeya heroica y religiosa, en que se expresa el común sentimiento y

concepción de la belleza poética, también en las artes del diseño, la escultura y la pintura, comienzan a emanciparse de la arquitectura en cuanto aparece aquella verdadera orgía de ornamentación, hija de la iniciativa individual representada por aquellos arquitectos que, como Juan de Badajoz, expresan en sus obras, más que la común idealidad, el propio y personal sentimiento de la belleza, abrumando con el abundante desbordamiento de su personal inspiración, el ideal antiguo conservado en sus obras, exánime ya de la vitalidad primitiva, y solamente a manera de molde o pedestal donde encajar o sobre que colocar el tesoro de las ricas preseas nuevas con que se iba a engalanar el arte.

En este festín de galanuras, aprenden la pintura y la escultura que su sustantividad es suficientemente enérgica y poderosa para resignarse al papel secundario a que las relegaba la absorbente arquitectura de los siglos medios; y entonces comienzan a realizar en España las maravillas con que ya estaban asombrando en otras naciones hacía tiempo.

Creo firmemente que si fuera posible desvanecer las espesas nieblas que envuelven los primeros pasos de la pintura en España, podría acabarse de una vez con la incurable manía, padecida siempre por los críticos, de obstinarse en distribuir a los pintores, como

hacen con los literatos, en esa especie de cajetines que ellos llaman escuelas. No pasa de ser una obsesión poco atendible esa adaptación consciente de la ejecución artística a determinados cánones preconcebidos y aquilataados de antemano. Es racional señalar las aptitudes artísticas nacionales, regionales y hasta locales y aún históricas, si se quiere, porque, al cabo, en el tiempo y en el espacio, viven los hombres, y su espíritu no puede sustraerse al ambiente en el cual, por necesidad, ha de imprimir determinadas direcciones al desarrollo de sus aptitudes, pero de esto a esas imaginarias escuelas, hay una gran distancia, que no creo esta ocasión de aquilatar.

Aparece, pues, en España la pintura, ya pujante y esplendorosa en el siglo XVI; y vense pulular por la Península numerosos y renombrados pintores extranjeros, representante cada cual del genio artístico de su país; ya la seca y austera frialdad del norte, ya la blanda sensualidad italiana; y, sin embargo, la pintura española se destaca con recia personalidad original y característica, ya en la dirección místico idealista, que cultiva Morales en el siglo XVI y Murillo en el XVII, ya en la naturalista que representan Velázquez y Zurbarán en el último.

## V

Inútilmente se cansan los críticos en buscar las conexiones y analogías y posible paternidad al misticismo del *Divino* artista badajozense; acaso sería más acertado exclamar ante sus inspiradas tablas lo que cuentan que dijo Miguel Ángel al ver él en Santa Dominica de Fiesola, el cuadro de la Anunciación: «Es imposible que un hombre haya hecho estas figuras sin haberlas visto antes en el cielo». Es necesario, en efecto, estar arrebatado en un éxtasis divino, para sentir aquella verdadera locura del dolor místico, aquella íntima complacencia en las crueles angustias espirituales de la pasión, que nadie ha sabido pintar como el espíritu ascético de Morales, sin que para ello necesitara apenas salir de su ciudad natal, buscando modelos y maestros.

No necesitaba salir el alma inspirada de Luis Morales de los horizontes indeterminados en que se pierde el cielo diáfano de Badajoz, para sentir las emociones melancólicamente dulces y angustiosamente consoladoras, impresas en esas tablas, que señalan la más alta cumbre a que llegó el misticismo español del siglo XVI.

El sevillano Luis de Vargas, y el valenciano Vicente Juan Macip, son los pintores místicos idealistas que más se acercan a Luis Morales en mérito artístico entre sus contemporáneos; pero de ningún modo en la semejanza de la concepción artística, ni aún en los medios y formas de ejecución. Ambos han traído de Italia reminiscencias que no abandonan y, entre las estelas de su inspiración idealista, se traslucen dejos de la morbidez sensual de aquellos maestros venecianos y florentinos, que habían cautivado, por algún momento, su atención. En cambio Morales es exclusivista y tan intransigente en su manera, que llega a mirar con desdén todo lo que no sea hasta el más nimio detalle favorable a la idea, descuidando siempre el efecto. En eso es extremo puro; intransigente, enamorado de su concepción del arte y despreciador de cuanto con ella no se relacione directamente.

Su idealismo es el que llevó a Pedro de Alcántara a los más inefables goces de la contemplación divina, hurtándose por completo a las menudas y toscas realidades terrenas; el que vimos llevar en sus alas a los heroicos civilizadores de los mundos desconocidos; el que más tarde impregnará en otro terreno las producciones del divino Aldana; el que moverá la inspiración de Arias Montano y de doña Luisa de Carvajal; el que animará después con

soplo divino las terrenas formas de las concepciones de Zurbarán.

## VI

Los hechos aducidos nos enseñan que cuando llega el momento para el arte, de emancipar la inspiración individual, generadora de las preseas con que el renacimiento engalana el mundo del sentimiento, Extremadura ofrece la interesante aportación que representan Juan de Badajoz y Luis Morales, en sus respectivas esferas, y en la literaria, la que representan Garci-Sánchez, Gregorio Silvestre y la realizada por Torres Naharro, Diego Sánchez, Miguel Carvajal y tantos otros, verdaderos padres del teatro español, como veremos.





## CONFERENCIA XIII.

### I

**S**ABIDO es que al cortar la Iglesia, con la segur de su espíritu nuevo, el árbol del teatro pagano, sus en otro tiempo frondosas hojas, secas ya por el viento de la degeneración romana, se aventaron; mas dejando caer en el seno del catolicismo las semillas artísticas de las representaciones, que primero se manifiestan en la liturgia, más tarde en los *misterios* y, por último, en las representaciones de sagrada escritura, de que aún se encuentran huellas en el siglo XVI.

El proceso de este desarrollo de los gérmenes dramáticos, y las influencias que lo abonaron, no son del caso en esta ocasión. Me limito a consignar el innegable hecho de que, al finalizar el siglo XV, aparece en España, con

el prodigio artístico de *La Celestina*, la primera poderosa manifestación de un teatro seglar, presentido con gran perfección, aunque no todavía realizado en obra representable. A tal perfección era posible llegar en aquel primer momento con la pluma, pero no era posible llevarla a las tablas; éstas, apenas habían salido (fuera de la Iglesia) de los *juegos de escarnio* y danzas con que se divertía la gente maleante de las calles, porque, a mi entender, más conexión tiene con estas representaciones y las sagradas el teatro de Juan del Encina que con la tragicomedia nombrada.

La importancia de la labor artística realizada por Juan del Encina, en la Historia del teatro nacional, pudiéramos decir que es más extrínseca que intrínseca; consiste más en secularizar las representaciones, sacándolas de la Iglesia, y en ennoblecerlas, llevándolas de las calles a los palacios, que en la mutación interna llevada por el artista a cabo en el fondo de las obras; estas siguen siendo representaciones sagradas o juegos de escarnio, pero ya con más corrección y representados muchos de ellos en casas de grandes y en su honor.

Pero todavía no hay intriga, ni caracteres, ni estudio de costumbres, ni pasiones, ni nada, en fin, de lo que había de ser luego el verdadero carácter del teatro nacional. El caso es

que la *Celestina* vivía y hacía furor en esta época de Juan del Encina, y no obstante, apenas influye para nada en aquel teatro que, lejos de hacerse cargo del gigantesco paso artístico representado por el maravilloso libro aludido, continúa el trabajoso desenvolvimiento de los sencillos materiales escénicos aportados por la Edad Media, trasladándolos a otro ambiente en que pudiera ser más rápido su progreso, y puliéndolos con la lozanía de la versificación y cultura de lenguaje, para que el nuevo ambiente artístico los escogiera en su seno.

Empresa árdua y meritoria en extremo sería desenmarañar las densas sombras que envuelven el camino recorrido por esta dirección que Juan del Encina imprimió al teatro, tan distinta de la marcada en la *Celestina* (1), pero que, desarrollándose luego, coincidió con ella, al fundirse en el teatro nacional, que, armado de todas armas, brotó, al fin, de la frente de Lope de Vega. Pero ni tenemos hoy en el dominio de vulgo (que es lo accesible para mí) datos suficientes, porque la multitud de obras que lo señalan permanecen, en su inmensa mayoría, si no perdidas todas, ocultas e ignoradas en los viejos códices de la Biblioteca Nacional, o de otras menos abordables,

(1) Menéndez y Pelayo. Prólogo a «*La Propaladia*». Biblioteca *Libros de Antaño*.—T. X, p. CXLV.

esperando en balde una mano bienhechora que las saque de su obscuro olvido, ni aunque este fausto suceso para las letras patrias hubiera ocurrido, sería este lugar oportuno para hacer su estudio, dado que mis fuerzas flacas me ayudaran (1).

## II

No creo temerario afirmar, que lo ya divulgado presta motivo suficiente para considerar a Extremadura quizá como la región en que aparecieron los más interesantes progenitores y propulsores de aquel infantil teatro.

No puedo precisar la relación cronológica que hay entre Juan del Encina y Lucas Fernández, y el extremeño Diego Sánchez, de Badajoz, pero es necesario admitir que no puede haber gran diferencia de tiempo entre el último y los primeros, puesto que la licencia dada en Toro al sobrino de Diego Sánchez, Juan de Figueroa, para imprimir las obras de su tío, está fechada en 1552, y de la carta dedicatoria, dirigida por este Juan de Figueroa al Conde de Feria, resulta que en la fecha citada era ya muerto, y no recientemente, el autor de

(1) Desde que estas líneas se publicaron por primera vez, ha variado mucho el estado de estas investigaciones.

las farsas, lo cual hace suponer que poco debió de faltar, si no se alcanzaron en vida, el ilustre maestro salmantino y el escritor extremeño.

Pero lo que no es discutible, en modo alguno, es que el teatro de Diego Sánchez representa una perfección incomparablemente superior, en el arte dramático, sobre el teatro de Juan del Encina, aunque sea dentro de su misma manera artística. Ya no se conforma Diego Sánchez con ingenuidades vestidas de lozana versificación; aspira a más; hay en sus obras intriga, en ocasiones complicada; se aspira a delinear caracteres, y, a veces, se manifiesta una aguda y profunda intención moral, verdaderamente asombrosa en un teatro tan rudimentario.

Así como una gran parte de las églogas de Encina se representaron en el palacio y ante los duques de Alba, también algunas de las de Diego Sánchez debieron de representarse en el palacio y ante los condes de Feria; opinión que puede fundamentarse, no solamente en las relaciones del poeta con dichos condes, a que alude Juan de Figueroa en la citada carta, sino en los villancicos, dedicados a los aludidos magnates, con que terminan algunas de las farsas.

No he podido leer de este poeta más composiciones dramáticas que las publicadas en

los tomos XI y XII de la Biblioteca «Libros de Antaño», ni creo que se conozcan más en el día; porque parece ser que en ellas está editada completa la famosa *Recopilación en metro* que el sobrino del autor publicó, bajo los auspicios del conde de Feria, siendo fácil que no fueran éstas las únicas que escribió, a juzgar, aparte de otros indicios, por los *introitos* que en la *Recopilación* se encuentran sin farsa y que indudablemente pertenecían a alguna. Pero con la lectura de éstas, hay motivo suficiente para hacer la afirmación arriba sentada.

Es verdad que hay farsas, como *El Colmenero*, la de *Natividad*, la *Hechicera*, *El Herrero* y algunas más, cortadas por el mismo patrón, y que en nada salen del molde de las de Encina, aparte de la mayor viveza e interés en el diálogo e incomparable superioridad en intención moral; pero hay otras como la de *Tamar* y la de *Salomón* y aún la *Militar*, donde se encuentra una complicación real y verdadera de intriga, acaso intentada, pero nunca conseguida, en el incipiente teatro del maestro salmantino, y sobre todo en el argumento de *Tamar* y en los celoquios todos hay, como queda dicho, una intención satírica, ni aún soñada en un teatro tan rudimentario; además de una sorprendente consistencia en los caracteres, los cuales, bien pueden considerarse en todas, si no conseguido, intentado delinear,

y de cierto estudio de costumbres, y agilidad de ejecución que revela a este poeta como el representante del mayor impulso desarrollador del embrión escénico, sembrado por Juan del Encina y Lucas Fernández (1).

### III

Y si este poeta ha estado durante mucho tiempo enteramente perdido para los amantes de la literatura, hasta que en 1873 don Ricardo Heredia lo sacó del obscuro estante de la biblioteca comprada por él a los herederos de don Vicente Salvá, donde yacía, no olvidada, pero sí desconocida, la famosa *Recopilación en metro*, ¿qué extraño sería encontrar, andando el tiempo, otros poetas de este género mismo, colegas o discípulos de éste? Porque a mi entender no tiene duda que los condes de Feria fueron constantes mecenas de artistas extremeños, siendo ellos mismos distinguidos cultivadores de las letras, como lo prueba el haber sido rector de la Universidad de Salaman-

(1) En mi «Estudio biográfico crítico y bibliográfico» acerca de Diego Sánchez (Madrid, 1915), he expuesto con detenida amplitud mi modo de estimar la significación y alcance de la labor de este escritor en el desenvolvimiento del teatro.

ca y obispo de Cádiz uno de sus hijos, y el ser, en casa de estos magnates, donde Gregorio Silvestre oyó a Garci-Sánchez y a Heredia, y se aficionó a las redondillas y rimas «acaso por el amor que tuvo a Garci-Sánchez, Torres Naharro, etc.» (1).

Estos hechos y el indudable de representarse en casa de estos condes algunas obras de Diego Sánchez, denuncian un verdadero centro de afición literaria en Badajoz, donde no creo absurdo suponer que recibiera el primer estímulo la inspiración de Torres Naharro, sin necesidad de ir a Salamanca, como suponen, sin razón concretamente justificada, algunos eruditos, aún confesando, como lo hace Menéndez y Pelayo, lo poco susceptible de fundamento sólido que es esta opinión.

Torres Naharro era, en efecto, un clérigo pobre y acaso de humilde cuna, que antes de ser sacerdote, fué militar; más verosímil es que no pasara de Badajoz en sus primeros años, hasta que la milicia y su espíritu aventurero lo sacaran de Extremadura; y no es, por cierto, el norte a donde camina, sino a África, donde cae cautivo en manos de ágarenos. Así es que, mientras no se pruebe de modo alguno terminante, no creo verosímil que Torres Naharro fuera a Salamanca, habiendo

(1) Prólogo de don Pedro de Cáceres a la edición de las obras de Gregorio Silvestre, hecha en 1599. V. ap. I.



tantas razones para suponer a Badajoz la cuna de sus aficiones literarias.

Admitiendo esta hipótesis, no resulta tan extraño, como le parece al insigne autor de la «Historia de los Heterodoxos», que estando en Italia, permanezca apegado a la tradición de los versos cortos, sin notarse en él el más leve indicio de aquella transformación que de dicho país había de venir pronto a nuestra métrica; como también se explica su imitación a Garcí-Sánchez en las *Lamentaciones*, y que a su vez el mismo Torres Naharro fuera imitado por Gregorio Silvestre, como afirma dicho ilustre crítico, y es a todas luces notorio.

#### IV

Pero sea de esto lo que fuere, lo que no puede ponerse siquiera en tela de juicio es el paso gigantesco dado por Torres Naharro en el arte escénico. Había recibido en sus manos elementos rudimentarios e informes, y de ellas salió el arte completo y aderezado ya, y capaz de recibir todos los laureles que el genio de Lope reservaba para engalanar su frente. Extremadura había depositado el germen artístico en el campo fecundo de la inspiración de su ilustre hijo, e Italia se encargó de abonarlo; pero era demasiado recia la semilla para

que perdiera el fruto su primitivo carácter al cambiar de ambiente, «porque Torres Naharro entendió la imitación de un modo muy diverso que aquellos dramaturgos de la segunda mitad del siglo XVI que transportaron íntegros a nuestra escena caracteres, lances y situaciones de las más aplaudidas farsas italianas. Así Lope de Rueda, originalísimo por otra parte, en los episodios cómicos de su teatro, calcó su comedia *Medora* en la *Cigana*, de Giglio Arthemio Giancarli; la de los *Engaños* en *Gli Inganni* de Nicolás Sechi, representada en Milán en 1541 delante del príncipe que luego fué rey Felipe II; la *Armelinea* en la *Attilia*, de Francisco Ranieri, combinada con el *Servigiale* de Juan Marialechi. Así Timoneda, en sus *Menecmos* tuvo presente, no sólo la obra de Plauto, sino la *Moglie* del propio Sechi; en la farsa *Trapacera* imitó directamente la *Lena* del Ariosto, sin tomarse siquiera el trabajo de cambiar los nombres de los interlocutores; en la *Cornelia* imitó varios pasos del *Nigromante* del mismo poeta. La inédita *Comedia* de Sepúlveda está formada también por la combinación o *contaminación*, como diría Terencio, de dos comedias ariostescas. Y, finalmente, para no hacer interminable esta enumeración, extendiéndola a piezas no representadas, en la intriga del *Zeloso*, de don Alonso Velázquez de Velasco, que por otra parte fué admi-

rable imitador de la *Celestina*, hay algo que procede de la *Calandria* del cardenal Bibbiana.....

«Pero no es de este género la imitación de Torres Naharro, ni aún puede llamarse imitación en rigor. Buenos o malos, pobres o ricos los argumentos de todas sus comedias, le pertenecen, mientras no se pruebe nada en contrario.».....

«Por otra parte, debe tenerse en cuenta la fecha muy antigua de la *Propaladia*. Antes de 1517 había muy pocas comedias italianas, y Torres Naharro durante su estancia en Roma, escasamente pudo ver representar otras que *La Calandria* (en 1514), *La Mandrágora* (en 1515), y algunas de las farsas que anualmente improvisaba en varios dialectos (circunstancia que veremos imitada por nuestro poeta) la compañía de *I Rozzi*, de Siena, llamada a Roma y patrocinada por León X.» (1)

• No fué, por tanto, el poeta extremeño un simple mensajero del arte italiano a nuestra patria, como algunos críticos parecen suponer, sino un innovador atrevido, que apenas ve los nuevos caminos que el arte le descubre, se precipita valiente y sereno por ellos, enseñando la senda a los demás. Era la misión del genio de Extremadura: desbrozar los caminos

(1) Menéndez y Pelayo. — Prólogo a «La Propaladia». Biblioteca *Libros de Antaño*. — T. X, p. C.



no recorridos por el arte, impulsar sus primeros perezosos progresos a un terreno más firme y sólido. •

Es Torre Naharro el primero que persigue de un modo consciente y reflexivo su fin artístico, como lo demuestra la teoría dramática de que hace preceder sus comedias, primera que se escribió y se pensó en España, donde, además de desligarse de la rutina antigua, en cuanto al número de personajes y demostrar tan profundo conocimiento de los resortes artísticos en su teoría del *decoro*, hace por primera vez la distinción reflexiva entre el arte realista y el ideal con su diferenciación entre las «comedias *a noticia*» y las «comedias *a fantasía*» siendo, como dijo otro ilustre hijo de Extremadura, «el primer ingenio que tendió el vuelo a las más altas regiones de nuestra Talía, embelesando el alma con bien trazadas invenciones que suspenden la fantasía y cautivan el corazón, empuñando de lance en lance la curiosidad con bien urdidas tramas desde la primera escena hasta el total desenlace del drama» (1) y, como dice Menéndez y Pelayo, fué el primero que usó versos dodecasílabos en las composiciones escénicas; «amplió el cuadro de las primitivas farsas; hizo entrar en ella,

(1) Don Bartolomé J. Gallardo, en el núm. 3 de su *Criticón* (Madrid 1835), citado por Menéndez y Pelayo, loc. cit., pág. LXXXVIII.

no sólo pastores y ermitaños, sino gentes de toda casta y condición: soldados y frailes, truhanes y mozas del partido, camareros y despenseros de cardenales, lavanderas del Transtevere, y, picando más alto, marqueses y damas principales, y hasta infantas de León y príncipes de Hungría; complicó ingeniosamente la trama en tres, por lo menos, de sus piezas; atendió *por primera vez* al estudio de las costumbres, y si no llegó a la comedia de carácter, fué, por lo menos, el *fundador* de la comedia de intriga», y su comedia *Soldadesca* «presenta el interés de ser el *más antiguo cuadro dramático de costumbres y desafue-ros militares*, antecediendo tres siglos a las escenas del mismo género que Schiller puso en «El campamento de Wallensteín» y el duque de Rivas en *Don Alvaro*». «...la tendencia a la comedia de capa y espada, que ya se vislumbra en los accidentes de la *Serafina*, triunfa en la preciosa *Comedia Himenea*, que es la más delicada, la más regular, la más caballeresca y afectuosa de Torres Naharro y la que da más simpática y ventajosa idea de su talento como pintor de costumbres urbanas», siendo ya su comedia *Aquilina* «una comedia *heroica de ruido y de teatro* a estilo de las de Lope de Vega, con infantas enamoradizas y príncipes disfrazados», y «Torres Naharro, que había adivinado la comedia de costumbres

populares, la comedia urbana, de amor y celos, vulgarmente llamada comedia de capa y espada, y, finalmente, la comedia heroica y novelesca, padeció la suerte inevitable de todos los precursores.»

He querido copiar literalmente estos conceptos que al gran maestro de nuestros críticos merece la labor artística de nuestro poeta, a fin de que no se puedan tachar de apasionadas mis apreciaciones de su importancia en el desarrollo del teatro nacional, dado que la índole de este trabajo no me permite detenerme a comprobarlas, analizando detenidamente sus obras y el teatro de su tiempo.

## V

La aportación de Extremadura a la obra evolutiva del teatro nacional, en este período de su iniciación, no se redujo a la interesante y trascendental que representan—en diversos aspectos—los dos escritores mencionados.

Hay un escritor en aquella época, quizá el más representativo de todos, por la congruencia de su psicología con la de aquellos inquietos aventureros que realizaron la epopeya transatlántica, cuya labor, desgraciadamente, en este punto, nos es escasamente conocida,

para aquilatar la importancia que se le pudiera adjudicar en el desenvolvimiento de esta rama de nuestra literatura.

Nos referimos a aquel inquieto peregrino de las letras que, saliendo de Fregenal, su patria, recorrió España y media Europa, escribiendo e imprimiendo sus obras con los trebejos de imprenta que consigo llevaba. Vasco Díaz Tango se llamaba este singular personaje. Su vida atrabiliaria y aventurera se conoce por los incoherentes vestigios que ha ido dejando en su caminar incesante y azaroso. Escribió un *Terno Comediario*, del que no conocemos más que un esquema que hemos visto en la B. N. Escribió también tres tragedias, de las que sólo los títulos han llegado a nosotros, trasmitidos por el propio autor y por las referencias de sus contemporáneos. Curiosa y sugestiva es la figura de este raro escritor, cuyo estudio no está siquiera intentado, acaso por las dificultades que ofrece la investigación y el examen de su desparramada y casi perdida labor. Los vestigios que de ella están a nuestro alcance permiten conjeturar que fué copiosa, que no fué de acendrada perfección nunca, por la inquietud andariega de su vida; pero que debió de tener siempre una gran originalidad, quizá un poco atrabiliaria, mas reciamente personal.

## VI

No ocurre lo mismo con dos poetas placentinos que florecen también por este tiempo. Nos referimos a Michael Carvajal y a Luis Miranda. Se parecen estos al andariego frexense en la escasa fortuna para transmitir a la posteridad el acerbo íntegro de su producción literaria. Del primero sólo han llegado a nosotros dos obras: *La Tragedia Josefina* y *Las Cortes de la Muerte*, que publicó—continuada por él—el famoso Luis Hurtado, tan aficionado siempre a proseguir obras ajenas, y quizá a firmarlas. Del segundo sólo conocemos la *Comedia Pródiga*. No es fácil que autores de obras de tal alcance, se limitaran a tan escasa manifestación de su notable aptitud. De ambos hay indicios claros de que produjeron más. En otro lugar nos hemos ocupado más detenidamente en dilucidar este punto y allí también hemos procurado poner de relieve el alcance que las respectivas obras de estos dos admirables ingenios tienen, en el desenvolvimiento del teatro nacional que daba entonces sus primeros pasos hacia el momento de su completo desarrollo que abre Lope de Vega. Allí hemos comprobado que, en el período que va de Torres Naharro a



Lope, no hay pasos más trascendentales y congruentes con lo que después había de ser esta rama de nuestra vida literaria, que la labor de estos dos comediógrafos placentinos, cada uno en la orientación escénica que cultivó.

## VII

No tiene tanta trascendencia, en sentido alguno, la aportación de otros poetas como el badajocense Romero de Cepeda, y algunos otros de menos monta. Pero todo contribuye a comprobar que los extremeños sintieron por esta novedad artística, como por todas las que se ofrecían en su camino, aquella predilección congénita de su espíritu curioso, y contribuyeron con decisivo esfuerzo a impulsar los trámites de su desarrollo.

• Y es fenómeno digno de ser tenido en cuenta, que cuando el arte escénico va subiendo lento, un poco indeciso y balbuciente la trabajosa y escarpada falda de su cumbre, es cuando los extremeños ponen el hombro con más decisivo esfuerzo y dan, en la ascensión, los pasos de más definitivo alcance. En cambio, lograda la cumbre, en plena posesión de la victoria, las gentes de Extremadura parece que se retiraron en absoluto. Son otros empeños li-

terarios, otras orientaciones mentales y estéticas, los que atraen su atención. •

No es atribuible esta ausencia, en el momento culminante y logrado, a deficiencia de aptitud para sentir este arte, esta orientación estética. Cuando, en momentos tan decisivos como fueron los de la iniciación, fué tanta la idoneidad y decisión para señalar derroteros y concebir formas nuevas, la aptitud no puede ponerse en duda. Más adelante, dos siglos más tarde, aparece de nuevo, en el teatro, la aportación de Extremadura. También es un momento singular y en unas circunstancias críticas. Ya lo veremos.

• Parece como si fuera el destino, o el afán, o la aptitud de estas gentes, inclinarse siempre hacia lo aventurado y problemático. Por eso es tanta su influencia en los pasos decisivos de la vida nacional. Siguiendo con cuidadosa atención estas trayectorias de la vida extremeña, se hace cada vez más explicable que, cuando apareció ante sus ojos un campo de aventura tan grande como la obra de España en América, nadie aventajase a esta raza en número ni en decisivas intervenciones en la obra. •

## CONFERENCIA XIV.

### I

**E**L saludable deseo de revisión que tiende a dar su justo valor, previo detenido y concienzudo examen, a toda nuestra obra mental, a lo largo de la historia, debe contenerse en sus propios, discretos límites. Nada de rebasarlos hasta el punto de convertir este propósito, siempre laudable, en el afán, siempre lamentable, de buscar novedad a todo trance, oponiéndose sistemáticamente a cuanto ha sido corriente decir y creer. Bien está, por tanto, examinar, con reflexivo cuidado, aquilatar, con escrupulosa severidad, todo el contenido del momento floreciente de España. Pero debe reconocerse, mientras más minucioso sea este examen, que la altura a que

llegó ese florecimiento, en muchos aspectos, fué algo extraordinario; nos referimos ahora a la vida mental en sus varias orientaciones —filosófica, jurídica, económica y estética—. Su contenido es harto copioso para que pueda caber en este lugar, siquiera un esbozo esquemático de su gran alcance. Hemos de limitarnos, por tanto, a indicar sucintamente los jalones que señalan la aportación de la mentalidad de Extremadura a aquel gran florecimiento del saber español, dejando la tarea y la gloria de recorrer por completo el camino que marcan estos jalones a quien, con más capacidad y tiempo que nosotros, pueda llenar esta necesaria y alta misión.

Hemos de advertir previamente, que esta eclosión de florecimiento mental, no es posible que fuera súbitamente improvisada. No está debidamente estudiado el proceso de su desenvolvimiento, en todos sus momentos y pasos. Pero poco a poco se irá descubriendo el camino por donde se llegó a tan alta cumbre. Jamás se ha logrado esto de un vuelo.

Ya hemos visto que, desde el siglo XII y el XIII, Toledo era un importante foco de movimiento intelectual. Salamanca en los siglos XIV y XV floreció también vigorosamente. La vida intelectual que este centro de la cultura europea tuvo, en el andar de esas centurias, se conoce bien por la fama y consideración que dis-

frutó en los demás centros mentales europeos, aunque no se haya hecho un recuento minucioso y acabado de sus valores.

Esta labor será la que ponga a la vista, de un modo satisfactorio, toda la génesis de aquel florecimiento que alcanzó este centro de cultura en el siglo xvi. Téngase en cuenta que de él partió, en su inmensa mayoría, todo aquel vigoroso movimiento, que después se extendió por toda España y tuvo diferentes núcleos.

¿Qué intervención tuvo Extremadura en la labor mental de Salamanca, durante la gestación de su más alto emporio?

Placentinos y caurienses son, con singular constancia, rectores de aquella Universidad, durante el último tercio del siglo xv y primero del xvi, y no puede saberse con certeza quienes lo fueron en los tiempos anteriores a estas fechas, por haberse perdido los libros correspondientes a tales siglos en aquel archivo; pero bien puede asegurarse que también sería Extremadura el alma de aquel centro del saber, dado el número de hombres de letras que abundó en esta región durante aquellos tiempos, y de los cuales se sabe que estuvieron en Salamanca.

Pero sea de ello lo que quiera, por lo menos es de todo punto indudable que desde el 1478, en que fué elegido por primera vez rector el

cauriense don Lope García de Salazar (1), en adelante estuvo vinculado en Extremadura el rectorado salmantino, por el que pasa, en 1489 (2), don Bernardino Carvajal, el después celeberrimo cardenal de Santa Cruz, revoltoso competidor de Julio II, generoso protector de Torres Naharro en Italia, y egregio amigo de León X; en 1511, el cauriense don Luis Medrano; poco después el deán, también de Coria, don Sancho Dávila; en 1526 el brocense don Iñigo Argüello y Carvajal (3), y tantos y tantos otros, en fin, que en aquella misma época fueron profesores y que no me detengo a enumerar por no hacer interminable esta relación, cuando tan suficientemente basta con lo dicho para comprobar la interesante intervención de los extremeños en aquel impulso cultural que nació en Salamanca, sorprendiendo luego a Europa al extenderse por la Península.

Veamos, pues, aunque sea ligeramente, qué parte cupo a Extremadura en aquel florecimiento que tan cuidadosa y hábilmente sem-

(1) Véase el trabajo titulado «Los extremeños en la Universidad de Salamanca», publicado en la *Revista de Extremadura*, por el señor don Luis R. Miguel.

(2) Ms. del Archivo del Conde de la Torre del Fresno, donde además consta que fué obispo de Badajoz.

(3) Testimonio firmado y signado por el vicesecretario José Sánchez.—Ms. en el Archivo del Conde de la Torre del Fresno.

bró y cultivó en la egregia escuela salmantina, como lo venía haciendo también, por otra parte, según dejé apuntado, en el monasterio de Guadalupe, y aun en los colegios de Coria y de Plasencia.

## II

Cuantos visitan un poco la historia de nuestra nación, no en los libros que de ella hablan, sino en sus fuentes vivas — documentos, vestigios auténticos, relatos contemporáneos —, están enterados de que este confinamiento del saber teológico, y aun filosófico, a un reducido círculo de espíritus curiosos, no sólo separado y absolutamente incomprendido para la masa popular, sino constituyendo, aun en el mundo intelectual y culto, la esfera más angosta y menos visitada, es un fenómeno relativamente moderno. Si no supiéramos, como atinadamente advierte el señor Sainz Rodríguez en su admirable *Introducción a la Historia de la Literatura Mística en España* que hasta «el público de un sermón notó en algunos casos deslices heterodoxos en la doctrina de un predicador» bastaría el hecho palmario de la popularidad que disfrutaban los autos sacramentales, y el interés que suscitaban dramas de profundo sentido teológico, como muchos

de la gran época del teatro español, para comprobar que el saber teológico disfrutaba entonces en España un radio de extensión difícilmente calculable hoy. No es extraño, teniendo en cuenta este hecho, el ancho campo que tuvo en el país la conmoción promovida en el terreno de las lucubraciones teológicas, por las innovaciones renacentistas, provocando ardorosas contiendas entre los partidarios de la escuela tradicional y los radicalismos de los innovadores. Nadie ha descrito este momento de la vida espiritual española, con la exactitud y serena objetividad que lo hizo, en los últimos años del pasado siglo, el Padre Marcelino Gutiérrez, en sus admirables libros *Filosofía Española del siglo XVI* y *El Misticismo Ortodoxo*.

Hubo, como en todos los momentos de lucha, extremismos inadmisibles en uno y otro sentido. Hubo también orientaciones de moderada cordura que marcaban el justo medio deseable y aceptable en todos conceptos. Se hacía, sin duda alguna, de todo punto necesaria una rectificación en la marcha decadente que llevaba la escolástica. Estética y doctrinalmente, los procedimientos eran ya inadmisibles. Hasta dominicos de tan puro abolengo escolástico como Melchor Cano, consideraban necesaria la reforma en aquella senda «*quae detracta scripturae sacrae auctoritate,*



*sillogismis contortis* de rebus divinis philosophatur» y se indignaba contra aquellos doctores «que, resolviendo con frívolos argumentos todas las cuestiones teológicas, y quitando con vacíos e inútiles razonamientos su gran importancia a las cosas más trascendentales, han dado a luz unos comentarios a la Teología, dignos apenas de ocupar la atención de las viejas (1). Y siendo rarísimos en ellos, los testimonios de los libros sagrados, no mencionando nunca los concilios, ni sacando lo más mínimo de los santos Padres, ni de la buena filosofía, sino más bien casi de las disciplinas más pueriles» si bien como entusiasta escolástico se apresura a declarar que «ni son escolásticos ni aún teólogos los que, llevando a la escuela las heces de los sofismas, no solamente promueven la burla de los hombres doctos, sino el desprecio aún de los más comedidos» (2) y más abajo dice que el inmode-

(1) .....qui universas quaestiones theologicas frivolis argumentis absolverint, et vanis invalidisque ratiuncu'is magnum pondus rebus gravissimis detrahentes, ediderint in Theologiam comentaria, vix digna lucubratione anicularum. Et cum in his sacrorum Bibliorum testimonia rarissima sint, conciliorum mentio nulla, nihil ex antiquis sanctis oleant, nihil ne ex gravi philosophia quidem, sed feré e puerilibus disciplinis.....

(2) .....nec scholastici sunt, necdum theologi, qui sophismatum faeces in scholam inferentes, et ad risum viros doctos incitant, et delicatiores ad contemptum.

rado afán de aquellas inútiles discusiones está más en las costumbres que en la escuela; pero de todos modos, es tan elocuente el testimonio que, a su pesar y aún deplorándolo amargamente, nos da este insigne teólogo, en repetidos pasajes (1) que releva de todo esfuerzo por demostrar la afirmación sentada respecto a la deplorable situación a que iba reduciendo la escolástica a las ciencias teológicas.

Las causas de este hecho son harto complejas, y de ninguna oportunidad, en esta ocasión, su estudio. Lo importante, lo indudable es que se hacía indispensable una innovación que rectificara aquellas decadencias y desviaciones. La hacía más inaplazable que nunca la inminencia de las acometidas luteranas. No era posible ir a aquella contienda con las *inútiles cañas* de que habla Melchor Cano. Se hacía necesario recurrir a armas de más dura consistencia, de un temple superior al de los ergotismos consuetudinarios y las rutinas de la autoridad que, desviada de sus fuentes primitivas, tanto sagradas como profanas, carecían de eficacia positiva para el esfuerzo con que era necesario luchar. Numerosa fué la hueste de grandes mentalidades que, en Espa-

(1) De Locis Theologicis Liber VIII, cap. I, págs. 494 y 495—Liber IX, cap. I, págs. 574 y 575, etc. T. I de operis Melchioris Cani in duobus voluminibus distributis. Matriti: MDCCLXXXV.

ña, libraron aquella gloriosa contienda, la más dura de todas en el campo de la filosofía y de la teología, porque fué un combate librado victoriosamente contra dos formidables enemigos: la reforma heterodoxa, y la tradición aceptada. Era la reforma ortodoxa que limpiaba la buena doctrina de las durezas y decadencias tradicionales y rectificaba sus desviaciones rutinarias, poniéndola en estado de hacer frente a la Reforma luterana, con éxito. Lo más importante en este momento era descubrir el arsenal de las nuevas armas. Había necesidad de ir directamente a las fuentes de la doctrina: los textos auténticos de las Escrituras; los textos puros de la filosofía griega, en lo que podían ser utilizables para el combate. Nada de comentarios y escolios viciados al ser transmitidos de mano en mano, durante siglos y entre fósiles deformaciones interpretativas. Esta labor fundamental fué iniciada por Cisneros con su iniciativa de la Políglota. Pero era necesario proseguirla y difundirla. En ello fueron numerosos los que pusieron mano. Las más trascendentales labores que en este terreno se hicieron, fueron llevadas a cabo por dos altas mentalidades de Extremadura: Arias Montano y Maldonado. Nadie superó, en su tiempo, la obra exegética del primero respecto del Antiguo Testamento. El sobrenombre de «Jerónimo Español» con

que se le designó, revela el prestigio que alcanzó su obra. La labor del segundo, que fué a reñir sus contiendas en Francia, buscando el foco de la lucha europea, fué tan trascendental que todavía no ha envejecido.

### III

En el otro terreno, en el de la filosofía, aquilatando el valor del pensamiento helénico mediante la directa interpretación de los textos, no fué tan trascendental la intervención de la mentalidad extremeña, aunque no estuviera ausente en absoluto. Se redujo a los esfuerzos del Brocense, entendimiento más humanista que filósofo, que en el *Enchiridión de Epícteto* y en los *Errores de Porfirio* manifestó más acierto para columbrar la orientación, que capacitación para el logro de una labor fundamental. La influencia del Brocense, en esta esfera, fué más externa que interna. Está, más bien en la contribución que, para este ejercicio, aportó aquel infatigable apostolado de heLENISMO filológico, estético e ideológico que tanto contribuyó a capacitar los entendimientos para trabajar sobre los textos auténticos.

Uno de los sazonados frutos de esta siembra brotó por cierto en Extremadura. Nos referimos a Pedro de Valencia. Fué al lado de

Arias Montano donde se modeló, al cabo, esta gran inteligencia. Pero los primeros pasos, el despertar de sus aficiones surgió en la cátedra del Brocense. Allí se inició en el humanismo y dió las primeras asomadas al arte y a la filosofía helénica. Y no nos parece aventurado sospechar que, en ese aula de Francisco Sánchez, nació la orientación académica que tan marcada e interesante se manifestó en él más tarde, hasta el punto de constituir una de las manifestaciones acentuadas que denuncian en España antecedentes criticistas. Era el norte principal de su obra la fidelidad en la exposición del pensamiento de la Academia Nueva y en este punto nadie le aventajó. «Semejante manera de escribir la historia de la filosofía —dice a este propósito Menéndez y Pelayo (discurso de recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, 15 de mayo de 1891)— con espíritu desinteresado y sereno, con verdadero espíritu crítico, *con aquella intuición retrospectiva que ayuda a reconstruir el pensamiento ajeno sin mezclarlo torpemente con el propio* era novísima en el siglo XVI.» Pero como su sinceridad no le permite ocultar la preferencia que siente por el probabilismo de Arcesilao, la deja ver con diafanidad, dando al criticismo antiguo el valor que habían obscurecido los expositores.

Esta es la más interesante aportación que la

mentalidad de Extremadura lleva al movimiento filosófico español del siglo xvi. El alcance completo del pensamiento de este escritor lo exponemos en otro libro, que, Dios mediante, será publicado en breve. En este mismo, volveremos a ocuparnos en la labor mental que este hombre modesto y admirable realizó en otras esferas. Pertenece su obra y su influencia a otro momento posterior al que vamos ahora examinando. Hemos hecho aquí mención de este interesante aspecto de su importancia, porque la consideramos como el más sazonado fruto que, en aquella labor restauradora de las primitivas fuentes de la filosofía antigua, dieran en Extremadura los esfuerzos del Brocense. Su magisterio fué, sin duda alguna, la iniciación del concienzudo estudio y de la orientación que manifestó, en este punto, el gran escritor de Zafra, cuando llegó a su madurez.

Es verdad que ni fundaron, ni formaron en ninguna de las escuelas que en aquella época se agitaban en la Península con febril y nerviosa actividad. El genio intelectual de esta raza, más intuitivo que discursivo, se caracteriza por la indisciplina y la expansibilidad incapaz de encerrarse en los predeterminados cánones de un sistema; por eso son tan aptos para quebrantar los viejos, siempre en alas de su espíritu innovador, y tan a propósito, como

en este caso, para presentar materiales de combate a todas las escuelas, que en el campo católico, libraban la tremenda batalla que al Catolicismo presentó la Reforma. Arias Montano, con sus traducciones, comentarios e investigaciones escriturarias, y sobre todo, con el hercúleo monumento de su Biblia Políglota; Maldonado con sus trabajos sobre los Evangelios, que aún no han envejecido; y el Brocense—ya lo hemos dicho—más que por sus escasamente afortunadas tentativas en el campo de las especulaciones filosóficas, mediante sus traducciones y apostolado filológico, que iniciaron a Pedro de Valencia, y con sus violentas diatribas y burlas erásmicas las cuales no dejaron de contribuir a los efectos de aquel saludable cauterio que Menéndez y Pelayo advierte suministrado a las decadencias de la escolástica, en las ironías de Erasmo y en la razonada crítica de Vives.

#### IV

Otra orientación espiritual inició en España entonces su más alto grado de florecimiento. Quizá fué este un fenómeno también derivado de aquella saludable tendencia a rectificar las desviaciones con que las rutinas de la decaden-

cia escolástica habían extraviado las sendas del espíritu.

En las esferas de la teología y de la filosofía, la vuelta a las fuentes puras y auténticas de esas disciplinas dió armas a la reforma ortodoxa para hacer frente a la heregía. Pero sin duda alguna, esta restauración de la fuerza doctrinal no quedó sólo, en cuanto a sus efectos, en el campo de las meras especulaciones, sino que fructificó más allá, dando pábulo a los encendidos deseos de los espíritus anhelosos de más altos vuelos, para colmar sus ansias contemplativas, con seguras garantías de no perder las rectas sendas de la ortodoxia.

Leyendo el profundo estudio que acerca del *Misticismo Ortodoxo* nos dejó el Padre Marcelino Gutiérrez, se adquiere la convicción de la intensa influencia que esta renovación doctrinal y erudita produjo en el florecimiento glorioso del misticismo español, tan vigoroso, encendido y vivo como ajustado a la ciencia, y documentado en la cultura filosófico-teológica de su tiempo.

Aun teniendo en cuenta los avances que el estudio de esta interesante manifestación espiritual, en su época gloriosa, ha obtenido de trabajos como el arriba citado, los de Menéndez y Pelayo, el Padre Arintero, el Padre Getino y otros muchos, destacándose recientemente el del señor Sainz Rodríguez, también



antes de ahora mencionado, falta mucho por hacer para descubrir y aquilatar todo el copioso caudal de producción literaria que, en este sentido, produjo España en aquella época.

No era fácil que una trayectoria, tan accesible para la peculiar aptitud de esta raza extremeña, dejara de ser por ella seguida, apenas se abriese ante su vista. Son numerosos los escritores que cultivaron las orientaciones principalmente ascéticas de esas disciplinas espirituales en Extremadura. No es esta ocasión de enumerarlos aquilatando su respectiva trascendencia. Baste recordar que hubo en Extremadura nombres tan esclarecidos en ese terreno como Pedro de Alcántara, Fray Juan de los Angeles y Francisco Aldana.

No es este lugar apropiado para terciar en él ruidoso pleito sobre la propiedad que a San Pedro de Alcántara corresponda en el *Tratado de Oración* que ha venido tanto tiempo circulando como suyo. No es necesario tampoco probar la justicia de su atribución a este Santo para que se le considere como uno de los más eminentes maestros de la mística española. Además de su extenso epistolario, todavía por desgracia no recogido, está el testimonio irrecusable de Teresa de Jesús para que, aun admitiendo la, para nosotros no comprobada, falta de autenticidad de ese libro, deba considerársele como uno de los

más grandes propulsores de la mística en España.

De Fray Juan de los Angeles se ha discutido recientemente que fuera natural de Zafra, como se había venido creyendo. No se ha llegado a probar definitivamente, pero se han expuesto razones que fundamentan la sospecha de que pudiera haber nacido en Oropesa o en sus inmediaciones. Su vida religiosa se formó y modeló toda en Extremadura y en la provincia de San José, predominantemente extremeña. Los límites etnológicos no tienen la precisión geométrica de los oficialmente geográficos. Se trata de un paraje, caso de que fuera él la verdadera cuna de este escritor, que no se puede considerar ajeno a la expansión étnica de Extremadura. También ha habido quien ha colocado al capitán Francisco Aldana entre los poetas valencianos, sin tener en cuenta que la patria de este escritor fué efectivamente Valencia, pero no la del Cid, sino la de Alcántara.

Téngase en cuenta que era entonces Extremadura un medio muy favorable para esta manifestación espiritual. Además de los focos de Guadalupe, Belvis y Alcántara, estaba Badajoz, donde el fervor llegó a tales términos, que en poco tiempo Pedro de Alcántara y Luis de Granada fundaron conventos de sus respectivas Ordenes, y en esta ciudad fué donde Fray Luis escribió su famosa *Guía de Peca-*

*dores*. Las estancias de San Pedro en Badajoz fueron bastante anteriores a la de Fray Luis, y no breves por cierto.

Antes, o coincidiendo con estas fechas, vivió una poetisa llamada Catalina de Badajoz, de la que sabemos que escribió meritorias composiciones de este género. Pero nada nos atrevemos a asegurar respecto a su trascendencia, porque no hemos tenido la fortuna de leer ninguna. Fué también por entonces cuando la noble señora doña Ana Corchuelo y su marido y sus hijos, abandonaban los halagos de su alta posición y abrazaban en el claustro la vida religiosa. Doña Ana era admirada y venerada por sus altas virtudes y dejaba en un manuscrito el relato edificante de su vida. Doña Isabel de Aguilar, la viuda del opulento embajador de los Reyes Católicos en Venecia, don Lorenzo Suárez de Figueroa, sobrino del Conde de Feria, primo hermano de Jorge Manrique y tío carnal de Garcilaso de la Vega, nieta ella de Alonso de Aguilar y prima del Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, abandonaba también todos los halagos de su elevada alcurnia y con su sobrina Elvira, que vive en su compañía, convierte su palacio de la calle del Pozo en beaterio, y poco después en monasterio de monjas Agustinas, bajo la advocación de San Onofres. El convento humilde de Franciscanas que se encontraba en el

Campo de la Cruz, es derribado por insuficiente, y su fervorosa y crecida comunidad se traslada al nuevo monasterio de Santa Ana, que se levantó frente al palacio de los Marqueses de la Lapilla y viene a regir, como primera abadesa, en el mismo convento, a la comunidad, una hija del mencionado don Lorenzo Suárez de Figueroa. Tal era el ambiente de la ciudad visitada con frecuencia, y en largas temporadas, por San Pedro de Alcántara, habitada por Fray Luis de Granada durante cuatro años, en los que brotó de su pluma la inmortal *Guías de Pecadores* y acaso fué también en ella donde surgieron los dos *Tratados de Oración*, cuya prioridad discute la crítica.

No deja de ser interesante tener todo esto en cuenta para valorar la aportación, que al glorioso florecimiento de la literatura mística y ascética en España, dió Extremadura a lo largo de todo el siglo XVI.

## CONFERENCIA XV.

### I

**L**os vientos de renovación que oreaban todas las esferas del saber no podían dejar de remover la arena, siempre agitable, de las teorías literarias; mucho más, cuando tan necesitado se encontraba el arte literario de abandonar de una vez el empirismo de los preceptistas y retóricos clásicos, tan insuficiente ya para satisfacer los anhelos científicos de las inteligencias.

Dos verdaderos atletas de la crítica se encargaron de la obra demoledora y la llevaron a cabo gloriosamente: Vives en Valencia y el Brocense en Salamanca.

Habíase venido construyendo la teoría del arte literario por acumulación de experiencias y elevando a la categoría de normas eternas lo que, a lo más, puede tomarse como formas

temporales o locales de un aspecto determinado del arte, y contra esto clama con indignación la penetradora inteligencia de Vives, descubriendo con su intuición poderosa que la raíz de este casuismo había sido meter dentro del campo de la retórica un interminable cúmulo de cuestiones extrañas, «carga demasiado grave para los hombros de tan flaca doncella.»

El mal venía de muy atrás. Desde Platón a Quintiliano habían venido confundiéndose lastimosamente los respectivos objetos de la retórica, la elocuencia y la oratoria, sin que nadie se fijara en el intento de distinción de estos objetos que se columbra en la definición que da Aristóteles, cuando llama a la retórica *δυναμις του θεωρεσαι το ενδεχομενον πιθανον* (1) declarando de este modo patente que el objeto propio es la vista o estudio de cuanto pueda ser medio apto para persuadir, lo cual debe interpretarse teóricamente, esto es, refiriéndonos sólo a la elocución, porque bien se percibe ser ese su verdadero sentido si nos fijamos en estas palabras que leemos en el capítulo I de su «Retórica»: *και οτι ουτο πεισαι εργον αυτης, αλλα το ιδειν τα υπαρχοντα πιθανα περι εκαστον* (2).

Sin embargo este *περι εκαστον*, que pone el

(1) ...facultad de investigar que es necesario para persuadir. «Retórica». Cap. II.

(2) ..ni es oficio de esta (la retórica) persuadir, sino

estagirita también en la definición, ha sido más notado y tenido en cuenta que lo restante del texto, y es interpretado éste en conformidad con el empeño, manifiesto en todos los retóricos latinos, de meter en el campo de la retórica ese fárrago de cuestiones inoportunas de que tan gallardamente la descarga el genio crítico del Brocense diciendo: «Al retórico pertenece *únicamente* exornar la oración con tropos y figuras, hacerla llena y numerosa... de las cinco partes de la Retórica que los antiguos enumeraron *sólo la elocuencia y la acción le pertenecen*. La invención y la disposición corresponden a la dialéctica... El estóico Zanón comparó ridículamente la dialéctica con el puño cerrado, y la Retórica con la mano extendida. ¡Como si pudiera haber ninguna disputa que no sea enteramente lógica, o como si el manto plegado difiriese del manto extendido, o el fuego mayor del menor! La naturaleza de las cosas no se mide por ser más o menos en número, ni por ser mayores o menores. La verdadera diferencia entre estas artes debe tomarse de su fin. El de la Lógica es usar de la razón; el de Retórica exornarla con palabras.» (1)

*ver* qué medios son útiles para conseguirlo en cualquier materia (Lib. I, Cap. I, pág. 8.—Ar. Arte Rhet-Libri tres. Parisiis MDCXXX).

(1) Orgaum Dialectucum et Retoricum.—Cit. p. Me-

## II

Pero donde llega más lejos y más a lo hon- do la labor renovadora del Brocense, en estas disciplinas, es en la *Minerva*, «en ésta—dice Menéndez y Pelayo—se funda una ciencia nueva, la filosofía del lenguaje, al paso que en el *Organum* no pretende otra cosa Francisco Sánchez que sacar las extremas consecuencias de los principios de Vives y de Pedro Ramus».

Así es en verdad. La filosofía del lenguaje, la gramática general, fué iniciada en España por esa obra, donde el gran humanista estudia los principios filosóficos, en que pueden fundarse las leyes del lenguaje, y va, con su crítica implacable, derribando todos los ancestrales tópicos consagrados por la costumbre, y sin examen alguno, para dictar, como leyes léxicas, los preceptos arbitrarios formulados por empíricas convenciones.

Además va rectificando, en esta magna labor, todas las viciosas interpretaciones que los textos de Platón y de Aristóteles han sufrido, en el andar de los años, a través de expositores poco inteligentes y escrupulosos, néndez y Pelayo, «H.<sup>a</sup> de las Ideas Estáticas», T. II, Capítulo IX, págs. 276 y 278.



deshaciendo de este modo la mayoría de las viciosas rutinas que empobrecían la ciencia del lenguaje y la erizaban de absurdos casuismos superficiales y arbitrarios.

Gran número de orientaciones, que aún en nuestros días se nos han ofrecido como nuevas y recientes conquistas del pensamiento moderno, están planteadas en ese libro profundo y admirable que debiera ser vulgarizado, traduciéndolo al castellano para que su magisterio diera todo el rendimiento de que es capaz en este orden del saber.

No es en él todo indiscutible; no queremos decir tampoco que todo permanezca hasta el día de hoy insuperado. No es eso. Hay en él, como decimos, muchas enseñanzas que no han perdido actualidad. Hay también cuestiones, por él planteadas, que no han logrado aún resolución definitiva. También las hay enteramente inactuales ya. Pero lo principal, lo más trascendental que en este admirable libro se encuentra, es el estímulo, la orientación hacia el derrotero de la libre investigación en el campo de la filosofía del lenguaje, rompiendo para siempre las andaderas de los dictados autoritarios de los preceptos consagrados, y lo que aún es peor, de la interpretación corriente de esos textos y preceptos. «Los antiguos filósofos — dice — ignoraron muchísimas cosas que luego descubrió Platón. Otras mu-

chas sacó a luz Aristóteles; muchísimas ignoró éste que hoy son perfectamente claras. La verdad podrá estar oculta, pero nada es más precioso que la verdad». A esta norma ajusta todo el proceso de su labor. Se manifiesta siempre respetuoso con la autoridad de los grandes filósofos. Pero primero examina, por sí, la fidelidad de la interpretación y el alcance de su pensamiento; y después... *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

El viejo aforismo es su lema.

### III

Fué, en suma, Francisco Sánchez, el verbo en España de las nuevas tendencias impresas por Erasmo, y la más alta gloria de la Universidad Salmantina en este ramo del saber, mientras por el mismo tiempo otro extremeño, Arias Montano, recibía en su frente, de manos del Cancelario de la Universidad de Alcalá, Luis de la Cadena, el laurel poético, honor por primera vez concedido en España y merecido por el insigne hijo de Fregenal por su admirable *Retórica* que lo coloca en la cumbre de la gloria alcanzada por los humanistas de la universidad complutense.

Pero la gloria de Arias Montano, en esta esfera, no va por los derroteros de la alcan-

zada por el Brocense, en cuanto a la apertura de nuevas sendas, descubriendo horizontes inexplorados. Fué en el terreno de las ciencias sagradas y aún en las ciencias naturales donde Arias Montano manifestó esas aptitudes innovadoras y renovadoras. Sus altos merecimientos, en este otro punto, no pasaron del profundo conocimiento de la materia, tal como llegó a sus manos, y en el arte exquisito que desplegó para exponerlos.

Leyendo su obra, se nos ofrece con vivos colores aquel momento de la vida mental y literaria en España, con sus defectos, bellamente señalados y satirizados, y con sus bellos atractivos. Satiriza los vicios de la oratoria sagrada. Flagela— aún no se había escrito el *Quijote*— la afición a la decadente literatura caballescaca. Ridiculiza, con mano maestra, a aquellos mozalbetes que, por unos meses en Italia, vienen pronunciando a la italiana y mirando sobre el hombro nuestros gustos. Pero además de esto, nos pone en contacto con todos los estimables valores universitarios de aquel tiempo, haciendo acabadas semblanzas de todos ellos, llenas de cariño y de admiración.

#### IV

Representa y realiza Arias Montano, en

aquellos tiempos, otra de las más interesantes colaboraciones que Extremadura aportó a la vida nacional. Recientemente, en el admirable trabajo dado al público por el docto profesor de la Universidad Central don Luis Morales Oliver, está minuciosamente detallada toda la intervención que el gran escriturario tuvo, durante su larga estancia en los Países Bajos, en la política de aquellos Estados. Fué la suya la más acertada visión de aquellos problemas. No tuvo la fortuna de ser escuchado siempre, y casi nunca logró ser seguido. Una prueba de su acierto es que acaso ningún nombre ni reputación española de aquellos tiempos haya conservado el cariño y la admiración que todavía los hijos de esos países tributan al sabio escriturario de Fregenal.

Aprovechó el gran erudito su tiempo allí y en Italia para agregar, a todos sus abrumadores trabajos, el de poner los cimientos de la gran Biblioteca de El Escorial. Y acá, en España, también intervino en una de las más interesantes labores políticas que se realizaron entonces: la anexión de Portugal. Recuérdese la misión diplomática que llevó y desempeñó tan admirablemente en el 1579 cerca del Rey don Sebastián, que acaso fué el principal antecedente que tuvo, en el ánimo de Felipe II, la posterior decisión, ocurrido el desastre de Alcazarquivir; y que él, con el P. Chavez, tam-

bién extremeño, y Cascales, fueron los redactores del *Parecer* que en 13 de Abril se formuló en Guadalupe, decidiendo definitivamente la cuestión, en el terreno jurídico.

## V

No tuvo el gran orientalista la fortuna de que estas intervenciones suyas, en los sucesos mencionados, lograsen gran eficacia y perdurabilidad en el andar posterior de nuestra historia. En el primero, en la política de Flandes, sus consejos, intimaciones y advertencias, no fueron seguidos. La anexión de Portugal, en cuyos primeros pasos fué tan importante su intervención, tuvo una caducidad lamentable, por la falta de capacidad que los posteriores gobernantes mostraron para dar perdurabilidad al suceso. Pero hubiera sido muy distinto el porvenir de España, si ajenas culpas no hubieran malogrado el esfuerzo y acierto del grande hombre en uno y otro negocio. Sólo en la gran Biblioteca de El Escorial fructificó la gran semilla que el escriuario sembró, poniendo sus cimientos.



## CONFERENCIA XVI.

### I

**E**L tiempo de la Naturaleza y el tiempo de la Humanidad no suelen coincidir en el ritmo. El siglo xvi de España no acabó en el 1600, para la mayor parte de las manifestaciones de la vida española. En cambio, para algunas otras, su fin se había adelantado a esa fecha.

El poderío nacional entraba en el siglo todavía en pie; pero ya herido gravemente. La vida social y económica traían los estragos que las aventuras pasadas habían de producir necesariamente. Se despoblaba España para poblar otros países, y se empobrecía. Los gobernantes no estuvieron a la altura de las circunstancias. Creyeron, que imitar los antiguos procedimientos, sería repetir la historia. No tuvie-

ron en cuenta la esencial diversidad del momento. Pero es el caso que este espejismo se padeció en todas las esferas y ambientes. Se quería conservar la apariéncia, el empaque, de todas las anteriores prosperidades y hasta el de aquellas virtudes. Pero como nada existía ya, o iba desapareciendo a prisa, la vida resultaba llena de afectaciones, de ficciones, de hipocresías.

Todo esto al cabo había de contominar, había de extenderse al florecimiento mental; pero tardó algo en subir a sus alturas — ya lo hemos indicado — y hubo artes, como el teatro y la pintura, que tuvieron en esta centuria su verdadero plenilunio.

Ya indiqué la parte que tomó Extremadura en la creación del teatro nacional, representada por Diego Sánchez, Torres Naharro, Luis Miranda, Carvajal, Díaz Tanco y Romero de Cepeda. También intenté bosquejar, como pude, la significación del Divino Morales en el desarrollo de la gloriosa pintura española que, como el teatro, continuó su brillante florecimiento en el siglo XVII; pero este arte tuvo, en su desarrollo, una nueva manifestación. Al lado del idealismo místico, que con Morales había llegado a su más alto esplendor, se había quizá desarrollado el idealismo clásico, hijo del renacimiento, llegando con sus exageraciones a provocar las inmortales sátiras



de Velázquez con sus *Borrachos* y *Cíclopes*, y su enérgica campaña en pro del realismo.

Velázquez triunfó, en toda la línea, del idealismo pagano renaciente; pero el idealismo cristiano fué imposible que se resignara con la derrota; la *verdad* no podía hacer mella al arte cristiano, que es el arte de la Verdad más entera y firme. Zurbarán lo demostró recogiendo en su paleta todos los encantos de la realidad creada, para infundir en ella las más elevadas aspiraciones del ideal cristiano,

Estaba reservada a Extremadura la gloria de poner sobre las tendencias naturalistas las intuiciones espirituales, animando la verdad real de la materia con la verdad no menos real, de la idea.

El genio extremeño sigue manifestándose en Zurbarán indisciplinado, como él lo fué con la escuela naturalista, y místico en sus aspiraciones, aunque tome a la realidad como vehículo expresivo de sus concepciones ultraterrenas.

## II

Además del teatro y las artes del diseño, hubo otras manifestaciones estéticas y científicas, que prolongaron en el siglo xvii, la plenitud de su florecimiento. Téngase en cuenta

que hasta el año 16 de este siglo no murió Cervantes, que en él entraron, en plena juventud, Lope y Quevedo y Góngora, los Arguisolas, Saavedra Fajardo.

Hay en esa brillante proyección de las exuberancias del siglo XVI en el XVII una aportación de Extremadura escasamente popularizada, pero de un subido valor.

Nos referimos a Pedro de Valencia. Era éste un hombre de tanta penetración mental y de tan copiosa y sólida erudición, que, en cuantas esferas del saber cultivó, dejó sentir hondamente su benéfico influjo. Y fué al mismo tiempo tan modesto, que se limitó a influir, con sus orientaciones, cuanto de él se demandó, para contener las desviaciones que iniciaba la naciente decadencia, mediante informes, monografías y *discursos*, que hoy se llamarían *ensayos*. Pero fué tan poco celoso de su gloria y renombre que la mayoría de estos trabajos han quedado inéditos, y todavía no han visto la estampa.

La autoridad, el justo respeto que inspiraba su sabiduría era tan grande, que a él acudían para oír su parecer, desde el Rey y el Inquisidor general hasta el inspirado Góngora, cuando vió desplomarse sobre su innovación poética las implacables tempestades críticas de sus adversarios.

La voz de Pedro de Valencia se levantaba

siempre como el eco del buen sentido, de la serena penetración que señalaba con tino certero, la verdadera senda, ya comenzada a borrarse por los desvaríos del descenso. Pocas veces tuvo la fortuna de ser escuchado. Cuando lo fué logró evitar—hasta donde puede lograrlo un solo hombre, por autorizado que sea—el extrago a que conducían aquellos extravíos de opinión y de conducta. Tal ocurrió, por ejemplo, con la famosa cuestión de los plomos del Sacro Monte. Su autoridad y saber logró contener el paso a la superchería. Otro tanto pasó con su famoso *Discurso sobre las brujas y cosas tocantes a la magia*. Gracias a él, la burda superstición quedó confinada a la esfera de las despreciables vulgaridades. «En adelante—dice Menéndez y Pelayo—se formaron (por el Santo Oficio) pocas causas y de ninguna importancia, no se relajó a casi nadie por este crimen, no hubo autos particulares contra él». En los escritos de este grande hombre está el cuadro más exacto y minucioso de la vida social y económica del país en aquel momento. Además están en ellos, ya vistos y estudiados, los temas de estas materias con tan penetrante profundidad de pensamiento y tal acierto de visión que se adelanta a sus días y «nos parece», como dice Costa, «estar leyendo algunos de los socialistas templados de nuestra edad», porque «la estructura

de su sistema es, en lo general, la misma que ha causado estado en el pensamiento contemporáneo.»

Informa sobre la expulsión de los moriscos y es su dictamen el más político, el más humano y el más evangélico de todos cuantos se emitieron. Ni exterminio, como algunos proponían, ni evitar su propagación prohibiéndoles el matrimonio, ni deportarlos a países inhospitalarios donde se extinguiesen, ni prohibirles, a sangre y fuego, su religión, usos y costumbres, ni siquiera expulsarlos. Eran un peligro de la tranquilidad pública, es verdad. Él lo reconocía. Pero eran hijos de España y hombres acreedores a consideración y afecto. Había que procurar su cultura, su salvación espiritual, su asimilación a la población total de España. Bastaba con diseminarlos por la península, sin atacar de frente sus costumbres y sus usos, sino procurando que estos se perdieran, al contacto y con la asimilación de los usos nacionales. No se le escuchó. Pero fué la voz más humana, política y evangélica que se alzó en España. No tuvo mejor fortuna en los numerosos escritos que, sobre política interior y exterior escribió, siendo siempre el eco del buen sentido. Ya apuntamos la profundidad de su pensamiento en materias filosóficas. Es este entendimiento, sin duda alguna, uno de los más altos valores de la mentalidad

española en aquel momento en que ya iban siendo escasos los espíritus de este recio temple.

#### IV

Aunque en tal tiempo Extremadura no pueda ofrecer otro ejemplo de esta altura, no fué único. Hubo en aquella época dos mujeres que cultivaron la poesía lírica en diversas direcciones. Una es doña Catalina Clara de Guzmán que, hasta el presente se había considerado hermana del famoso don Lorenzo Ramírez de Prado. Fué otra, doña Luisa de Carvajal y Mendoza.

La primera cultivó la lírica profana con fecunda inspiración. La segunda la poesía mística con encendido fervor; aquel fervor que la llevó a ir a reñir las batallas de la fe en Inglaterra, con tal ardimiento que hubo quien la creyó un clérigo papista disfrazado de mujer. En otro lugar hablaremos con más detenimiento de estas dos mujeres singulares. Basta aquí su mención, como prueba de que no estuvo Extremadura ausente en aportación de valores literarios en aquella época en que tan escasos eran los de verdadero mérito, en relación con la anterior exuberancia.

En otras esferas y en inferior grado, también

aparecieron manifestaciones como el humanista Ramírez de Prado, el poeta Cristóbal de Mesa y el historiógrafo Tamayo de Salazar. Pero en este terreno, es muy superior a este el hasta hoy escasamente conocido, Solano de Figueroa, cuyas monografías, sobre todo la referente a la Historia eclesiástica de Badajoz, son, en estilo, plan y espíritu crítico, una verdadera excepción en la general decadencia de esta rama de la historiografía.

## CONFERENCIA XVII.

### I

**E**L cuadro de la vida española en el siglo XVIII ha sido repetida y minuciosamente descrito en todos sus aspectos y por tanto, es sobradamente conocido. Esto nos releva de invertir tiempo en esbozarlo. La influencia del poderío francés en toda Europa, había de manifestarse en España más intensamente que en ninguna otra nación, por dos razones decisivas. Una es el entronizamiento de la nueva dinastía. Otra, el descenso ruinoso a que había llegado nuestro vigor nacional. La eficiencia de estos dos motivos fué tan poderosa, que la fisonomía nacional, en todas las esferas de la vida, quedó casi borrada. Sin embargo, como la vida española no había des-

aparecido, apenas fué tomando vigor, por los nuevos cauces de su gobierno, las líneas fisonómicas pugnarón por acusarse y aparecer de nuevo. Este es el fenómeno más interesante, en el orden espiritual, que se realiza en el andar de esta centuria; la contienda se libra en el campo literario más que en ninguna otra esfera; por eso hemos de circunscribir a ese terreno nuestra atención.

## II

No tardaron en aparecer paladines de la causa española en el campo de las letras. Entre otros muchos, con diversa fortuna y acierto, señaláronse como esforzados paladines del espíritu nacional el P. Ceballos, Piquer y sobre todo el indomable Fr. Diego de Cádiz.

Pero es esta una empresa tan conforme, tan apropósito para la manifestación de las facultades y aptitudes intelectuales y morales de Extremadura, que no podía esta región menos de tomar parte en aquella obra en todas sus manifestaciones; y parte por cierto gloriosa y decisiva como personificada, en primer término y sobre todo, en la grande y simpática figura de Forner, quizá la más genuina encarnación de las aspiraciones y esfuerzos de esta deno-



dada falange, y la más propia y franca expresión de este espíritu y tendencia.

Vino Forner a la arena del combate, no a dogmatizar ni a enseñar de una manera mera y simplemente teorizante, sino a reñir crudas batallas con la turba invasora.

¡Qué hermoso campo de combate para las batalladoras facultades de Forner! ¡Con qué bravura acomete el denodado emeritense la heroica empresa de resucitar la vieja España utilizando la fuerza incontrastable que le presta en la polémica su sólida y nutridísima erudición, y las terribles armas que le da su penetrante ingenio para esgrimir la sátira, haciendo huir medrosamente ante sus arrogantes y sabrosísimas diatribas a toda aquella pléyade afeminada de insoportables pedantes que habían creído encontrar la última palabra de la sabiduría en las «Cartas Persas» de Montesquieu, en las burlas de Voltaire, o en las doctrinas de Condorcet!, ¡con qué simpática vehemencia se burla de aquel siglo presuntuoso y vano, digno de los más severos calificativos aplicables a toda degeneración y decadencia, más bien que de los pomposos títulos con que él mismo se adornaba! Parecía, en una palabra, la concreción más perfecta del genio extremeño, no sólo en la acometividad contra el medio ambiente que le rodeaba, sino hasta en su característica indisciplina que le llevó a no

figurar jamás en ninguna escuela, en su repugnancia constante a eso de *atarse servilmente a las reglas*.

Sus «Exequias de la lengua castellana», su «Discurso sobre el modo de escribir y mejorar la historia de España», y sus «Discursos filosóficos sobre el Hombre», lo revelan como la inteligencia más atrevida y denodada de su tiempo, apareciendo como un filósofo completo a la usanza española, despreciador arrogante de las ideas consagradas por el buen tono de su siglo, e innovador atrevido en apreciaciones históricas y en sus conceptos luminosos y fecundos de la historiografía.

En todo dejaba la honda huella de su originalidad y de su españolismo y al mismo tiempo de su sólido y nutrido bagaje de cultura. Pero donde todo esto tuvo mayor resonancia y más fecundas derivaciones es en la famosa «Oración Apologética por España y su mérito literario». El ultraje con que Mr. Masson coronó la leyenda negra que durante siglo y medio venía urdiéndose contra España en Europa, había tenido en la Academia de Ciencias de Berlín una rectificación más generosa que concluyente y documentada. Forner acudió solícito a suplir las deficiencias. En la obra referida se levanta por primera vez, con pertrechos de sólida y erudita documentación, la bandera de la justicia. Por primera vez se hi-

zo un recuento de los merecimientos mentales de la nación para iniciar el camino contra los difamadores de la nación española. En esa «Oración Apologética» está el primer brote, el gérmen de la labor que Menéndez y Pelayo coronará con «La Ciencia Española» desvaneciendo el favor que llegó a alcanzar, aun en la misma España, el prestigio de la leyenda.

Lástima que la muerte sañera tan pronto una vida que tan fecunda pudo ser para las letras, y lástima también que la empleara tan pródigamente en menudas escaramuzas, donde se pueden apreciar mejor las incomparables armas de su erudición e ingenio que recoger los abundantes y saneados frutos que pudieron producir sus pasmosas facultades.

### III

Parece mentira que, perteneciendo al mismo ejército, batiéndose por la misma causa y suspirando con idénticos anhelos de españolismo, se acometieran tan rudamente, en la arena literaria, Forner y Huerta, el ilustre hijo de Zafra, corazón genuinamente extremeño y como tal, indisciplinado con el ambiente académico francés. No tenía éste la erudición inmensa de Forner, ni mucho más de una mediana instrucción literaria. Y fué su triunfo definitivo,

el que alcanzó con su *Raquel* en el teatro. Habían sido inútiles todos los esfuerzos realizados por la docta hueste de los ingenios sumisos a Boileau, para atraer el entusiasmo popular hacia sus «clásicas» creaciones. No bastó, ni la estratagema famosa de crear el teatro de *Los Sitios*, ni todas las maniobras a que se acudió para enfriar el entusiasmo popular por el teatro del gran tiempo. El público seguía entusiasmándose con las *bárbaras*, creaciones de Lope y de Calderón, mientras las tragedias «clásicas» seguían siendo objeto de mútuos elogios entre los eruditos, sin que el pueblo sintiera por ellas el menor asomo de emoción. Fué la *Raquel*, de Huerta, la única obra que constituyó, en todo el siglo, un acontecimiento teatral, tan popular y entusiasta, que sus versos iniciales eran sabidos y repetidos aun por los más indoctos. Hasta nuestros días ha trascendido la popular resonancia del famoso verso:

«Toda júbilo es hoy la gran Toledo»

con que comienza la tragedia.

Ya subrayamos antes este singular fenómeno de que el genio de Extremadura, tan poderosamente influyente en los primeros pasos del teatro anterior a Lope de Vega, no volviera a intervenir en las andanzas de ese arte en las épocas de su pleno auge y desarro-

llo. En cambio se da el caso, también curioso y singular, de que, cuando llega este momento de atonía creadora en el teatro nacional—acaso por la losa esterilizadora, que sobre él pesaba, del preceptismo francés, tan poco compatible con la originalidad nacional—es el genio extremeño el único que lanza un atendi-ble grito de rebeldía y obtiene el triunfo. Y eso que la supersticiosa sumisión a la cos-tumbre imperante era tan grande que, en la externa vestidura, en las famosas *unidades*, ni aun este rebelde esfuerzo se atrevió a extra-limitarse. Pero acudió a las fuentes y motivos de la inspiración dramática que creó nuestro teatro y el pueblo la recibió con el entusiasmo que le produjo siempre.

En esto estuvo su único triunfo—lo repeti-mos—en esto y en la tendencia inspiradora de sus diatribas en la polémica. Pero su escasez de bagaje erudito le impidió librarse de incon-secuencias y absurdos que lo dejaron expues-to a las iras de sus adversarios. Ni siquiera conocía bien la causa que defendía. En su cie-ga animadversión a los del campo enemigo, se arrancaba con furia contra ellos, aunque de paso atropellase, a veces los más altos tim-bres de la causa que defendía. Esta fué la ra-zón de que se enfrentase con Forner, y de que éste, paladín de la misma causa, pero con un gran arsenal de erudición, y tanta acometivi-

dad como él, lo dejara siempre mal parado en la contienda crítica. Sólo en el terreno de la producción artística fué invulnerable, porque contra la excelencia de su obra, los esfuerzos de la erudición, del ingenio y de la malquerencia, fueron inútiles para entibiar el entusiasmo que en el público suscitaba su inspiración.

#### IV

No fueron estas las únicas aportaciones que Extremadura ofreció a la vida intelectual. Figuró también en la literatura y en la jurisprudencia de aquel siglo, entre las más altas reputaciones, don Juan Meléndez Valdés. Leyendo la labor literaria de este escritor causa cierta sorpresa la popularidad — extendida, unánime y entusiasta — que disfrutó. El tiempo, al cribar los méritos de este poeta, ha moderado aquel entusiasmo reduciéndolo a discretos límites. Pero también ha encontrado, en el fondo estético de aquella labor, motivos de admiración que entonces pasaron inadvertidos. Está, en la inspiración de este poeta, presentido acaso con más intensidad que en ninguna de las manifestaciones artísticas de su tiempo, el próximo amanecer del romanticismo. Además está muy por encima del mérito de poeta que tantas celebraciones obtuvo en este escritor,

el de orador forense y jurisconsulto admirable. No ha sido, en este aspecto, estudiado Meléndez Valdés, como lo requieren sus merecimientos.

En escala inferior, y sobre algunos otros que no merecen gran estima, dió Extremadura a las letras patrias dos escritores que no dejan de ser acreedores a cierta consideración. Fueron dos clérigos modestos, cuya vida retirada tuvo muchos puntos de semejanza, aunque no lo tengan sus respectivas orientaciones literarias.

Fué uno don Francisco Patricio Berguiras, nacido en un pequeño pueblecito escondido en los valles abruptos aledaños de Jerez de los Caballeros. Era un hombre modesto, oscuro, retraído. Pero su cultura, su erudición, sobre todo en materias filológicas, fué tanta que no bastó su humildad para ocultarlas, y lo hicieron académico y bibliotecario de Palacio. Ni esto hubiera bastado para que nos dejase prueba alguna, en obra propia, de su saber, si la «*felix culpa*» de los indiscretos amigos a quienes leyó y dió copia de las traducciones que había hecho de Píndaro, no hubiera dado lugar a que, temiendo verlas deformadas, se decidiera a publicarlas. Las publicó, en efecto, con el texto griego al lado. Es la primera traducción completa, directa del griego, que se ha hecho del gran lírico. Es también la más

fiel, aunque no sea la más inspirada. Además va precedida de un prólogo en que se manifiesta el hondo conocimiento que este gran escritor tenía de las lenguas y literaturas orientales y de la griega y romana. Y en él expone un concepto del «clasicismo», y de la interpretación que debe darse al magisterio de los griegos, enteramente diverso del que se profesaba en su tiempo, y dotado de un hondo sentido estético y filosófico no sospechado siquiera por el casuismo externo, superficial a que reducían los maestros de entonces toda la virtud de la imitación helénica.

## V

Muy distinta es la orientación que tienen las aptitudes literarias del otro clérigo extremeño que hemos mencionado. Era también hombre retraído. Aunque de distinguido origen—su hermano figuraba en la alta servidumbre de Palacio—él hacía una vida retirada y austera. Ni los ofrecimientos de altos cargos eclesiásticos que le brindó Godoy, lograron arrancarle de su amado quartito en el Convento de Recogidas, de la calle de Hortalezas. Este retiro y el campo, y la tertulia con escasos amigos íntimos, eran sus delicias. Sin embargo, era muy estimado por los más eminentes lite-



ratos de su tiempo. «Salicio» era su nombre de guerra en aquella república de *arcades* que constituían los amadores y cultivadores del gay saber. Moratín lo tiene en gran estima. Escribe muchos versos. Rara vez alcanza en ellos entonaciones de melodioso y levantado lirismo. Es, en general, escabrosamente prosaico. Pero es un minucioso observador. Es un infatigable coleccionador de detalles, de pormenores curiosos, de significativos matices de los hombres, de la vida y de las cosas. En el *Observatorio rústico* muestra su entusiasmo por la vida del campo; pero no la canta con el bucolismo nemoroso de aquel tiempo, sino que la detalla con paciente y merosa exactitud, sin omitir pormenor alguno de cuanto observa en el paisaje, en las cosas y en los hombres. En los *Elogios poéticos* hace un diseño exacto de la psicología de los pueblos españoles. Podrá discutírsele estro poético, pero no aguda penetración y acierto para delinear los rasgos fisonómicos que caracterizan la respectiva psicología de cada región española. Y en todo pone siempre la acidez de la ironía para todos los defectos, con implacable severidad y desnuda franqueza; ni aún el acendrado amor a su Extremadura, cuya fecundidad en producir grandes ingenios pondera hasta la exageración, ni esta entusiasta dilección — repetimos — le impide flagelar su negli-

gencia y pereza con calificativo tan duro que se hizo proverbial.

A sus aciertos de observación, a su originalidad para sentir y describir la vida, más que a la elevación de su estilo poético, obedeció; sin duda, el predicamento que disfrutó entre los literatos de su tiempo, que lo consideraron siempre como uno de los valores estimables con que contaban.

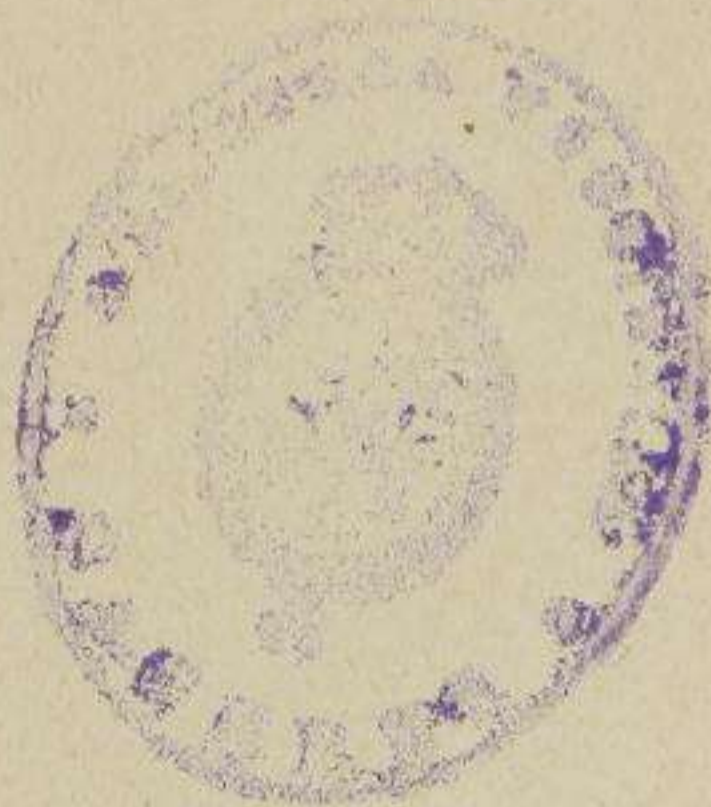
## VI

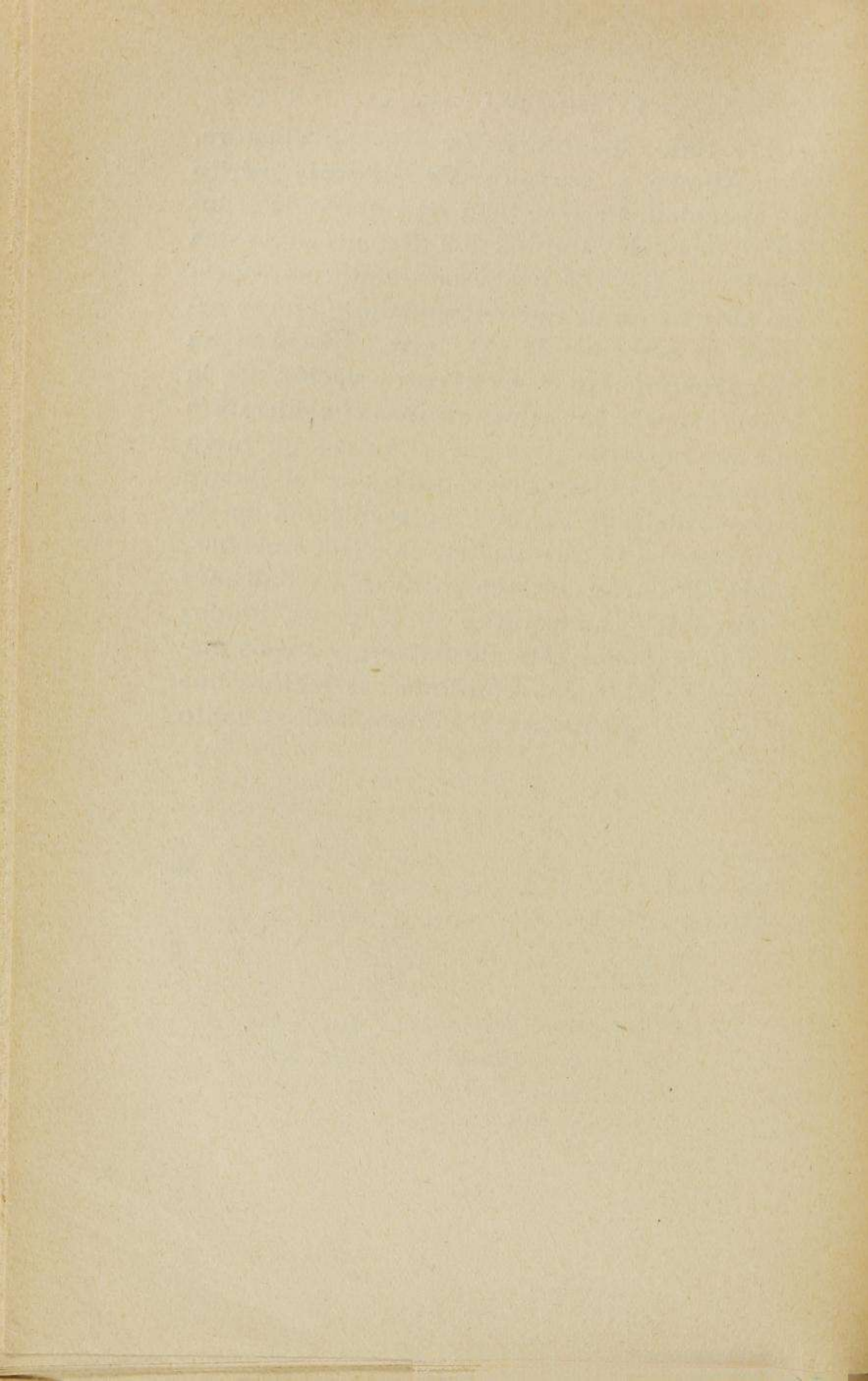
Hubo, en Extremadura, una manifestación estética de relativa consideración, teniendo en cuenta la decadencia lamentable a que llegó en España el arte pictórico, desde los últimos florecimientos de este arte en la Escuela de Madrid con los Martínez del Mazo, Carreño y Claudio Coello, hasta la aparición de Goya en los finales de aquel siglo.

Dos familias de pintores hubo en Badajoz, los Mures y los Estrada, cuyas obras pueden figurar entre lo más considerable que este arte produjo en España durante todo ese período de decadencia.

No es fácil determinar concretamente y con entera seguridad la atribución de las obras estimables que, de una y otra familia de pintores, se conservan, a cada uno de los artistas,

sobre todo, los Mures que fueron el padre, don Alonso, y tres hijos, de diferente mérito y capacidad. Pero se tiene en cambio, la seguridad de cuales son los que pertenecen a estas familias y con ello basta para confirmar nuestra afirmación de que Extremadura, en ese período de descenso de este arte, aportó a su desenvolvimiento y a la conservación de la buena escuela, los esfuerzos más considerables que se realizaron para que el ocaso no fuera completo. El magnífico estudio que el ilustre pintor Adelardo Covarsí ha publicado, en la «Revista del Centro de Estudios Extremeños», sobre las obras de estos pintores y el alcance estético de sus aptitudes y esfuerzos, confirman plenamente esta afirmación, y a esos merítísimos trabajos remitimos al lector que quiera ver plenamente comprobado cuanto decimos.





## CONFERENCIA XVIII.

### I

CAMPO estrecho resultan las concisas páginas de este libro para hacer el estudio que al siglo XIX corresponde, desde el punto de vista que me he propuesto estudiar a Extremadura.

Profundas crisis y prolongadas luchas se han desarrollado en la centuria que acaba de pasar, cuya fecundidad es un problema aún por resolver. Está aún caldeado el palenque y levantadas todavía las armas para reñir quién sabe si la última contienda; en estas condiciones el estudio de tales acontecimientos sale de la norma a que me he propuesto ajustar este trabajo, porque desde luego declaré mi propósito de reducir mis observaciones a hechos indiscutibles y perfectamente comprobados, lo

cual, si bien ocurre con muchos de los acontecidos en el siglo XIX, en cuanto a su realidad material, no ocurre lo mismo con ninguno respecto a sus consecuencias, cuya bondad o maldad aprecian de opuesta manera los ejércitos contendientes.

No quiere decir esto que yo crea imposible ni absurdo formular juicios acerca de la eficacia y virtualidad de los acontecimientos ocurridos en el siglo último, ni que yo no lo haya formado; sino pura y sencillamente que no quiero usar, en favor de mi tesis, argumentos discutibles, por fuertes y robustos que sean, para vencer en la discusión.

Creo, por el contrario, sobrada materia para un libro mayor, y de más copiosa doctrina que el presente, el estudio de que es susceptible la misión que realiza Extremadura en la historia de España del siglo XIX; pero no es posible exponerla sin discutir larga y cumplidamente la apreciación que merecen los hechos, y sin emplear serio y pacientísimo trabajo en dilucidar tantos vulgares tópicos como han sido autorizados (en fuerza de ser repetidos), hasta por los hombres más graves y avisados.

## II

El único acontecimiento no discutible es la

guerra de la Independencia, que aparece como un hermoso despertar del sentimiento patrio y del espíritu español, adormecido y enervado por más de siglo y medio de influencias exóticas, y sobre todo por aquel lamentable siglo XVIII, que a cambio de un poco de bienestar material, naturalizó en España un absolutismo jamás conocido por este pueblo, para lo que necesitó devastar el hermoso plantel de las instituciones tradicionales, llevándose por delante, con nuestras antiguas libertades, la más enérgica manifestación de nuestro espíritu nacional.

Y si es verdad que el primer canto de este maravilloso poema lo compuso la heroicidad del pueblo madrileño, también lo es, que la primera región, a donde llega el valeroso toque de rebato que da el famoso alcalde de Móstoles con su proclama, es Extremadura y la primera que se pone en armas al mando de su tan heroico como infortunado general el conde de la Torre del Fresno (K).

Lo que después hizo Extremadura en esta contienda no cabe, ni sumariamente descrito, en el reducido espacio de estas páginas. Por fortuna, el sapientísimo e infatigable investigador don Román Gómez Villafranca ha hecho una magna labor sobre este punto en su laureado libro *Extremadura en la Guerra de la Independencia* y el erudito y brillante

literato don Jesús Rincón y Giménez, ha completado la investigación en hermosas monografías, como *El Clero extremeño en la Guerra de la Independencia*, *El Regañón*, *Periódicos y Periodistas extremeños durante la Guerra de la Independencia* y otros referentes a aquellos aciagos días, en los cuales, a una escurpulosa y nutrida selección y crítica de documentos, une el distinguido escritor una amenidad y elegancia de exposición que cautivan al lector como la más amena y deleitosa obra literaria.

### III

Otro acontecimiento trascendental, aunque no tan indiscutido como la gran epopeya de la Independencia, fué la crisis política que se operó en las Cortes de Cádiz, iniciando las inquietudes que agitaron el espíritu nacional durante todo el siglo XIX.

La intervención de los extremeños en ese trascendental suceso también está estudiada por el señor Gómez Villafranca en su erudita monografía sobre *Los extremeños en las Cortes de Cádiz*, y por el señor Rincón y Giménez en las monografías apuntadas y otras que en breve verán la luz pública.

Para nuestro objeto, bástanos consignar



aquí que en aquel suceso dió Extremadura las dos notas culminantes en cuanto a las orientaciones ideológicas que allí se manifestaron: la defensa de la tradición y la de la evolución hacia el régimen constitucional. El Obispo de Orense, Quevedo y Quintano, era hijo de Extremadura, como lo era también Muñoz Torreros, el verbo y director del espíritu constitucional en las Cortes.

También fué de Extremadura, aunque no diputado, sino sólo bibliotecario de las Cortes, el autor de los más radicales e indisciplinados gritos que en aquel momento surgieron, iniciando las orientaciones revolucionarias de extrema izquierda, que habían de ser la levadura de todos los movimientos y alteraciones que se extienden a lo largo de esa centuria. Nos referimos al intemperante e infatigable polemista Bartolomé José Gallardo.

No es aventurado afirmar que, en ese acontecimiento germinador de toda la inquietud política del siglo XIX en España, fueran de Extremadura las notas agudas que habían de marcar las orientaciones matrices de toda la política posterior.

Tanto respecto de Quevedo y Quintano, como acerca de Muñoz Torreros, el mencionado escritor Rincón y Giménez ha publicado recientemente monografías que delinean del modo más acabado y completo que hasta el

presente se ha hecho, las interesantes personalidades de estos dos grandes caracteres y el alcance de su obra.

#### IV

En otros aspectos de la vida nacional y en el subsiguiente andar del siglo, no ha sido Extremadura estéril en aportación de colaboraciones interesantes.

La labor de Gallardo no se limitó a las turbulentas, y a veces incoherentes, intervenciones sediciosas en las revueltas de aquellos días aciagos. Hay en su haber una obra de altos merecimientos, que culminará siempre, entre los más preciados servicios que ha recibido la erudición española. Esta no tenía más pasos dados, en cuanto a catalogación y recuento de la labor literaria española, que los meritísimos, pero sumarios, aportados por Nicolás Antonio, Tomás Antonio Sánchez, y las no muy amplias ni acertadas tentativas de Moratín, reducidas éstas al Teatro.

La labor ciclopea de Bartolomé José Gallardo, perdida en su mayor parte en las turbulencias de su vida, oculta aún, por falta de ordenación y estudio, que él no pudo hacer en la inquietud que le agitó siempre, es la cuna de la magna obra investigadora que realizó

el siglo XIX, culminando en Menéndez y Pelayo.

Todavía no ha envejecido el *Ensayo de una Biblioteca de libros raros y curiosos* que Sancho Bayón y Zarco del Valle hicieron, coleccionando una parte de la inmensidad de papeletas legadas por el gran erudito.

## V

Más adelante, cuando el pensamiento español se hace oír en Europa, al lado de Balmes, se cuenta con Donoso Cortés como uno de los valores mentales que dan fe de vida a la mentalidad española, en la vida espiritual de Europa. Y en aquel movimiento filosófico, en plano inferior, figuran también Gabino Tejado y Moreno Nieto, como propugnadores y divulgadores de orientaciones ideológicas diversas.

Hay entre los hacendistas de ese siglo una figura de tanto relieve como Bravo Murillo, y no faltan en la Literatura algunos nombres estimables, aunque de relieve inferior a los que suelen alcanzar los espíritus de esta raza en aquellas esferas que se adaptan más a sus aptitudes naturales.

Fué la lírica y el teatro el campo de más fecundo y atronador florecimiento en ese siglo. Ni en uno ni en otro puede ofrecer Extrema-

dura aportaciones del relieve que las presenta en la crítica con Gallardo y en la filosofía y sociología con Donoso, Bravo Murillo, Tejado y Moreno Nieto. En el teatro se reduce su más considerable aportación a Adelardo López de Ayala, y en la lírica a Carolina Coronado, y en el teatro lírico que tuvo sus días de gloria, por aquel tiempo, fué Cristóbal Oudrid la única aportación de Extremadura.

## VI

Terminamos estas páginas repitiendo la afirmación inicial. No fué una mera casualidad la aportación preeminente que dió Extremadura a la obra de España en América. En la sucinta revisión que hemos practicado, ha podido verse comprobado que Extremadura jamás, en el andar de la historia de España, ha estado ausente, ni ha dejado de aportar intervenciones interesantes en todos los grandes momentos de la vida nacional. El grado de interés, de intensidad y, por tanto, de valor de estas intervenciones, ha estado siempre en relación con la congruencia que cada uno de los momentos históricos han tenido con la fisonomía y constitución espiritual de la raza.

Ninguno engranó tanto—ya lo demostramos—como la epopeya americana, y por eso

en ella se hizo más ostensible. Pero en todos los demás apareció siempre con el mismo vigor y con la misma acentuación fisonómica y temperamental.



# APÉNDICES

## A (PÁG. 28)

Tito Libio confirma elocuentemente esta apreciación hecha por nosotros, al dar cuenta del último desastre, sufrido por los caudillos celtíberos del modo siguiente: «Arrojados de sus campamentos los españoles, o mejor dicho, esparcidos primero por los campos los fugitivos de la batalla, volvieron luego a sus ciudades. Entonces fueron llamados por Mandonio a la asamblea y allí *después de recriminar a los autores de la guerra*, lamentan sus desastres y determinan enviar legados para entregar las armas y hacer la rendición. A estos legados, que al entregar las armas y rendirse, atribuyeron la culpa a Indivil y a la mayor parte de los autores de la guerra que habían muerto en el campo de batalla, se les respondió: Que solamente se les admitiría en capitulación, si entregaban vivos a Mandonio y los demás promovedores de la guerra: de lo contrario entrarían los ejércitos en los campos de los ilergetes ausetanos y demás pueblos sucesivamente. Esto se dijo a los legados y

se dió a conocer en la asamblea. Allí mismo fueron Mandonio y los demás jefes entregados al suplicio.» (1).

Por donde vemos bien claro que, en esta ocasión, es la asamblea entera y no solo unos cuantos traidores, los que entregan al suplicio a los jefes supervivientes.

Es lástima, por muchos conceptos, que se haya perdido una gran parte de la obra de este historiador romano; pero, aunque no sea más que por el extracto de los capítulos perdidos, que nos ha conservado Floro, podemos apreciar de qué modo tan distinto estiman los españoles la obra de Viriato.

Dice el extracto de Floro: «Viriato fué asesinado por unos traidores a instancias de Servilio. Cepión, y aquel hombre y general insigne que peleó durante catorce años con los romanos, casi siempre ventajosamente, fué llorado con amargura y enterrado con grandes honores por su ejército (2).

(1) Pulsi castris Hispani. aut qui ex praelio efugerant, sparsi primo per agros, deinde in suas civitates redierunt. Tum a Mandonio evocati in concilium conquestique ibi clades suas, increpitisque auctoribus belli, legatos mittendos ad arma tradenda dedicionemque faciendam censuerunt. Quibus culpam in auctores belli, Indibilem caeterosque principes quorum plerique in acie cecidissent conferentibus tradentibusque arma et deditibus sese responsum est: In deditioem ita accipi eos, si Mandonium caeterosque belli concitatores tradidissent vivos; sin minus exercitus se in agrum ilergetum ausetanorumque, et deinceps aliorum populorum ducturos. Haec dicta legistis renunciataque in concilium. Ibi Mandonius caeterique principes, comprehensi traditi ad suplicium. (Titi Livii Patavini. — Tib. XXIX, pág. 193. — Hamsterdami, año 1635.)

(2) Viriatus a proditoribus consilio Servilii Caepionis interemptus est, et ab exercitu ejus multum comploratus ac nobilissime tumultatus vir duxque maximus per quatuordecim annos quibus cum romanis gessit bellum frequencius superius. (L. Floro B. Tit. Liv. Pat. Libros qui desiderantur.)



El fracaso aquí no irrita a los españoles contra el caudillo; por el contrario, los traidores son execrados y el caudillo jamás recriminado—como Indivil después de muerto y Mandonio en vida—es colmado de honores hasta en su cadáver.

Todavía es más explícito Apiano que describe: «Y así quemaron en una pira muy alta el cuerpo de Viriato envuelto en magníficos vestidos y después de sacrificar muchas víctimas, tanto los soldados de a pie como los de a caballo, armados maniobraban por compañías en un círculo, tributando a la usanza bárbara las alabanzas de Viriato; y no se apartaron de la hoguera mientras el fuego no se extinguió por completo... Tanto dolor dejó Viriato, varón insigne entre los primeros por sus condiciones de general, entre todos los bárbaros, etc.» (1)

### B (PÁG. 28)

No soy yo, por cierto, el primero ni el único en juzgar con el carácter expuesto la rebelión de Viriato. Floro, más cercano a los hechos que nosotros, expone este mismo pensamiento con más elocuencia y claridad en los términos siguientes:

«...insurreccionó a los lusitanos Viriato, hombre de la más aguda sagacidad, que haciéndose de cazador ladrón y de ladrón jefe y general, y, si la fortuna lo hubiera permitido, *Rómulo de España, no satisfecho con*

(1) Itaque corpus Viriathi magnificentissimis intratum vestibus in altissima pyra cremaverunt caessisque multis hostiis, cum pedites tum equites, armati turmatim in orbem decurrentes, barbarico modo laudes celebrant... Tantum sui desiderium reliquit Viriathus, vir ut inter barbaros, imperatoris virtutibus in primis insignis, etcétera. (Ap. De R. Hisp.)

*defender la libertad de los suyos*, devastó por espacio de catorce años (1) a hierro y fuego, todo a ambos lados del Ebro y del Tajo.» (2)

Como se ve, el testimonio no puede ser más elocuente, tanto en favor del extenso radio de acción de las guerras viriáticas, como respecto a la significación de esta campaña en el camino del desarrollo nacional.

Muchos más testimonios podrían citarse, pero hacemos gracia de ellos en nuestros lectores por no recargar este trabajo de citas que, después de todo, no son necesarias sobre asunto tan conocido y obvio.

Tampoco he de detenerme a discutir el punto preciso del nacimiento de Viriato, problema a mi entender, enteramente irresoluble, mientras no aparezcan más textos clásicos que los hoy disponibles para dilucidar esta cuestión.

A mi propósito basta el testimonio unánime de que era lusitano, y el de que su acción no se limitó a la Lusitania, (aunque haya dos, la céltica y celtibérica) puesto que hay evidentes testimonios de que estuvo del lado de allá del Ebro y también anduvo por lo que hoy se llama provincia de Huelva.

Un folleto publicado por el catedrático que fué de Badajoz, señor Arenas, intenta probar que Viriato nació, vivió y murió en la propia Guadalajara o poco menos, la cual provincia es patria del señor Arenas; y para pro-

(1) Apiano y otros le dan a esta guerra una duración de ocho años, pero la mayor parte es de la opinión de Floro.

(2) ...Viriathus lusitanos erexit, vir calliditatis acerrimae: qui ex venatore latro, ex latrone dux atque imperator, et, si fortuna cesiset, *Romulus Hispaniae*, non contentus libertatem suorum defendere, per quatuordecim annos, *omnia citra ultraque Iberum et Tagum igni ferroque populatus*. (Fl. Ep. R. R.—Lib. II—XVII. Res in Hispaniae gestae.)

barlo trata de interpretar en tal sentido los textos latinos.

No obstante, a pesar de su decidido propósito de demostrar que la patria y principal campo de acción de Viriato fué la Alcarria, confiesa que Lúculo, según todos los historiadores romanos, asesina cruelmente a los habitantes de Cauca (Coca), ciudad situada, según el itinerario de Antonino, 20 millas antes de Segovia yendo de Mérida a Zaragoza, y que las perfidias infames de Galba, tuvieron por víctimas a los lusitanos de la *parte de acá* del Tajo, según Eutropio, Orosio, etc., aunque esta frase «de la parte de acá» la interpreta el señor Arenas diciendo que se refiere a las fuentes del Tajo, fundándose en que todos hablan refiriéndose a Roma, interpretación originalísima, según la cual, cuando los romanos digan *de la parte de allá* debemos creer que se refieren a la parte de allá de la desembocadura, dado que, por lo visto, los romanos, hablando desde Roma, toman el Tajo a lo largo, en opinión del señor Arenas.

Pero lo cierto es que Coca está 29 millas antes de Segovia, yendo desde Extremadura a Zaragoza; Galba comete sus tropelías en los lusitanos de la orilla derecha del Tajo, y después, inmediatamente, se apodera de Carmena, población que el mismo Sr. Arenas confiesa encontrarse entre *Molina* (1), Cáceres y Badajoz, luego las tropelías, suscitadoras de la rebelión lusitana, capitaneada e iniciada por Viriato, se verificaron en los límites norte y oriente de la actual Extremadura y no es fácil, por tanto, que estos rebeldes fueran a la Alcarria o a Teruel o Molina en busca de caudillo, ni mucho menos que viniera de allá a desfacer agravios que no había presenciado, y seguramente tardaría mucho en conocer un celtíbero del extremo oriental de la Celtiberia; aparte de

(1) En lugar de Molina podía haber puesto Barcelona o Valencia o la misma Roma y también era verdad.

que, los mismos historiadores latinos dicen bien claro que Viriato era uno de los milagrosamente escapados de las feroces matanzas de los pretores, cuyo teatro, ni aún con la originalísima interpretación de la frase *citra* ideada por el Sr. Arenas, nos deja llevar a las fuentes del Tajo, la indudable situación de Cauca y Carmena.

Por otra parte, el que haya una Lusitania celtibérica y el que Viriato fuera celtíbero nada prueba en favor del aserto que se propone confirmar con su trabajo el citado catedrático, porque el ser ibero o celtíbero no se opone a ser lusitano, sabiendo todo el mundo que en la parte sur de la Lusitania había turdetanos, indiscutiblemente iberos, y en el centro había celtíberos, y en el norte y oeste celtas, llamándose todos ellos lusitanos en los textos latinos, porque estaban en la extensa comarca denominada por los romanos Lusitania, denominación geográfica y no etnológica.

Nace, por tanto, este movimiento en los límites orientales de la alta Extremadura actual y lo que se prueba con la gran suma de textos que aporta el Sr. Arenas, y otros muchos que aún pueden aducirse, es nuestra afirmación de que, si bien el movimiento nació en Lusitania, su acción ni se limitó a esta comarca, puesto que lo vemos combatir en el lado de allá del Ebro, *citra ultraque iberum*, como dice Floro, ni su ejército y coadyuvadores son únicamente sus comarcanos y contributos, pues bien claro lo dice Apiano: Quo assequutus est (quod difficillimum factum est ac nescio an ali duci unquam contigerit) ut quum exercitum haberet ex *diversis* gentibus confectum, tamen annis octo, quibus bellum gessit, nulla seditio in ejus castris orta sit, etc. — Con lo cual consiguió (lo que se hizo difícilísimo, y no sé que le haya acontecido jamás a otro general) que teniendo su ejército formado de *diversas razas* (1), sin embargo, en los ocho

(1) La palabra *gens*, en este caso, creo interpretarla

años durante los cuales sostuvo la guerra, no nació en sus campamentos ninguna sedición.

### C (PÁG. 32)

Las behetrias y castros de los celtíberos y celtas no pueden llamarse ciudades ni villas en el moderno sentido de la palabra. Estos castros, cuya abundancia en Galicia, según Villamil, es tanta, que hay comarcas donde casi se cuenta uno por parroquia; era un recinto cercado de una altura de 15 a 16 metros y con superficie suficiente para vivaquear unos 800 a 1.000 hombres, donde se encontraba el santuario en que se adoraban los lares de la gens y se guardaba el fuego sagrado, se celebraban las asambleas y se depositaban el grano y se encontraba la vivienda del jefe a quien Tito Livio llama con frecuencia *princeps*; alrededor de este recinto se derramaban por el llano las familias todas, descendientes del común antepasado, de quien directamente descendía el jefe; y tanto amor tenían los españoles a este género de vida, que dice, con razón, don Federico de Castro:

«Fué precisa la mano de hierro de Roma, que los arrancó de sus guaridas, obligándolos a vivir en ciudades para obtener una aparente sumisión de los astures, cántabros y gallegos» (1) de acuerdo en un todo con lo que dice Floro hablando del mismo asunto: *Ipse (Caesar Augustus), praesens hos (cántabros et astures) deduxit*

bien en el sentido de *razas*, puesto que ni puede significar la gens de los romanos, ni la nación; o, si es este su sentido, indudablemente, tratándose de *naciones españolas*, esta palabra es sinónima de raza en aquel tiempo.

(1) Hist. crit. de Esp. — T. I. pág. 172.

*montibus: hos obsidibus astrinxit: hos sub corona jure venumdedit* (1).

### D (PÁG. 34)

Son tantos y tan autorizados los testimonios que corroboran la afirmación sentada respecto de la superioridad de Mérida sobre las demás poblaciones españolas, bajo la dominación romana, que su negación apenas merece ser discutida seriamente.

Pero es curioso este raro fenómeno de la escasa fortuna que Extremadura suele tener con críticos e investigadores, para lograr que sean debidamente valorados sus merecimientos ni aún reconocidas sus andanzas auténticas. Un día se le niega que Badajoz haya tenido obispos anteriores al siglo XIII, otro se rebate que Mérida fuera la corte de San Hermenegildo, aunque lo digan tan claramente los únicos autores contemporáneos que hablan del asunto... Hay casos tan curiosos, en este sentido, en que hasta se ha discutido si sería verdaderamente para los emeritenses la carta de Ludovico Pío que hemos insertado en el texto a pesar de decir tan claramente que está dirigido *ad emeritanos*. Pero bastó que en la edición de Bouquet, se dijese *ad caesarangustanos*, previniendo al pie que donde dice *emeritanos* se lea *caesarangustanos*, sin dar el tal editor la más mínima noticia de la razón que tiene para esto, para que el padre Flórez se encargase de aportársela, diciendo: «la verdad es que Mérida dista mucho de los Estados de Ludovico Pío, como si le quedase algún resquemor de tener que dejarle dedicado, sin contienda, un documento de aquella trascendencia a Mérida, sin dejarle alguna espe-

(1) Fl. Ep. R. R. Lib. IV. — XII *Bella adversus gentes esteras*.

ranza de apropiárselo a Zaragoza, puesto que, contra la infundada sustitución del editor que el mismo sabio agustino se encarga de fundamentar, ya que aquel no había sabido hacerlo, sin duda porque se lo impedía la claridad de las letras del manuscrito, no opone el padre Flórez más que la razón de que «acaso fué este mismo el motivo (el de la gran distancia) de suscitar a la rebelión para disgregar las fuerzas enemigas.»

También el sabio y venerable Codera, en la *Colección de estudios árabes*, t. VII, 1.<sup>a</sup> serie, cayó en la tentación de compartir la sospecha aventurada por Bouquet. Pero en la 2.<sup>a</sup> serie, t. IX, pág. 7, convencido plenamente de lo infundado de la sospecha, dice con su nobleza característica: «allí (en el pasaje antes aludido) combatimos la idea de que hubiera sido (la carta de Ludovico Pío) dirigida a los de Mérida, por no recordar entonces que esta ciudad hubiera iniciado ya su resistencia a los príncipes de Córdoba: constando hoy que por esta fecha ya se había manifestado la rebelión desde el año 201, se hace más admisible que Ludovico Pío hubiera entablado relaciones con los rebeldes o descontentos, para ponerse de acuerdo contra el enemigo común.»

El caso en que nos ocupamos es muy elocuente; ábrase cualquier Geografía romana y acusará una superioridad de Mérida sobre Tarragona y Braga (que eran las únicas que podían comparársele) tan grande como la diferencia que hay de dos mil vecinos que tenía Tarragona, que era la mayor, a ocho mil que tenía Mérida, siendo, además, según el testimonio de todos los antiguos, la segunda Roma, porque acá se venían los romanos opulentos a hacer la misma vida de Roma, como lo demuestran los restos, por cierto maltratados, y noticias de su teatro, naumáquias, circo, arcos, acueductos, estatuas, etc., etc., y por el testimonio, en fin, de todos los poetas, aunque uno de ellos, el de Ausonio, se lo disputa una población que, como Sevilla, fué durante la

dominación romana de una importancia muy secundaria en Andalucía, según el lugar en que la colocan, al enumerar ciudades importantes y conventos jurídicos, Pomponio Mela y Plinio, respectivamente.

Dice Ausonio:

Jure post has memorabere nomen Hiberum  
Emerita, aequoreus quam praeterlabitur amnis,  
Submittit cui tota suos Hispania fasces,  
Corduba non, non arce potens tibi Tarraco certant  
Quaeque sinu pelagii jactat se Bracara divis.

Así se publicaron estos versos en la edición Lyonesa de los ausonios en 1458 (1), así lo entendió también Scalígero en sus comentarios a Ausonio (2) y así lo publicó también, según el P. Flórez (3), la edición novísima de Londres en el epígrama rotulado *Emerita* (4); pero ocurrió que a Elías Vineto le pareció sustituir la palabra Emétita por Hispalis (5), y ya fué suficiente para que Rodrigo Caro opinara del mismo modo (en sus notas ad Dext. fol. 118, lit. D.) y a su vez ha sido lo bastante para que el P. Flórez se *incline*, como él dice, a esta opinión por parecerle *intolerable* la razón que pone Scalígero de que el *oequoreus* sea más aplicable al Guadiana por desembocar en el mar, como si Scalígero no pusiese otras razones y como si, aún sin salir del mismo

(1) Barrantes equivoca esta fecha en su *Aparato*, escribiendo 1558, diciendo además que en ésta dice Hispalis, cuando esto ocurre en la de Elías Vineto de 1596, como puede verse en Moreno de Vargas (cap. XI), y en el P. Florez (T. XIII, pág. 99 y T. IX, pág. 64).

(2) Lib. I, c. 23 y lib. II, c. 29, apud Moreno de Vargas.

(3) T. XIII, pág. 99.

(4) T. II de los poetas latinos, pág. 1.301 apud Flórez.

(5) Ed. de Burdeos, apud Moreno de Vargas de 1159, apud Flórez.



Elías Vineto, no se encontrasen las razones incontrovertibles que halla el mismo Moreno de Vargas, afortunadísimo en esta discusión, por cierto, como lo está en muchas más ocasiones de lo que suponen algunos, que con tanta dureza, acostumbran a tratarlo.

El padre Flórez, constantemente, dice que no es posible sentenciar definitivamente la cuestión sin ver los manuscritos y más adelante insinúa que Weseling, en sus notas al Itinerario de Antonino, consigna que los Mss (1) militan contra la lección de Emérita, afirmando luego que, según el soberbio elogio del tercer verso, parece que el poeta latino habló en estilo poético y tal vez diría Hispalis por creer, en vista de la semejanza de los nombres, que de éste se derivaba Hispania.

Si el padre Flórez no fuera un verdadero portento de erudición, yo creería que se equivocaba de buena fe en este caso, pero siendo lo que él es, no puede concebirse otra razón para enjuiciar, como queda expuesto, que el no estar libre, a pesar de su grandeza, de las debilidades humanas.

¿Por qué no habla el padre Flórez de la edición lyonesa, evidentemente anterior a la de Vineto, y que trae Emérita, diciendo en cambio, cuando habla de Scalígero, que éste confiesa ser Hispalis lección *antigua*? ¿Por qué pone tanto cuidado en hacer notar que ninguna de las tres ciudades aludidas tenía superioridad sobre las otras, fijándose luego en la analogía del nombre de Hispalis con el de Hispania para formular la pueril hipótesis de que tal vez tomaba en sentido poético Hispalis por España, en virtud de la analogía de los nombres?

Sin salir de Moreno de Vargas podía haberse convenido de que, aún en la hipótesis de ser un tropo el nombre en cuestión, no puede ser Hispalis, por la absurda

(1) Pero téngase en cuenta que ni Weseling dice donde vió esos Mss, ni el padre Flórez se ocupa en indagarlo.

razón de la analogía fonética, cuando el mismo Ausonio emplea evidentemente Emérita por Hispania, en estos versos que le dirige a su amigo Paulino:

Et quod terrarum caelique extenditur inter  
Emeritaeque amnes, lataeque fluenta Garumnae.

Negar que aquí está tomada tropológicamente la palabra *Emérita* por Hispania, es cerrar los ojos a la evidencia; y si este autor emplea en una ocasión la palabra Emérita por Hispania, no hay motivos para creer que en otro lugar vaya a emplear Hispalis, por la problemática razón de que acaso la semejanza del nombre le pudiera hacer creer al poeta la procedencia de uno del otro.

Más pueril es aún la razón que aduce Rodrigo Caro, suponiendo que por decir en el primer verso: *nomen Hiberum* no puede ser Emérita, sino Hispalis el nombre aludido, puesto que éste es nombre ibero y aquél no.

Esta razón no puede darse más que en las anotaciones a Dextro, porque en otra obra tendría que saltar de las páginas forzosamente. ¿Tan apasionado estaba Rodrigo Caro en esta cuestión que no vió el sentido de esa frase, cuya única significación debe ser que va a recordar el nombre ibero, es decir, que después de hablar de otras naciones, es justo que se ocupe ya en hablar de España?

La misma frase emplea este poeta en otra ocasión en que para decir que los Pirineos están entre aquitania y España, se expresa así:

Inter aquitanas gentes et nomen Hiberum.

¿Puede caber duda de que ni el estilo poético a que alude Flórez, ni la frase a que se refiere Rodrigo Caro, pueden autorizar la sustitución, cuando el mismo autor se encarga de desvanecer las dudas en los demás pasajes citados?

Vemos, pues, que está bien probado por los citados pasajes del poeta que ni el *nomen iberum* lo emplea refiriéndose a Hispalis, sino a la tierra española o al nombre español; ni diciendo el nombre de una ciudad por el de la nación, es verosímil que empleara Hispalis quien, como se ha visto, en otro pasaje emplea Emérita.

Pero si el nombre de la ciudad no es una sinecdoque, como supone Flórez, entonces mucho menos puede ser *Hispalis* a quien se refiera el *submittit cui tota suos Hispania fasces*, puesto que no es verosímil que con esta frase pueda referirse un poeta de aquella época a una ciudad que ni aún dentro de la Bética tenía una superioridad indiscutible, como no sea para el bueno de Rodrigo Caro (1), que se aventuró en su tiempo a probarla contra Córdoba, defendida por el padre Martín de Rosa (2) y, sobre todo por la verdad histórica, incapaz de tolerar el absurdo de esa supuesta superioridad de Sevilla, en aquellos tiempos, sobre Córdoba ni sobre Cádiz, ni acaso sobre Ecija ni Itálica.

¿Es, pues, más verosímil que con ese verso pueda referirse un poeta a una ciudad que ni en su misma comarca es indiscutiblemente la primera, o a la que, como Mérida, no sólo es la primera de su comarca, sino de toda la Península, en aquella época, como lo corroboran hasta la evidencia las frases que arranca, muchos siglos después, a Muza, que venía de ver a Sevilla y al mismo moro Rasis, tan entusiasta de Sevilla, y que tanto él como Muza vieron cuando llevaba ya cuatro siglos corriendo la rápida pendiente de su decadencia?

Luego ni en sentido propio ni en sentido figurado se puede referir ese tercer verso a Sevilla, y en cambio el autor, en el primer caso, y la razón, en el segundo, hacen muy verosímil que se refiere a Mérida.

(1) Lib. I de sus Antigüedades.

(2) De Córdubae in Hisp. Bet. principiatus.

Pero hay más que Moreno de Vargas consigna y, no sé por qué, calla el padre Flór<sup>o</sup>.

Es el caso, que el mismo Elias Vineto, autor de la sustitución, al indicar qué ciudad nombra Ausonio en la epístola a Paulino, a que antes hemos aludido, dice: *de Emerita carmen est octavum in lib. de claris urbibus*, resultando así corregida la sustitución por el mismo que la ha hecho.

Así es que, si los fundamentos de Flórez y Caro para la sustitución los destruye el mismo poeta con sus otros pasajes citados, el editor mismo de la primera sustitución se viene al fin a rectificar a si propio.

¿Qué queda, pues, en favor de la absurda sustitución? ¡Ah! El adjetivo *aequoreus*, que a Mr. R. Dozy (1) considera de importancia decisiva, puesto que sólo puede aplicarse al Guadalquivir y de ningún modo al Guadiana, porque en éste no se sienten las mareas como en aquél.

Esto sí que le parecería *tolerable* al padre Flórez, si viviera, porque también él habla de las susodichas mareas.

Pero la verdad es que parece inverosímil que se empleen en serio, y por hombres tan graves, semejantes argumentos.

La palabra *aequoreus* aplicada a un río, según la etimología del adjetivo, debe aludir más a la llanura y extensión de su corriente que a los movimientos que ella tenga, es decir, al parecido que tenga un río con el mar por la extensa llanura de su corriente, y esto, sobre todo en aquella época, era mucho más aplicable al Guadiana que al Guadalquivir, sin que para probarlo sea preciso que nos fijemos más que en la naturaleza del terreno por donde corren ambos ríos.

A mi entender, la extraordinaria anchura del Guadia-

(1) Hist. des Mus. Esp. T. II, cap. XIII.

na, cuyas avenidas le hacían ocupar una legua todavía en el siglo XVII (1), justifican bastante más la aplicación del adjetivo *aequoreus*, que los ponderados estuarios del Guadalquivir, tan escasamente apreciables como la decantada transparencia de la corriente que desliza bajo el puente de Triana.

Luego ni el sentido tropológico del padre Flórez, ni el nombre ibero de Rodrigo Caro, ni el adjetivo *aequoreus*, ni la edición de Vineto, desautorizada por la anterior lyonesa y por la corrección del propio editor, son razones convincentes para poner *Hispalis* en lugar de *Eméríta*.

De intento, y en conformidad con mi propósito de no citar más que hechos indudables, he omitido el nombre de la problemática Serena Augusta, así como también el de Cayo Vecio Aquilino Yuvenco, cuyo nacimiento en Extremadura dió tan de ligero por sentado el señor Barrantes en el tomo segundo de sus *Narraciones Extremeñas*, tomándolo sin duda de algún historiador extremeño, sin cuidarse de averiguar que el origen de esta noticia era uno de los falsos cronicones que tuvo a bien forjar el padre Higuera, según se desprende de la carta que tuvo la bondad de dirigirme el señor Menéndez y Pelayo, resolviendo la consulta que le hice sobre referido asunto, en la cual se expresa en estos términos: «Del poeta cristiano Cayo Vencio Aquilino Yuvenco, sólo podemos afirmar que fué español. Presbiter Hispanus le llaman San Jerónimo y otros. El lugar de su nacimiento es desconocido y el suponerle de Oliva, junto a Jerez de los Caballeros, es invención del padre Román de la Higuera en uno de los falsos cronicones que forjó.

(1) Así lo afirma Moreno de Vargas refiriéndose a una conocida por él, y no es fácil que mintiera, en cosa que sus contemporáneos podían desmentir tan fácilmente.

De allí la tomaría algún historiador extremeño y de él Barrantes, sin cuidarse del origen de la noticia.»

### E (PÁG. 50)

Gregorio Turonense, contemporáneo de los sucesos y que no debía estar mal informado puesto que asistió, según parece, a las bodas de los príncipes Hermenegildo y Gosuinda, cosa muy verosímil tratándose de una princesa de su país, y al cual obispo, por esta misma razón, debían interesarle los sucesos que se desarrollaron en España entonces, con motivo de las citadas bodas, nos dice: *Dedit (rex) eis (filiis) unam de civitatibus in qua residentes regnarent*; y más adelante, cuando estalla la guerra entre el padre y el hijo: *Leovigildus rex in exercitu contra Hermenegildum filium suum residebat, cui et Emeritam civitatem abstulit* (1).

A mi entender, aquella ciudad que dió el rey a sus hijos para corte, según la primera frase citada, queda determinado ser Mérida, en concepto del cronista, con las palabras *cuit et Emeritam civitatem abstulit*, porque si no ¿a qué viene ese *et*, no habiendo nombrado ninguna otra ciudad antes? Evidentemente este *et* no equivale aquí a nuestra copulativa *y*, sino que está en lugar de *etiam*, y hay que traducirlo por *también* o *hasta*, tomando esta última en un sentido adverbial, en esta forma: al cual le quitó hasta su ciudad de Mérida; porque el *civitatem*, aposición de Mérida, no creo que deba interpretarse, en este caso, de otro modo, que determinando referirse a la ciudad de que antes ha hablado. Así lo interpretó Ambrosio de Morales, a pesar del interés que demostraba por probar que la tal corte fué Sevilla (2) y

(1) Libro 6, cap. VIII.

(2) Tomo III. Libro XI, pág. 534.

así lo interpreta también don Federico de Castro, catedrático de la Universidad de Sevilla (1), y que por cierto parece inclinarse a la opinión de que fuera Sevilla y no Mérida la tal corte, lo cual confirma mi opinión de ser recta la interpretación expuesta, de las palabras del Turonense, puesto que aún estos competentes maestros, por cierto de criterio opuesto al del cronista, interpretan del mismo modo sus palabras.

Pero el padre Flórez llega a más; con la indiscutible agudeza de su talento crítico, se apercibe de que, si concede este sentido a las palabras del Turonense, no va a ser muy lógico, poniendo la corte en Sevilla, porque las razones, en que puede apoyarse para esto, son de poca monta, para ponerlas frente a ésta, si la da como buena; y por esto se prepara a tiempo, negando que las palabras del Turonense tengan tal sentido, sino únicamente el de que Mérida fué una de tantas ciudades que seguían el partido del hijo, y que el padre le arrebató.

He de advertir que para mi propósito basta y sobra con esto que se ve en la necesidad de reconocer el padre Flórez, puesto que, firme en mi propósito de no aducir más que hechos indiscutibles, me limito a afirmar que en Extremadura existía un gran núcleo de aquella raza que había de vencer en breve a los invasores, y que tomaba parte activísima en la lucha entablada, de la cual fué el más sangriento episodio la guerra entre Hermenegildo y su padre, y ya confiesa el padre Flórez que era Mérida evidentemente una de las que seguían el partido del hijo.

Ya hemos visto, sin embargo, lo difícil que es interpretar las palabras del Turonense, como quiere el padre Flórez, sin violentar su sentido, hasta el punto de que cualquiera diría que el ilustre agustino se funda para

(1) Hist. crít. T. II, pág. 113.

hacer esa interpretación en algún otro testimonio que haga inaceptable de un modo evidente la interpretación que hemos defendido; pero se equivoca el que esto crea; el otro cronista contemporáneo, en quien se apoya el padre Flórez, para confirmar su aserto, no dice nada contrario a lo afirmado por el Turonense.

En efecto, el abad de Biclara, que es el cronista aludido, dice así: «Leovigildus rex, Hermenegildo filio suo filiam Sisberti regis francorum in matrimonium tradit, et provinciae partem ad regendum tribuit. Leovigildo ergo quieta pace regnante adversariorum securitatem, domestica rixa conturbat. Nam eo anno filius ejus Hermenegildus, factione Gosvintae reginae tyrannidem assumens in Hispali civitate, rebellione facta, recluditur, et alias civitates atque castella secum contra patrem rebellare fecit.»

Vemos, pues, que, por de pronto, afirma, sin determinarla, la parte del reino que le dió el padre al hijo, para reinar o gobernar, del mismo modo que hace el Turonense con la ciudad que afirma haberle asignado el padre por corte; pero el argumento aquiles del padre Flórez es que dice *in Hispali civitate recluditur*, y resulta que a este eminente historiador, a quien no parece suficiente para decidir la cuestión la frase *et Emeritam civitatem*, del Turonense, le parece decisiva la de *Hispali civitate*, del Biclarense; ésta no podía, por lo visto, decirse más que de la ciudad que hubiera sido corte del Santo; aquella podía decirse de cualquiera de las que seguían su partido, porque fueron varias las que tomó Leovigildo; como si no hubieran sido también varias las en que se encerró el hijo.

Pero el caso es que el Biclarense, cuando dice *Hispali civitate*, no ha hecho antes referencia a ninguna ciudad, mientras que, cuando el Turonense dice *et Emeritam civitatem* se ha referido antes, sin nombrarla, a una ciudad que les dió Leovigildo, *in qua residentes regna-*



*rent*, razón por la cual la aposición de la palabra *civitas* tiene muy distinta significación en uno que en otro texto; y mientras el Turonense dice: *civitatem abstulit*, el Biclarense dice: *in Hispali civitate recluditur*; es decir, el uno habla de la ciudad que le fué quitada, el otro de una en que se encerró al sublevarse; ¿son contradictorios estos dos textos? Antes parecen complemento el uno del otro, como si Hermenegildo, no viéndose seguro en Mérida, por su proximidad a Toledo, fuera a hacerse fuerte en Sevilla; porque no me explico la palabra *recluditur*, si se tratara de la ciudad en que él estaba habitualmente.

Ambrosio de Morales, menos precavido que el padre Flórez, no niega el verdadero sentido a las palabras del Turonense, aunque combate su opinión, porque a más de no creerlo muy enterado, como extranjero, los hechos de haber sido sitiado en Sevilla, mandado a dicha ciudad, al ser preso por el padre (según él dice), y haber recibido allí martirio, cosa que pone gran empeño en probar, haciéndose cruces, porque el Biclarense se lo niega, y amenazando poco menos que con excomuni6n al que no lo crea, comprueban, en sentir del cronista de Felipe II, que la corte de Hermenegildo fué Sevilla, a pesar del contrario parecer de Gregorio de Tours.

Pero ¿es verosímil que fuera preso y martirizado en Sevilla Hermenegildo, cuando el santo abad de Biclara, residiendo en Cataluña, afirmaba que fué en Tarragona? Si hubiera sido la corte de Hermenegildo la ciudad de Sevilla, sería aún más inverosímil que eligiera Leovigildo aquella ciudad para prenderlo; pero aún sólo siendo la en que se fortificó, lo cual denuncia gran número de amigos del Santo allí, no es fácil que la eligiera el padre para la prisión y ejecuci6n del hijo, cosas ambas ocasionadas a nuevos disturbios, en tal ciudad (1).

(1) No ha mucho leí en la docta revista *Razón y Fe*

Además hay otra razón potísima, para quemar el último cartucho en esta cuestión; hay que darle a San Leandro la mayor intervención posible en la conversión de Hermenegildo, y ya que no ha podido prosperar el medio de hacer al Mártir sobrino del santo obispo, por medio de la supuesta hermana de éste, Teodosia, es necesario defender a todo trance la estancia de la corte de Hermenegildo en Sevilla, porque además hay unas palabras del Papa San Gregorio, en el Lib. III, Cap. XXXI de sus Diálogos, donde dice que Hermenegildo se convirtió por las predicaciones de su amigo Leandro, a quien conoció en Constantinopla; estas palabras se rezan en las lecciones de los maitines del Santo Mártir, en la iglesia de Sevilla, y hay que darle todos los visos de certidumbre a las palabras de aquel Papa.

Mas no se fijan estos historiadores en que, inventando o transformando los testimonios auténticos, para dar fuerza a otro con quien se les cree precipitadamente en contradicción, sale muchas veces perdiendo el que se quiere reforzar.

¿Por qué ha de ser necesario que la corte de Hermenegildo esté en Sevilla para explicar la influencia que pueda tener San Leandro en su conversión? Conocidas son de todos las relaciones íntimas que hubo entre Mausona y San Isidoro, ¿qué de particular tiene que también las tuviera con su hermano? Y en tal caso, bien

un trabajo del padre Ricardo Rochel, en que todavía se rompía una lanza en pro de la desacreditada opinión de Morales. Claro está que contra el terminante testimonio del Biclarense, cronista contemporáneo de los sucesos, no es fácil que el docto jesuita Rochel pueda oponer más testimonio que el debilísimo que pone de la tradición sevillana, como si no fuera también tradición de Tarragona, y no supiéramos todos el escasísimo valor que debe darse a las tradiciones de un pueblo como Sevilla, donde tan fácilmente toman carácter tradicional las más absurdas consejas.

pudiera ser que este Santo viniera a Mérida por encargo de Mausona si, como es probable, éste se encontraba ausente y en el destierro, durante los sucesos de Hermenegildo, y entonces efectuaría sus trabajos para la conversión, en la cual, desde luego, creo que no tuvo parte Mausona, puesto que nada habla de ello Paulo diácono, en su *Vita P. P. Emeritensium*, el cual no lo pasaría por alto ciertamente, si en ello hubiera tenido parte el santo obispo, de quien en su obra hace tan calurosa apología, siendo en tal caso muy factible que la conversión se deba a San Leandro, sin que la corte del príncipe estuviera en Sevilla.

Se dirá que no hay noticias de ningún viaje de San Leandro a Mérida, lo cual nada tiene de extraño, porque sólo a la referencia del Papa San Gregorio se debe la noticia de que estuvo en Constantinopla, y no se sabe concretamente aún a qué fué, de modo que, si de un viaje de esta importancia no se tiene más noticia que la dada por un extranjero ¿qué tiene de particular que nadie dé noticias de un viaje, tan relativamente corto, como el de Sevilla a Mérida?

Por último, ya he dicho y repito que, para la tesis que defiendo, en la parte del texto a que se refiere este Apéndice, me basta y sobra con lo que todos reconocen de consuno y sin discrepancia alguna, pero confieso que no puedo nunca soportar con indiferencia que historiadores tan graves den de barato, como cosa cierta, lo que a lo sumo deben exponer como una opinión; mientras la posible opinión contraria tenga en su apoyo razones como las expuestas, que por cierto callan siempre con sospechosa buena fe.

### F (PÁG. 57)

El primero de los dos concilios a que aludo, es el de-

nominado III, porque ocupa este lugar entre los celebrados en Toledo; pero le llamo primero, como digo en la nota, sólo en el sentido de que lo es en el orden de los convocados con anuencia y presencia de los reyes. Pero no se crea que el segundo a que aludo, al hablar de los *dos primeros*, es el celebrado en 633, o sea el IV entre los llamados de número, el cual sabido es que fué presidido por San Isidoro, porque ya no vivía Mausona, puesto que asiste a él, como metropolitano de Mérida, Esteban.

Al que me refiero en esa frase, es a otro concilio celebrado antes del llamado IV en la numeración corriente y cuyas actas están fechadas en 17 de Mayo, Era de DCXXXV o sea el año 597 de Cristo, según la cuenta del Código Emilianense, testimonio digno de todo crédito, en opinión del P. Flórez, a pesar de la duda que Balucio abrigó, sin fundamento alguno, sobre la autenticidad de dicho sínodo, apoyándose equivocadamente, según prueba Flórez en el testimonio de don Juan Bautista Pérez.

Loaysa es el que da cuenta de este concilio, advirtiendo que sólo se encuentra en el Código Emilianense, escrito en el año 962; pero se equivoca el ilustre cardenal, al nombrar los prelados concurrentes a este concilio, diciendo primero que son dieciseis y nombrando luego solamente trece, error sin duda de amanuense, en opinión del P. Flórez, puesto que en el citado Código a que Loaysa alude, están todos, incluso Lauro, obispo Pacense y San Juan de Valclara, omitidos por Loaysa.

La lista del Ms., según Flórez, es como sigue:

Mausuna Emeritense  
 Mígecio Narbonense  
 Adelfio Toledano  
 Mot Setabitano  
 Pedro Arcavicense

Alterio Aucense  
Eleuterio Cordobense  
Juan Oxomense  
Juan Gerudense  
Baddo Eliberritano  
Licerio Egitianense  
Lauro Pacense  
Genesio Magalonense  
Esteban Oretano  
Iosimo Elboreense

El padre Flórez opina que la asistencia de este número de obispos, obliga a considerar este concilio, tan general como los demás, fuese cualquiera el número e importancia de las cuestiones que deliberaron los padres reunidos.

En una palabra: antes que se operasen las ruidosas conversiones de Hermenegildo y Recaredo ya las había habido en Extremadura, hasta el punto de tener a un godo a la cabeza de la Iglesia y en el primer puesto en la batalla que se estaba librando con su propia raza.

### G (PÁG. 64)

Ya el señor Martínez Escobar, en el atinado Apéndice que puso por contera a la traducción del cronicón citado, dada al público por él en la *Revista de la Literatura y Ciencias de Sevilla*, refutó oportuna y victoriosamente, la absurda opinión sostenida por el erudito catedrático de Leiden; y lo propio hizo don José Amador de los Ríos en su *Historia de la Literatura Española*.

Las razones aportadas por estos escritores en pro de la tesis de la atribución de esta crónica a Isidoro Pacense no han perdido fuerza con las disquisiciones de Dozzy y sus secuaces contra esta afirmación.

Sólo añadiré una observación, no consignada por los

eruditos impugnadores del insigne belga, y que no es, por cierto, menos interesante que las anotadas por ellos.

Mr. Dozzy, en su afán de llevar razones que quiten a Isidoro, no solamente la mitra, sino hasta la patria, pone, como argumento incontestable, la observación de que el tal cronista habla de Córdoba con un cariño que parece denunciar la residencia del escritor en tal ciudad, y que en cambio no dice una palabra de la ciudad pacense que Mr. Dozzy supone ser Beja; no fijándose el eminente crítico en que, si esta razón milita en contra de la naturaleza Pacense del cronista, no milita menos contra la Hispalense, que tan de buen grado está dispuesto a aceptar el catedrático belga, puesto que nadie podrá tomar como buena la argumentación de que, en vista del cariño con que habla de Córdoba, es imposible que sea obispo, ni pacense, pero en cambio puede ser hispalense.

Aparte de que el silencio del cronista respecto a su obispado, no puede asegurarse sólo por el hecho de que en el mermado resto de sus obras, hoy disponible para los contemporáneos, no haya alusión alguna a tal extremo.

El señor Barrantes habla en su *Aparato Bibliográfico para la Historia de Extremadura*, de un manuscrito que poseyó don Bartolomé J. Gallardo, hecho en Badajoz el año 1785, del cual dice que en la debatida cuestión de Pax Augusta no tiene importancia ninguno de los argumentos que aduce el mencionado Ms., si se exceptúa un pasaje de Isidoro Pacense, *L. II, C. LXXXII*, que dice así:

«En mi tiempo, la insigne Bagalge, cuya mitra poseía, Almazán, moro, la destruyó, echándome de ella y a mis familiares; la hizo ciudad real y se coronó por rey de ella año 842, nombrándola a su gusto Baled-Aix, que significa lugar de sanidad.»

Nosotros hemos visto también ese manuscrito a que

hace referencia el señor Barrantes, y efectivamente aduce ese extraño texto y a continuación agrega: «Asta aquí son palabras de tan elevado varon cuia obra se custodia en la librería de los P. P. Dominicos de la ciudad de Plasencia aunque algo maltratada».

Si ese texto fuera auténtico, se habrían resuelto de una vez una porción de problemas que están en pie. Pero desgraciadamente no tiene viso de verosimilitud semejante autenticidad. Nadie ha dado noticia de tal códice del Pacense. El desconocido autor del manuscrito que lo aduce, vivió en los últimos años del siglo XVIII, según se colige de las referencias que, en el curso de la obra, hace de sucesos contemporáneos. En ese tiempo, y en Plasencia, y a su alcance, no es verosímil que se encontrara un códice, de esta importancia, y que prosiguiera enteramente desconocido, habiendo ya vivido investigador tan formidable como el padre Flórez. Por otra parte, el texto aducido no tiene síntoma alguno que no lo denuncie apócrifo. El estilo, la fecha de 842, el moro Almazán que hizo en ese tiempo ciudad real a Badajoz, son noticias enteramente desprovistas de fundamento alguno.

Los códices conocidos de ese cronicón, ninguno tiene L. II, ni Cap. LXXXII, porque sólo llegan hasta el LXXX del único libro que ofrecen. Pero sabido es que, de las palabras del cronista, se infiere que no escribió sólo esa crónica, y además bien se ve que no está completa en ninguno de los códices conocidos. Pudiera ser el códice aludido por el autor del manuscrito anónimo, o uno de los que se vienen considerando perdidos, u otro ejemplar del cronicón conocido, que estuviera más completo. Pero el hecho de que nadie haya visto ese ejemplar, y las afirmaciones que le atribuye en ese supuesto pasaje, lo desautorizan por completo, y mucho más tratándose de un escritor, como el anónimo autor de este manuscrito que incide repetidamente en la tenta-

ción de aducir testimonios, forjados por su imaginación, atribuyéndolos a autores conocidos, citando sus obras, en las que no existen tales textos.

Barrantes, sin embargo, acepta como bueno el texto, aducido por el manuscrito en cuestión, no sólo porque al referir y copiar la cita, dice: «He aquí las palabras del famoso prelado *que están en el folio 163, cap. LXXXII de su obra*», sino porque luego, lejos de comentarlas, más bien parece confirmarlas, como si las tuviera por auténticas. Y si alguna duda quedara, después de las palabras transcritas, sobre si tiene por buena la cita aducida, véase lo que dice más adelante, hablando de los nombres de Badajoz: Antonio de Nebrija lo traduce (el nombre árabe de Badajoz) por Balhlios, pero debe referirse a época anterior a la de Isidoro Pacense, *quien ya hemos visto le llama Bagalge, añadiendo que en su tiempo mudó el nombre (mozárabe sin duda) por el arábigo Baled-Aix*» lo cual indica bien a las claras que el extraño pasaje del Pacense, aducido por el manuscrito, pasó para el señor Barrantes como cosa corriente. ¿Es que el insigne académico no conocía los códices corrientes del Pacense, tan distintos del aludido en el tal manuscrito? Esto es absurdo, tratándose de hombre tan erudito, según la fama, como el señor Barrantes, ¿es que no se fijó en las extrañas circunstancias de este pasaje?, esto tampoco es verosímil tratándose de un pasaje que entraña, de ser auténtico, no sólo la importancia de disipar todas las dudas que acerca de la localización del obispado pacense pudieran suscitarse, sino la de rectificar la opinión generalmente seguida sobre el tiempo en que floreció el Pacense, y sobre todo, la de dar a conocer más extensión en la crónica, que la editada por Flórez. Además, tampoco hace verosímil la opinión de que el académico extremeño pasara por esta cita sin fijarse en su importancia, la referencia a ella, que hace en el otro lugar citado de su obra.



Pero sea de esto lo que quiera y hable o no el Pacense de su obispado, ya he dicho que la cuestión ha sido suficientemente dilucidada; además de que, sabiéndose, como se sabe, por lo que nos queda de sus obras, lo incompleto de las mismas, no puede asegurarse con certeza el silencio del cronista respecto de ese extremo, puesto que bien puede haber hablado de él en lo que se ha pedido.

Siempre quedará en pie el hecho de que los más antiguos conocedores de los textos del Pacense le denominaron Isidoro y lo consideraron Obispo Pacense. El que en los códices llegados a nosotros no se conserven claros los motivos que indujeron a aquellos escritores a pensar de este modo, no autoriza para afirmar que inventaron la denominación y la jerarquía del escritor. Ni siquiera que se equivocaran, puesto que más próximos a su época, y probablemente en posesión de códices más completos, o menos destruidos, tenían más y mejores elementos de juicio que los posteriores.

Por tanto, siendo tan difícilmente negable que no hay en esa época más cronista cristiano que el obispo de Pax Augusta, queda confirmada nuestra aseveración de que a esta comarca pertenece la gloria que le he atribuído en el texto, ya sea Beja o Badajoz el lugar del obispado, puesto que, dependiendo de Mérida de un modo tan inmediato, y estando Beja a tan pocas leguas de lo que hoy se llama Extremadura en España, bien puede agregarse a la solidaridad histórica de nuestra región la gloria obtenida por un obispo, acaso educado en Mérida y seguramente nacido en su territorio y dependiente de la silla emeritense.

Y digo fuese Beja o Badajoz, porque no creo que esté tan dilucidado el famoso pleito entre estas dos ciudades, como han tenido la debilidad de creer algunos escritores de nuestros días.

No es este el lugar oportuno de tratar detenidamente

este asunto, habiendo bastante para la comprobación del aserto sentado, con la indudable naturaleza pacense y carácter episcopal del cronista.

Sin embargo, no creo que deba pasar, ya que es necesario tocar en algo la cuestión, sin indicar las razones que tengo para afirmar que no creo dilucidado el pleito, sobre todo en lo que a la sede episcopal se refiere.

Y creo que es de todo punto absurdo dar por definitivamente resuelto el problema, mientras no se demuestre, por qué hay obispado en Badajoz, a lo menos desde el siglo X, como lo confirman los vestigios indudables del obispo Julián, si no lo ha habido antes.

Porque no hay el más mínimo indicio de que el tal obispado en esa época fuera de nueva creación.

El padre Flórez, tan decidido partidario de la localización antigua del obispado en Beja, al llegar a este punto se ve bien claro que vacila y lo encuentra inexplicable o por lo menos inarmonizable con la tesis por él defendida, aunque, no dándose por vencido, pretende armonizar el hecho con su tesis, suponiendo una equivocación el *Badaliauco*, que se lee en el privilegio otorgado por Ramiro II a Santiago, y firmado por el aludido obispo en 932; más su conciencia de historiador se rebela tras este alarde de amor propio de polemista, y confiesa ingenuamente que tiene en su poder copia de un tumbo que ha visto en Santiago con esta inscripción: *Julius episcopus de Badaliauco*, y que este *Badaliauco* no puede interpretarse más que como una corrupción de *Pax Augusta*, aunque todo le parece extraño e inaudito en aquella época.

La misma perplejidad se nota en el sabio agustino, cuando habla de la famosa lápida, copiada por el canónigo Rodrigo Dosma, en la cual se menciona por lo menos un obispo muerto en 1038 y llamado Daniel; ante el cual testimonio sólo encuentra el poco ingenioso medio de negar la existencia de esta lápida, sólo por el he-

cho de que él ha venido a Badajoz e indagado mucho, preguntando a personas de avanzadísima edad, sin que nadie le diera razón de la tal lápida, pareciéndole raro que, siendo ella de tanta importancia, la hubieran dejado perder.

Desgraciadamente el P. Flórez no estaba en autos de la indiferencia que, por estas latitudes, han inspirado siempre estas cosas. Numerosas son las lápidas que con escudos e inscripciones han sido separadas de las sepulturas que cubrían y se han utilizado como losas de pavimento en otros sitios. El que, de la desaparición de esas losas indujera que no habían existido nunca, incurriría en una lamentable equivocación.

Por otra parte, no es justo suponer a hombre tan serio y docto como Rodrigo Dosma, capaz de una superchería tan grosera como sería inventar una inscripción, compuesta nada menos que de doce versos latinos, los cuales, por añadidura, son susceptibles de una interpretación distinta de la que les dió el docto canónigo, cosa inconcebible si él hubiera sido el autor, porque en este caso lo natural es que hubiese procurado componer los versos de modo que sólo pudieran interpretarse como a su fin conviniera.

Pero véase cómo se expresa el erudito portugués Gonzalo Xabier de Alcaçoba en su disertación sobre el asunto en que nos ocupamos:

«Si pareciesen las obras de Nonio *de urbibus Hispaniae*, o las de Rodrigo de Osma, podríamos decidir la cuestión con toda evidencia por ser Delgado hombre doctísimo, grande amigo de Arias Montano, a quien ayudó a componer la biblia hebráica.» (1)

El hombre que merecía este juicio a los de dos o tres generaciones posteriores a la suya, y que disfrutaba la

(1) No está esto comprobado, pero sí sus relaciones íntimas con el insigne frexnense.

amistad y confianza de Arias Montano, y tuvo la gloria de que le pidiera su parecer respecto a sus árduas empresas intelectuales aquel genio extremeño (1) no es posible que fuera un grosero impostor, como parece, con sus reticencias, hacer sospechar el P. Flórez, y, sobre todo, como osan asegurar algunos críticos de estos tiempos.

Ahora bien, si es absurdo suponer una impostura la inscripción que trae Rodrigo Dosma, y no es tampoco negable la evidencia del privilegio de Santiago, confirmada por la inscripción del tumbo, que en la iglesia de dicho apóstol vió Flórez, y sí, como éste afirma, la palabra Badaliauco no puede ser otra cosa que una corrupción de Pax Augusta, resulta que el obispado pacense estaba en Badajoz el año 932, puesto que, si es verdad que el Badaliauco no puede ser más que una corrupción de Pax Augusta, no lo es menos que esa palabra no puede dar origen al nombre de Beja, sino al de Badajoz.

Y si en el siglo X había ya en Badajoz un obispo, que no era el primero, puesto que si lo fuera habría algún indicio que lo denunciara, ¿cuándo vino aquí la silla pacense?

Ya sé yo que hay escritores para quienes esta dificultad resulta leve, y aún se asombran de la perplejidad de Flórez ante ella, porque la cosa les parece a estos señores sumamente sencilla; todo consiste en que el obispado de Badajoz no tiene relación alguna con el pacense, puesto que fué fundado aquí por Merwán, cuando se hizo independiente en Badajoz, el cual Merwán, aunque renegado, se interesaba mucho por los súbditos católicos, y viendo que había desaparecido el arzobispado de Mérida, les proporcionó un obispado en el mismo Badajoz.

(1) Gil González Dávila. Teatro de la Iglesia de Badajoz.

Un renegado, fundando una sede episcopal, es cosa inaudita. Pero no ha habido otro medio para explicar la «aparición» del obispado de Badajoz en esa fecha.

Pero si esto ya de por sí no fuera tan absurdo, canónicamente, la razón histórica, en que lo fundan dichos escritores, no lo es menos, por cierto, puesto que Merwán se sublevó contra Mahomed en 855, y en 862 se celebra en Córdoba el memorable concilio en que el infame Hostigesis consiguió la condenación del venerable Samsón, y después de esto el metropolitano emeritense Ariulfo, que no había asistido al concilio, aprobó por cartas las doctrinas del virtuoso teólogo condenado por el conciliábulo, como lo confirma el mismo Samsón en su apologético en estos términos: «Fuere autem episcopi qui me censuerunt suis absolvi literis, hi Ariulfus videlicet qui concilio non adfuerat, *Emeritensis sedis Metropolitanus Episcopus*, etc.»; luego, después del 862, había metropolitano en Mérida, y no hay, por cierto, noticia alguna que autorice la afirmación de que este metropolitano sea el último, aunque lo sea de los que hasta hoy quedan noticia; como sería absurdo afirmar que no tuviera antecedentes, por ejemplo, en el siglo VIII, porque no se tenga noticia de sus nombres y personas.

Resulta, pues, que cuando Merwán se hizo independiente en Badajoz, había evidentemente Metropolitano en Mérida, y aún es muy probable que lo hubiera hasta mucho tiempo después, puesto que de la bula dada por Calixto II en 1120 para la traslación de la Metropolitana emeritense a Compostela, sólo puede deducirse, como dice muy bien Flórez (1), que la silla emeritense estaba desprovista a la entrada del siglo XII, pero no dos siglos y medio antes, cosa que, de ser cierta, no se hubiera pasado por alto seguramente en el documento, siendo

(1) Es. S. T. XIII.

ella tan a propósito para fundamentar mejor el decreto de traslación.

De manera que si no fuera de suyo absurda hasta rayar en los límites del desatino, la suposición de que, no ya una autoridad secular católica (lo cual representaría ya bien extrañó, tratándose de esa época, y en España donde se había celebrado el Concilio XII de Toledo), sino un renegado erija una sede episcopal, si esto no se arañara con el espíritu, índole y letra de todo el derecho eclesiástico respecto a este punto, bastaría lo inexacto del fundamento histórico en que su autor pretende apoyarla, para convencer de inverosimilitud absoluta a la tal hipótesis.

Pero si, como vemos, es absurdo suponer, fundada la silla episcopal de Badajoz por Marwán el Gallego, hay en cambio indicios no baladíes de que la silla pacense estaba en Badajoz antes de Marwán y casi a la entrada del siglo IX.

Dice San Eulogio que Tiberino y Sisenando, confesor el uno y mártir el otro, era el primero presbítero y el segundo diácono, que procedían de la iglesia pacense, y la Congregación de ritos, al aprobar el rezo de San Sisenando en 1819, decidió la contienda en favor de Badajoz, llevando ya entonces medio siglo de existencia el obispado portugués de Beja.

No he podido ver ninguno de los tres decretos dados por la citada Congregación y, por tanto, no me atrevo a asegurar si en ellos se prejuzga algo respecto de la cuestión, pero no sería raro que así ocurriera, cuando se han repetido tanto, lo cual parece indicar que se ha hecho quizá a instancia del Cabildo, que acaso vió discutido su derecho, porque si no es así, no se comprende bien, por qué se dé tres veces un decreto concediendo lo mismo.

Sin embargo, sin ver los documentos en cuestión, nada me atrevo a asegurar, fundándome en ellos.

¿Pero es lógico asegurar que la iglesia pacense, a que pertenecían San Sisenando y Tiberino, según San Eulogio, fuera Beja?

Ya hemos visto que en el 942 hay obispo en Badajoz, y ni es fácil que fuera erigido el obispado aquel año mismo, ni que éste fuera, por tanto, el primer obispo, luego es evidente que antes del año 42 había obispo en Badajoz el siglo X. En cambio por este tiempo no hay el más mínimo indicio de que hubiera obispado en Beja. ¿No es, pues, más verosímil que la iglesia pacense, a quien se refiere San Eulogio en la segunda mitad del siglo IX, sea la de Badajoz, cuyo obispado existía evidentemente en la primera mitad del siglo X, sin que haya indicios de que empezara entonces, que no a la de Beja, donde, ni sus más acérrimos partidarios, encuentran ni el más insignificante indicio de semejante obispado en tal época?

Se dirá que en aquel tiempo se llamaban los obispos de Badajoz, de Badalíauco; pero ya confiesa el padre Flórez mismo, tan decidido partidario de Beja, que este último nombre es una *corrupción arábiga* del nombre Pax Augusta, por tanto, nada tiene de particular que San Eulogio, tan enemigo de las corrupciones arábicas en la pureza del latín, no se aviniera a usar el nombre corriente, usando, por tanto, el nombre latino puro.

Luego no es cosa de dar tan de barato, como dió Morales, la nacionalidad portuguesa del Santo Mártir, sin tomarse siquiera el trabajo de fundamentar el aserto en algún testimonio de valor, como si se tratara de la cosa más corriente, cuando no hay más fundamento para ello que el dictado de pacense atribuído por San Eulogio al Mártir, y el cual dictado ya hemos visto cuán poco lógico es interpretarlo con alusión a Beja.

Pero, si las razones dichas no bastaran para demostrar hasta la evidencia la localización de la sede episcopal en Badajoz, durante la denominación de los árabes



en España, aún puede aducirse otra que nos induce, no sólo a tenerla por indudable, sino hasta a afirmar que ya debía estar aquí, cuando vinieron.

Dice la citada bula de Calixto II: «Ipsae quoque suffraganae civitates, exceptis dumtaxat tribus, Colimbria videlicet et Salmantica atque Avila, in quibus adhuc, per Dei gratiam, Episcopalis Cathedra perseverat, eadem tyrannyde occupatae a sua similiter gloria exciderunt.» De donde se deduce que en la fecha de la redacción de este documento (1120) no había obispo en la silla pacense. Cuarenta años después de esta fecha cae en poder de los cristianos la ciudad de Beja, según el testimonio del Cronicón lusitano; si solamente fueron vicisitudes de la invasión, lo que motivó el traslado de la sede pacense a Badajoz, y entonces había desaparecido ¿por qué no se restablece en su ciudad antigua puesto que ya se encontraba libre de los árabes, mientras que Badajoz continúa aún bajo su dominación? Porque si fueron vicisitudes de la dominación agarena o azares de la conquista las causas que motivan la traslación del obispado, ninguna razón había, una vez reconquistada la ciudad portuguesa, para no restablecer en ella su antigua sede, mucho más cuando a la sazón Badajoz estaba en poder de los musulmanes, y es lo más probable que estuviera sin obispo, como puede colegirse del documento citado.

En resumen: si el obispado de Badajoz no es el pacense ¿cuándo se creó y por qué se llama pacense desde el siglo XIII, existiendo mucho antes ya en esta ciudad la sede?, si es que la sede se trasladó de Beja a Badajoz ¿cuándo, por qué y sobre todo en qué fundamentos puede apoyarse esta opinión?

Creo, pues, que mientras no puedan responderse satisfactoriamente estas preguntas, habiendo por el contrario la certidumbre de que hay obispado en Badajoz en el siglo X y aún en el IX, llamándose o bien pacense o



un nombre que proceda, sin duda alguna de éste, como confiesa el mismo Flórez, es, sin duda, una ligereza afirmar de plano ni que el obispado de Badajoz sea mal llamado pacense, y se haya fundado en el siglo XIII, como afirma el P. Fita (1), ni que la cuestión está ya perfectamente resuelta en favor de Beja, como afirman algunos eruditos de Extremadura, porque ni aún los datos epigráficos de Hübner pueden resolver estas fundadísimas dudas, que hoy están aún en pie, respecto a Badajoz.

### H (PÁG. 140)

Casi no merece la pena ya hoy gastar tiempo en impugnar las absurdas patrañas con que algunos entusiastas santiaguistas pretendieron remontar el origen de su orden a tiempos y lugares remotos, en cuya determinación rara vez se pusieron de acuerdo.

Lo que está fuera de toda cuestión por la copiosidad de documentos que así lo confirman, es que fué el famoso Pedro Fernández el primer Maestro de la Orden confirmada por Alejandro III, y que este noble estaba encargado de defender el territorio de Alcántara y a él se juntaron varios caballeros ofreciéndoles «sus personas y castillos», eligiendo, por fin, el don Pedro, para residencia de su incipiente caballería, la villa de Cáceres, por lo que se llamaron en un principio Señores o Caballeros de Cáceres, no atreviéndose a usar el nombre de Orden sino el de Colegio, porque había muchos casados, a los que luego se unieron los canónigos regulares de San Agustín, del monasterio de Loyo (2) y des-

(1) Discurso de contestación al de entrada en la Academia de la Historia, del marqués de Monsalud.

(2) José López Agurleta. — Vida del venerable fundador de la Orden de Santiago. — Madrid. — MDCCCXXXI.

de esta época la Orden se extendió por toda Extremadura, tanto alta como baja, siendo esta región, no sólo su cuna cierta sino el teatro de sus más insignes merecimientos, como lo demuestran las hazañas de Pelay Pérez Correa y las historias y tradiciones de infinidad de pueblos extremeños.

Respecto a la patria y genealogía del fundador Pedro Fernández, preciso es confesar que no han podido desligarse de las marañas de absurdas leyendas, de que se han dado traza a plagar la historia la monomanía nobiliaria y milagrera del siglo XVII.

Cada escritor la pinta a su gusto; unos hablan de Fuenteencalada, en la diócesis de Astorga; otros lo hacen descendiente de un desheredado príncipe navarro, de la misma manera que ponen el origen de la Orden en la celebérrima batalla del Clavijo.

Un documento he visto en el archivo de la casa de los condes de Torrefresno, donde se asegura, con envidiable aplomo, que el origen de esta Orden de Santiago está en un don Sancho Fernández, ascendiente del actual Conde por línea de varón, pues el documento se refiere a don Roque Fernández Sáenz, que me parece ser el primero de esta familia que entroncó con la casa de los Torrefresno, que eran Grajeras y Carvajales en 1801.

Parece ser que este don Sancho ayudó tan eficazmente a don Alfonso II el Casto en una batalla (lidiando, aún después de rota la lanza, con el tejo o roble de que estaba hecha el asta) que el rey, después de exclamar: ¡Las tejadas que da Sancho! (de donde les vino también el apellido Tejada) lo hizo noble y tronco de una famosa familia cuyos trece hijos, después de asistir con su padre a la batalla de Clavijo, donde dicho documento pone al referido don Sancho de General Maestre de Campo de don Ramiro, fundaron otras tantas casas nobles en la Rioja, las cuales celebraban cada año una reunión en el castillo solariego, que fué concedido al pa-

dre, donde nombraban Alcalde Mayor, Alguacil Mayor y otros oficiales.

De aquí hace nacer el referido despacho confirmatorio del blasón, armas y genealogía dado a don Roque Fernández Sáenz en 1801, la mucho después confirmada y esclarecida Orden de Santiago.

Es verdad que fué un Fernández el fundador conocido de la Orden y que ésta tiene los caballeros trece y la reunión anual, si no en el 1.º de Mayo, en el 1.º de Noviembre, día de Todos los Santos, conforme a la bula de Alejandro III; pero todo esto, no apoyando, como no apoya su testimonio ninguna prueba más que su dicho, no tiene, como ocurre a casi todos los documentos iguales, más valor que el de los cuentos de las *Mil y una noches*, puesto que siendo todos ellos, de fecha relativamente moderna con respecto a los acontecimientos que cuentan, pueden inventar todo género de coincidencias, como se hacía, sobre todo en el siglo XVII, para halagar a aquella nobleza que no conservaba de la antigua más que la hinchazón.

Y no es, por cierto, éste de los documentos más disparatados de esta clase. Sin salir del mismo archivo, podemos convencernos de que es casi un modelo de verosimilitud histórica entre estas patrañas nobiliarias. Hay, en efecto, una genealogía de la ilustre rama de los Argüellos, donde se demuestra, como tres y dos son cinco, que aquella familia desciende directamente del mismísimo Hércules, y otro he visto en el archivo de los marqueses de Lorenzana, donde se habla con pasmosa seguridad de la íntima cordialidad con que el progenitor ilustre de los Quiñones, hospedó en Galicia al Apóstol Santiago, como pudiera hablarse hoy de la acogida que cualquier acomodado provinciano pudiera dispensar a un personaje político en época de propaganda electoral.

Y menos mal esta genealogía que al parecer está hecha.

si mal no recuerdo, por un capellán, acaso servidor de la casa, y deseoso de adularla; pero la de los Argüellos es más notable, porque está hecha nada menos que por un catedrático de Salamanca, hijo y nieto de catedráticos y rectores de aquella insigne Universidad, porque esta noble familia perteneció, según parece, a la nobleza de toga más que a la de las armas, y, por cierto, que son por demás ilustres en las letras los Argüellos, los Carvajal y Loaisa, todas ramas de esta misma familia; pero ni aun por esas se libraron de aquella monomanía reinante de poner su prosapia en los cuernos de la luna, en lugar de cuidarse de levantarla ellos, como hicieron sus pretendidos o verdaderos ascendientes.

Sin embargo, y a pesar de todo, esta afición ha enriquecido mucho de documentos estos archivos, que es lástima yazgan en muchas ocasiones maltratados y abandonados de una mano experta que separe la cizaña del trigo, y acaso en las numerosas y antiquísimas casas nobles de Extremadura, se encontrarán medios de desenmarañar puntos tan intrincados y oscuros como la génesis de estas órdenes militares hasta el momento de su confirmación.

Si el archivo de la casa de la Torre del Fresno hubiera caído antes de ahora en las manos ilustradas y cuidadosas de su noble poseedor actual, acaso pudiera sacarnos de muchas dudas, no sólo respecto de la Orden de Santiago, sino aun respecto a la de Alcántara, y otras muchísimas cuestiones regionales y locales en que intervinieron las distintas ramas de esta ilustre casa y de las que indudablemente se conservaron copiosas noticias en este archivo, tan destrozado desde el vandálico asesinato del conde don Toribio Graçera, hasta que llegó a manos de su ilustre descendiente don Francisco Felipe Fernández Marquesta, el cual ordena y conserva los destrozados restos de aquel tesoro histórico, que aún sirve para abrir caminos, ya que no para resolver siempre,

muchos problemas históricos, denunciando así con sus restos la pasada riqueza,

Pero mientras se esclarecen más los antecedentes de la Orden Santiaguista, podrá dudarse respecto a ellos, más no respecto a su estancia en Extremadura en el momento de ser confirmada por el Papa y reconocida por el Rey (1) siendo lo más probable que no estén muy lejos de esta comarca sus más remotos antecedentes.

Y no hablemos de la de Alcántara, que si bien fué confirmada por Alejandro III como caballeros de San Julián de Pereiro, extremeños, y por estas tierras, hicieron sus primeras armas cuantos seguían al primer Maestro don Suero Fernández, y desde que en 1218 tomaron a su cargo estos caballeros la defensa del castillo de Alcántara, abandonado por los de Calatrava, genuinamente extremeña, fué esta Orden en tanto grado que mudó su primitivo nombre de San Julián de Pereiro por el de Alcántara.

### I (PÁG. 155)

El erudito médico don Blas B. Díaz, publicó, en el número correspondiente a septiembre-diciembre de 1927 de la *Revista del Centro de Estudios Extremeños*, un documentado artículo que resuelve definitivamente, con datos irrecusables, el alcance de esta labor del Monasterio de Guadalupe en el adelanto de los estudios médicos en España. Para que nuestros lectores puedan apreciar la corroboración que este erudito trabajo presta a las afirmaciones que en el texto expusimos, lo transcribimos íntegro a continuación.

(1) Regla y establecimientos de la Orden de Caballería del glorioso Patrón Santiago, empezada por orden de Felipe IV en 1651 y terminada en 1652.

Dice así:

«Numerosas son las cuestiones histórico-médicas que pueden citarse refiriéndose a los célebres hospitales de Guadalupe; pero, entre todas, resaltan algunas, como la existencia de un centro docente: ser el primer sitio de España en que se practicaron autopsias y algunas más de no menor interés, sobre las que no se ha profundizado lo suficiente para dilucidarlas.

Desde las cartas del obispo de Guadix justificando la preferencia de muchos aspirantes a médicos por la enseñanza que se daba en los hospitales de Guadalupe, fueron varios los escritores que se ocuparon de la existencia de una escuela médica en el pueblo de las faldas de Altamira; unos, como los doctores Hernández Morejón, González Samano, Pérez Jiménez y Rodríguez Fernández, para afirmar su existencia, y otros, como los doctores Chinchilla y Díaz Pérez, para negarla, pero sin que unos ni otros aportasen datos fehacientes basados en la investigación que alejasen del ánimo la duda, sino fundándose en conjeturas y suposiciones que carecen de ningún valor en lides históricas.

Abandonando lo que pueda aportar la tradición, resta acogerse a la prueba documental, y entre lo difuso de ella, puede recogerse el que encuentran en aquellos hospitales varios médicos y cirujanos a quienes denominan Bachilleres en los primeros años de ejercicio; más tarde les llaman Licenciados, y, después de varios años, les dan el tratamiento de Doctores: Que los historiadores reputados como clásicos dicen que el Cirujano Mayor o el Médico Principal leen la lección, y al describir el hospital de hombres, señalan la existencia de un departamento con el nombre de Cátedra, el cual se menciona también en los inventarios, y que próximo a ella tenían un esqueleto articulado: Pero como todo esto es refutable para quien realice una investigación detenida, puesto que en otros lugares a la Cátedra la llaman Celda

Alta y el esqueleto también servía como *curiosidad* para estimular la dádiva del visitante, puesto que las limosnas que en él recogían fueron casi nulas un año en que no hubo feria por temor al contagio de la peste, ello induce a profundizar más.

El ilustre cronista extremeño señor Barrantes, en el capítulo IV de sus *Cinco peregrinos viejos*, copia de *Corografía de algunos lugares que encontró Gaspar Barreiros en un viaje que hizo desde la ciudad de Badajoz hasta Milán (1546)*, diciendo: «Tiene Guadalupe dos Colegios, uno de gramática y otro de cirugía. Los colegiales de gramática son cuarenta y dos..... Los colegiales de cirugía son cuatro y se hacen muy hábiles en esta facultad, porque además de sus lecciones tienen conferencias de letras y muy buenas prácticas, porque en el hospital nunca faltan heridos y enfermos de muy varia índole.» Este testimonio de un testigo presencial debe ser irrecusable.

En la semblanza del cirujano lego Fray Martín de Arjona, dice: *tuuo mucho cuydado de criar a los moços q tenia para deprender el officio en buenas y loables costubres..... y assi los sacaua muy doctos en su arte* (1). Aquí no debemos tomar el adjetivo mozo por servidor o criado, sino por adolescente. Un cirujano que tiene mozos para aprender el oficio tiene que ser profesor de cirugía y los mozos aprendices de cirujano, pues si los criados no es natural que sean estudiantes, los estudiantes sí es natural que sean mozos. Este cirujano falleció en 1472.

Sebastián Gago de Vadillo en el prólogo de su obra *Luz de la verdadera cirugía y discursos de censura de ambas vías y elección de la primera intención curativa y unión de las heridas*, impresa en Pamplona

(1) *La Médecine Practique*, año XXIX, núm. 36 (2.<sup>a</sup> época), Marzo 1922, página 104.

en 1692, dice que estudió y practicó en el Hospital de Guadalupe, siendo discípulo del doctor Agustín Olles (1).

No puede refutarse aserto tan terminante, como tampoco el del licenciado Alférez cirujano, que en su testamento dispone algunas obras pías, entre ellas al hospital de hombres, recordando que en él fué mancebo.

«† Al muy Rd.º p mi padre El por del monest.º de nra s.ª de Guadalupe».

«† Muy Rd.º P.=Pocos dias ha escrivi a V. P. con un mancebo que yva a aprender medicina o çurugia con cartas de nro muy Rd.º P. El gral El qual fué hijo de Cogolludo casero de Alcala, y conel Embié a v. P. una carta de nro. P. g.....=Desta Sta. Catalina de Talauera y Hebr.º 24.=Fray Francisco de la Serena» (2). El 22 de Octubre de 1564 enterraron a Martín de Cogolludo, criado del Hospital (3), que posiblemente será uno con el anterior.

Aún existe otro testimonio escrito, que de una manera terminante nos afirma la existencia de un centro de estudios quirúrgicos en Guadalupe: El doctor Diego Antonio de Robledo y Méndez escribió una obra de la cual se imprimieron seis ediciones, y la cuarta, que es la que conocemos, se titula así: «Compendio Cirvrgico vtil, y provechosso a svv Profesores, escrito por..... Medico Principal de la Real casa de Nvestra Señora de

(1) Tomamos la cita del tomo 2.º, pág. 219, de la *Historia de la Medicina*, del doctor Chinchilla, quien sin embargo negó la existencia del centro docente: El doctor Hernández Morejón se ocupa de este cirujano en su obra póstuma, tomo 5.º, pág. 141 y le llama Pedro, cuya opinión apoya el doctor Pérez Jiménez.

(2) Papeles sueltos del archivo del Monasterio de Guadalupe: sig Antigua cax XII: no tiene año: la letra es del siglo XVI.

(3) Libro de sepulturas del archivo del Monasterio de Guadalupe, folio 135.



Guadalupe, y Regente de la Cathedra de Cirurgia de fus Reales Hospitales. = Quarta impressión. = Barcelona 1702.» Igual tratamiento dan al autor los censores.

Ante prueba documental tan varia y completa, no puede ponerse en duda que a Guadalupe acudieron a estudiar aspirantes a cirujanos; y que lo preferían a otros centros porque, como se deduce de todos los escritos, además de la práctica ordinaria, que era copiosa por existir siempre enfermos y heridos que reclamaban la intervención del cirujano, se realizaban numerosas disecciones y vivisecciones, utilizando para éstas lechones y perros, de preferencia los últimos, porque los otros molestaban con sus gruñidos; amén de esto, les daba conferencias semanales el médico principal, que unas veces era el mismo cirujano mayor y otras no.

Más que lo dicho eran los hospitales de Guadalupe; no radicaba su importancia solamente en lo bien dotados que estuviesen de instrumental, medios de cura, médicos, cirujanos, personal auxiliar, etc...; y que en ellos hubiese establecida una escuela de cirugía: la importancia mayor se la daba el ser destinados *a tomar experiencia* los médicos y cirujanos: *a pasar la facultad* los graduados, o como diríamos hoy, *centro de ampliación de estudios*, según confirma lo siguiente: «En 17 de Enero de 1551 se enterró en esta sepultura a el Ld.<sup>o</sup> Francisco Arias López médico que era de Burgos y estaba aquí tomando experiencias» (1). Nada menos que de Burgos, donde existía el magnífico Hospital del Rey, fundado por Alfonso VIII, el de Las Navas de Tolosa, que gozaba de gran fama en el siglo XVI, acuden a practicar a Guadalupe.

«† La Reyna / Deuoto padre prior, yohe sido Ynfor-

(1) Libro de sepulturas del archivo del Monasterio de Guadalupe, folio 93 v. = Decena renglera. = Nave mayor.

mada que Diego de Acosta médico vecino | de Oropesa, ha estudiado esta facultad, con harto trauajo de su persona y costa | de su hazida.<sup>da</sup> y que agora para practicar y pasar la dha. ciencia (por no tener | posibilidad para poderlo hacer en otra parte). Dessea que le recibiesse- des | en el ospital de esa casa para praticante de la dha. facultad, de medicina | y que por la buena relación que se me ha hecho de su perss.<sup>a</sup> y ser deudo | de criados mios tengo voluntad de fauorecerle, os he querido scriuir | y rogaros y encargaros que por serui.<sup>o</sup> mio concu- rriendo en su perss.<sup>a</sup> las | qualidades que se requieren le tengais por muy encomendado en este | particular para hazerle en el, la buena obra que huuiere lugar que | por las causas dhas. me hareys a mi mucho plazer. De Ma- drid | a XVII novy. M. DLXVI años | Yo la Reyna | Por mandado de su mag.<sup>d</sup> | Pedro de Hoyos (rubricado). = † (Por la Reyna D.<sup>a</sup> Ana de Austria). Al devoto padre fray hernando de Ciudad Real prior del monasterio de nra. Sra. de Guadalupe» (1).

Después de conocidos estos detalles, ya se va justifi- cando el aserto de algunos historiadores que vislumbra- ron la posibilidad de que los anatómicos de la vecina y hermana nación portuguesa se inspirasen en las ense- ñanzas que se daban en Guadalupe, y son varios los médicos portugueses que se encuentran en dichos hos- pitales, siendo tal vez el de más prestigio el doctor Gen- til, a quien tanto los frailes como los doctores Ceballos y del Águila tratan con grandes consideraciones, y no puede ser de otra manera, habida cuenta de que el doc-

(1) Documento del archivo de Guadalupe: 295 por 210 milímetros: sig. C. B<sup>o</sup>5. Esta carta fué publicada in- completa por la fenecida revista *Guadalupe*. No falta quien asegure haber visto otra análoga de la Reina Ca- tólica, hoy no se encuentra, ni los actuales religiosos dieron con ella al posesionarse de aquellas ruinas en 1908.

tor don Antonio Gentil formó parte de la Cámara del Rey don Juan III de Portugal como uno de los clínicos más afamados; otro también de relieve fué Caldera, a quien los religiosos llaman criado del Rey de Portugal: Este, al decir del ilustre doctor Augusto Silva Carvalho, pudiera muy bien ser André Rodrigo Caldeira, gran clínico de Setubal y amigo de Zacuto (1).»

BLAS L. DIAZ.

Cañamero, Octubre 1927.

J (PÁG. 179)

La vida romántica y agitada que tuvo el trovador Garcisánchez, dió pábulo a la leyenda en términos tales que la ha envuelto en sus novelescos cendales hasta hacer difícil columbrar, entre ellos, la verdad. Hasta aparece dudoso si fué sólo uno o fueron dos. Uno músico y poeta, otro poeta y también músico. Se le tiene por natural de Ecija, teniendo en cuenta la aseveración de un escritor casi contemporáneo suyo, Juan Aragónés, autor de los doce cuentos con que principia el *Alivio de caminantes* de Timoneda. En una portada de sus obras también se le llama vecino de Ecija, y esto indujo a Velez de Guevara a considerarlo paisano suyo en la alusión

(1) El Dr. Silva Carvalho muito distinto cultor da *Historia da Medicina*, que publicou já numerosos trabalhos sobre o assunto e muito merece ser considerado como um dos maiores especialistas pelo que respeita a historia da medicina portugueza (informe del Director de la Facultad de Medicina de Lisboa). El doctor Carvalho prepara un estudio sobre las relaciones que existieron entre los médicos portugueses y la Escuela de Guadalupe, que dada la competencia del autor será de gran interés para completar esta cuestión.

que a él hace en *El Diablo Cojuelo*. No es raro que todos los historiadores y críticos modernos consideren ecijano a este escritor, no teniendo pruebas concluyentes que desvirtuen la eficacia de estos motivos. Nosotros no las tenemos tampoco. No nos parecen esos motivos muy definitivamente convincentes. Pero mientras no haya pruebas en contrario, su autoridad no es recusable. Posiblemente nacería o acaso viviera mucho tiempo en Ecija. Acaso fué allí donde se casó o donde quizá vivió la mujer de sus amores y causa de su locura. Nada de esto obsta para que a un Sánchez de Badajoz, de aquella época, se le considere, en el sentido que aquí escribimos, hijo de la raza Extremeña. La familia de los Sánchez de Badajoz, larga y noble, vivía en Extremadura desde el siglo XIII. En Alcántara, en Alburquerque, en Badajoz, en Villanueva de Barcarrota y en Jerez de los Caballeros, se extendieron durante los siglos XIII, XIV, XV y aun el XVI, las ramas y los señoríos de esa poderosa familia. Este mismo trovador, acaso nacido, o quizá sólo enamorado y casado en Ecija, estuvo por Extremadura mucho tiempo y en distintos parajes. Estando ya loco, refiérese de él por Jerónimo Román de la Higuera la anécdota de aquel corregidor que apenas llegó a Jerez de los Caballeros y se enteró de que allí se encontraba el poeta, quiso verlo y oírlo pasando en seguida a visitarlo. En Jerez, según este escritor, «estaba de continuo después que tuvo la enfermedad». Sabemos que en Jerez y en Barcarrota tenían señoríos y solares los Sánchez de Badajoz, ¿será raro que fuera en casa de sus familiares donde lo recogieran enfermo? Pedro de Cáceres Espinosa, en el prólogo que pone a las obras de Gregorio Silvestre, dice que este poeta «vino al servicio de don Pedro, conde de Feria, *do a la sazón florecía* entre los poetas españoles Garcisánchez de Badajoz». Este conde tenía palacios en Zafra y en Badajoz, y estaba emparentado con la familia de los Sánchez de Badajoz.

Todo esto bien prueba que el trovador Garcisánchez de Badajoz, aunque naciera en Ecija y allí viviera algún tiempo, era de tronco inmediato extremeño y tenía con Extremadura lazos mucho más fuertes y arraigados que con ninguna otra región.

La eventualidad del nacimiento, cuando no va acompañada de otras circunstancias, significa muy poco para la finalidad que perseguimos en estas páginas. No se nos ocurriría, por cierto, atribuir a la solidaridad de Extremadura los merecimientos de Espronceda que no tuvo con la región otro contacto ni enlace que la permanencia de unas horas después de su fortuito nacimiento en Almendralejo. En cambio nos parecería absurdo considerar portugués a Gregorio Silvestre, que nació de padres extremeños, salió de Zafra su madre llevándolo ya en su seno, y a los siete años volvió a Extremadura, formándose espiritual y corporalmente en las mansiones de los duques de Feria.

Garcisánchez de Badajoz es de familia secularmente arraigada en Extremadura, familia que en su tiempo subsistía en esta región conservando las preeminencias que la habían hecho de los primeros linajes extremeños. El mismo, por las noticias que hemos transcrito, conservaba estrecha relación con sus parientes extremeños.

Etnológicamente, que es lo más interesante para nuestro objeto en estas páginas, Garcisánchez era perfectamente extremeño.

### K (PÁG. 206)

He aquí la «Circular» expedida por el conde de la Torre del Fresno a todos los pueblos de la provincia el día 5 de Mayo:

«Los avisos que se han recibido manifiestan que nues-

tro amado soberano y el Gobierno se hallan en un riesgo eminente, y cuando todos los pueblos se encuentran dispuestos a morir antes que se haya destruído el Gobierno, conviene que usted haga publicar en todos los pueblos de su partido, que, aunque las noticias no son del todo auténticas, deben ser suficientes para que los buenos españoles se armen y dispongan a defender su patria, si por desgracia saliese cierto que nuestros aliados correspondían con perfidia a la amistad y buena fe con que los recibimos. En su consecuencia y siendo preciso para nuestra conservación y defensa que ésta se haga con el mejor orden, y correspondamos así a las esperanzas de la Patria, abrirá V. tres registros.

En el primero se alistarán todas aquellas personas que mientras duren las circunstancias quieran servir en los Regimientos de línea que tenemos en la Provincia y conviene aumentar hasta 2.000 hombres cada uno.

En el segundo todos cuantos quieran servir en el tercio o tercios del Pueblo, que llevarán la bandera y divisa que tengan a bien elegir, y se les señalarán oficiales que los instruyan y dirijan.

En el tercero se pondrán todos aquellos que puedan servir con caballos y armas, a los cuales se les dará la misma organización que la anterior y que todo ello se execute con la brevedad del rayo, para que el enemigo, si llega a serlo, se convenza de que los españoles jamás conocen peligros cuando es preciso salvar y vengar al Rey, la Religión y la Patria.

A fin de que se halle pronto si llega el caso de emprender una marcha, debe V. tener nombrados el número de carros y acémilas que son necesarias para conducir víveres y efectos precisos para subsistencias y municiones que llevarán consigo.

Yo me glorio y honro de ser Comandante General de una provincia, fiel y valiente que en ningún tiempo ha desmentido su valor, y me prometo que en esta ocasión

se acreditará más que nunca que sabemos preferir todos los contratiempos y todos los trabajos a una opresión injusta.

Dios guarde a V. muchos años. Badajoz 5 de Mayo de 1808. — Es copia del original que se ha remitido a todos los pueblos de la provincia, y no se quitará para que llegue a noticia de todos. — El Conde de la Torre del Fresno.»

Y esta proclama que figura en los folios 14, 20, 27 y 38 de los autos del Consejo de Guerra de oficiales generales celebrado en Badajoz el 4 de Julio de 1816 por Reaorden de 16 de Febrero del mismo año, se publicó, según el dictamen fiscal, *en la época en que las provincias toleraban el yugo, gemían su esclavitud en silencio y que ninguna autoridad se había declarado abiertamente* y en que una división francesa observaba sus movimientos desde Elvas.

Todo lo cual no sólo sirve para disipar la densa nube de patrañas y groseras calumnias, que se forjó en torno del honrado nombre de este general, por menudas pasiones, perfectamente ajenas a la política, según acaso podamos probar algún día, si los desordenados documentos del archivo de su casa llegan a adquirir clasificación y catalogación conveniente, sino que comprueba plenamente mi afirmación de que fué en esta tierra donde antes que en ninguna provincia repercutió el grito santo que sonó en Madrid el día 2 de Mayo. (1)

No quiero terminar, en fin, ya que de esta guerra se trata, sin aportar un dato más, confirmador de la leal-

(1) El año 1816 se imprimió en Badajoz en la imprenta de la Capitanía general, un folleto en que se contiene el dictamen fiscal y acuerdo del referido Consejo de Guerra, donde se pueden comprobar los datos que he dado, y encontrar curiosas noticias de este suceso. No sé si habrá muchos ejemplares. Yo me he valido de uno que tuvo la bondad de facilitarme mi noble amigo el actual Conde de la Torre del Fresno.

tad y valor del noble y honrado pueblo badajocense, cuyo acrisolado honor intentó manchar de lodo la cobarde traición de los jefes militares que mendaban la guarnición de la plaza.

Ya la *Gaceta de Extremadura*, en el mismo año de 1811, y sobre todo el célebre documento que, bajo el título de *Contestación por la provincia de Badajoz al «Aviso»*, publicado por el coronel don Rafael de Hore, en el núm. 53 del *Redactor General*, firmaron y publicaron en Cádiz aquel mismo año Calatrava, Muñoz Torreros y demás representantes de Extremadura en las Cortes (1), puso cumplidamente de relieve aquella negra traición, que contrastaba con la abnegada lealtad del pueblo de Badajoz en aquellas tristes circunstancias; pero he visto además un documento que figura en el libro de acuerdos del Ayuntamiento de Badajoz correspondiente al año 1812.

Trátase de una representación dirigida por la ciudad a las Cortes de Cádiz, en el momento de ser reconquistada la plaza, apresurándose a poner de relieve su lealtad, dando para ello curiosos datos respecto de los incidentes a que nos hemos referido.

Dice así:

«Señor:

La M. N. y M. L. Ciudad de Badajoz, Capital de la Provincia de Extremadura, con el más humilde rendimiento, dice: Que si en todas épocas ha sido la más fiel a sus legítimos Soberanos, en la presente se vanagloria de haber dado las pruebas más completa e indefectibles de ello. Badajoz, Señor, fué una de las primeras poblaciones del Reino que tuvo la animosidad y honor de

(1) Puede consultarse la extensa noticia de este documento que da Barrantes en su *Aparato*.—T. I, página 198.



apresurarse a la alarma contra el Tirano de la Europa (no obstante tener éste en la inmediata Plaza de Yelves, distante de ésta tres leguas, una División de sus intrusas tropas al mando del General Quellerman), que con la más injusta y detestable maldad, paliada con el velo de armisticio, proyectó usurpar el Trono a V. M. Badajoz no duda un solo instante, en circunstancias tan apuradas, del cumplimiento de las obligaciones sagradas que le imponían su lealtad y fidelidad. Y Badajoz, en fin, a fuerza de ésta, conmueve con su ejemplo y *primeras proclamas* (1) toda la Provincia Extremeña (y aún al Reino de Portugal) cuyos habitantes vuelan a esta Capital, para componer un Ejército de veinte-mil hombres, que en pocos días se formó y que hasta tres o cuatro veces reorganizó, por las diversas circunstancias ocurridas. Si Badajoz, pues, en un principio fué solícita y activa en conservar ilesos los timbres de que blasona, sus habitantes prácticamente los han confirmado en quantas ocasiones han tenido. Si los Satélites del tirano se presentan a las inmediaciones de sus Muros para bloquear la Plaza, aquellos, con la más intrépida valentía y bizarría les salen al encuentro y traban reñidos combates, derramando gloriosa y honrosamente su sangre en los campos contiguos, de que hay reiterados ejemplares. Si después se proponen la idea de ponerle sitio y lo realizan, muestran, por espacio de más de cuarenta días, un ánimo tranquilo, sin que las incomodidades, la ruina espantosa de los Edificios por los fuegos de Artillería y destrucción de sus heredades silvestres se lo alteren; sólo desean que no se les sugete a una dominación extranjera e intrusa que aberrecen, y que se defienda la Plaza hasta el último extremo, a cuyo fin, con quantio-

(1) Es indudable que se hace referencia a los actos y proclamas del Conde de la Torre del Fresno, tanto en el paréntesis que hemos subrayado, como en estas proclamas e intimaciones de levantamiento.

sas sumas en metálico (1), con comestibles y con sus trabajos personales contribuyesen gustosos, auxilián a las tropas de su guarnición y están los más prontos y obedientes a quantas disposiciones adopte el gobierno militar de la misma; pero por desgracia quando más confianza tenían en que este llenaría el hueco de sus obligaciones y promesas; quando no se conocía un motivo fundado que les hiciese variar; y quando las grandes obras interiores, construídas con la mayor presteza, lisonjeaban de que, aun después de hecha verdadera brecha y de asaltada esta, podía defenderse, como que no faltaban municiones de todas clases con que hacerlo y como que era numerosa la guarnición que había dentro de sus muros, vieron frustrados en un momento todos sus designios. El Governador D. Josef Juan trató de capitular a una leve intimación de los mariscales franceses Soult y Mortier y olvidado prontamente de todas sus obligaciones y promesas: el pueblo esperanzaba de la realización de estas y aun no faltaron vecinos, que a representación de los demás, se presentasen a aquel y le ratificaran sus designios dedicidos de sacrificar sus vidas en defensa de la Patria, antes de que se les impusiera el yugo del tirano: Se realiza, en efecto, con tanto sigilo, la capitulación que aún en el día puede afirmarse que se ignoran sus artículos. Desde este fatal instante, el Governador y Gefes abandonan sus respectivas tropas y éstas, presintiendo aquella, se olvidan del Carácter de Españoles y de la Religión Católica que profesan y con el más inaudito desenfreno e insubordinación en la noche del triste y desgraciado día 10 de Marzo de 1811, se precipitan con rabiosa saña al horroroso y

(1) Entre los grandea rasgos de desprendimiento de muchos badajocenses en aquellos días están los del rico diácono Tobar, que entre otros, tuvo el de dotar con tres reales diarios de su peculio particular a todas las fuerzas de la guarnición. (V. Barrantes, h. 1.)

*abominable saqueo de las casas de los vecinos, para el qual no se desdeñan de quebrantar y falsear sus puertas y cometer otras atrocidades contra aquéllos que durante el sitio habían francamente contribuído con quanto les pidió el Gobierno, además de lo que voluntariamente prodigaron en abundantes comidas, que las mismas Mugeres les Suministraban y servian. (1) Este ejemplo, Señor, tan escandaloso, es indudable influyó no poco a que los franceses, en su entrada a al Plaza el siguiente día 11, reiterasen los saqueos, hasta de algunas Iglesias Sus ornamentos lámparas y vasos Sagrados y cometieron algunas y otros insultos con los que aumentaron el llanto y la afliccion de las que *victimas de sus propios defensores* habian sidos entregados a la dominación enemiga que detestaban, con tan precipitada cobardia. Este Ayuntamiento, Señor, se halla cerciorado por el papel impreso que entró en esta Plaza, sin temor a las bayonetas francesas en tiempo que la ocupaban formado por sus diputados en Cortes (2) que V. M. ha sido informado de la certeza de quanto va referido y de que daría en su caso la más completa justificación si fuera preciso como así lo asegura. Sensible, pues, le es hacer algunas reminiscencia de época tan aciaga por los horrores, sacrilegios y profanaciones cometidas: mas no puede dejarse en silencio porque ha llegado ya el dia deseado de hablar y demostrar los incalculables males que se han seguido a los habitantes de esta Ciudad y a que le son responsables los que faltando a sus obligaciones militares y políticas capitularon la rendición extemporaneamente y a ciencia fija del próximo socorro que llegó a los catorce días siguientes. . .»*

(1) Este horrible detalle de la traición de las tropas no lo he visto mencionado más que en este importante documento, de cuya veracidad no es lógico dudar.

(2) Alude sin duda al documento de que hice mención arriba y que trae Barrantes en su *Aparato*.

Aquí continúa haciendo la descripción de los horrores a que sometió el enemigo a la ciudad con sus inauditas exacciones, para poner de relieve la necesidad en que se encuentra ésta de protección por parte del Gobierno.



# INDICE

---

	<u>Páginas.</u>
Dedicatoria . . . . .	5
Prólogo de la primera edición . . . . .	7
Prólogo a la segunda edición . . . . .	13
Plática que originó este libro. Aspiración primitiva y motivo de la nueva edición . . . . .	17
Conferencia I . . . . .	23
I. España primitiva. — II. Primeros destellos de nacionalidad, 26. — III. Significación de la obra de Viriato, 27. — IV. Relación de Viriato con Extremadura, 29. — V. Esterilidad de los movimientos armados para crear naciones, 30. — VI. Asimilación por España de la cultura romana, 32.	
Conferencia II . . . . .	35
I. Elementos étnicos de España al caer el Imperio. — II. Error de Dozy, 37. — III. Religiosidad de los hispanoromanos, 37. — IV. Dualidad de los vencidos, 38. — V. Los godos de Alarico y los godos de don Rodrigo, 39. — VI. Vencimiento moral de los godos por los hispano latinos, 40. — VII. Intervención de Extremadura en este suceso, 41. — VIII. Importancia de concilio I de Toledo e intervención de los extremeños en él, 43. — IX. Valor de la intervención de los extremeños en ese Concilio, 45. — X. Las referencias de Paulo Diácono, 46. — XI. Los silencios de este cronista, 48. — XII. El arzobispo Mausona, 50. — XIII. El conde Claudio, 54. — XIV. Alcance de estos sucesos en la vida moral del país, 57.	
Conferencia III . . . . .	59
I Paralelismo entre el tiempo físico y el moral. — II. Caída de la monarquía goda, 59. — III. Resistencia de Mérida, 61. — IV. Carácter y significa-	

- ción de la resistencia de Mérida, 61.—V. Isidoro Pacense, 63.—VI. Extremadura ante la invasión sarracena, 64.—VII. Síntesis, 66.
- Conferencia IV ..... 67
- I. Efecto de la catástrofe en la etnología española.—II. Distinta situación de los Estados árabes y cristianos en la Reconquista, 68.—III. Elementos disolventes que traía en su seno este pueblo y ventaja que ésto da a los primeros progresos de la Reconquista, 69.—IV. Extremadura es un constante foco de todas las rebeliones, 73.—V. Posibilidad de la intervención de los españoles de Extremadura en estas luchas, 75.—VI. Pruebas de la intervención que tuvo Extremadura en estas discordias, 77.
- Conferencia V..... 81
- I. Ventajosa situación de los cristianos para la Reconquista.—II. Carácter especial que las rebeliones y discordias arábicas toman en el siglo IX, 84.—III. Trascendencia de estos movimientos, 86.—IV. Mahmud de Mérida, 88.—V. Aspecto religioso de la insurrección española, 89.—VI. Merwan, 92.—VII. Parte que toma Extremadura en estos acontecimientos, 94.
- Conferencia VI..... 97
- I. Errores que se propalan acerca de los árabes.—II. Verdadera situación de la autoridad real ante las entidades tribales, 99.—III. Importancia de las entidades tribales para la organización social arábica, 101.—IV. Política de Abderraman III y de Almanzor, 103.—V. Consecuencias de esta política, 106.—VI. Relación de la labor de Extremadura en aquel tiempo con estas funestas consecuencias, 106.
- Conferencia VII ..... 109
- I. Evolución política que consuman los reinos cristianos de España en el siglo XI.—II. Coincidencia en esta evolución de la España arábica y distinta causa a que obedece, 111.—III. Parte que a Extremadura corresponde en las glorias del reino badajocense, 113.—IV. Intervención de Extremadura en la evolución política del siglo XI, 115.

Conferencia VIII.....	117
I. Desenvolvimiento del pueblo español en la época arábiga y participación que la corresponde en la obra atribuída a los árabes.—II. Supuesto paréntesis del progreso musulmán bajo los Almoravides, 120.—III. Orientación que adoptó entonces la cultura árabe, 123.—IV. Intervención de los musulmanes extremeños en esa obra, 125.—V. Influencia de la cultura musulmana en Europa, 127.	
Conferencia IX.....	131
I. La caballería andante.—II. Cómo llega a España el ideal caballeresco, 133.—III. La psicología española, 137.—IV. Consecuencias de las cruzadas, 139.—V. Las Ordenes de Caballería de Extremadura, 140.	
Conferencia X.....	141
I. La crisis europea del siglo xv.—II. Estado de España, 142.—III. Extremadura al entronizarse los Reyes Católicos, 144.—IV. La Santa Hermandad, 146.—V. Extremadura en la organización legislativa, 149.—VI. El monasterio de Guadalupe y sus escuelas, 152.—VII. Se inicia la asistencia de Extremadura en las empresas exteriores, 155.—VIII. Regeneración moral de España y aportación de Extremadura a esa obra, 156.—IX. Corolario, 159.	
Conferencia XI.....	161
I. Aspecto más interesante de la obra realizada por España en América.—II. Frailes extremeños en América, 164.—III. Causa moral de la participación decisiva de Extremadura en esta empresa, 165.—IV. Importancia de la labor realizada en América por los frailes extremeños, 168.—V. Los extremeños en Filipinas, 171.—VI. Aspecto intelectual de esta labor, 173.—VII. Corolario, 174.	
Conferencia XII.....	178
I. Evolución artística del siglo xv. Su manifestación en la poesía lírica y parte que en ella toma Extremadura.—II. En la sátira. Extremadura bajo este aspecto, 179.—III. En la arquitectura, Juan de Badajoz, 182.—IV. La misma evolu-	

ción en la pintura, 184. — V. Morales, 187. — VI. Conclusión, 189.	
Conferencia XIII.....	191
I. El teatro al comenzar la Edad Moderna. — II. Influencia de Diego Sánchez, de Badajoz, en los comienzos del teatro nacional, 194. — III. Torres Naharro, 197. — IV. Su importancia en la creación del teatro nacional, 199. — V. Díaz Tanco, 204. — VI. Carvajal. Miranda, 206. — VII. Romero de Cepeda, 207.	
Conferencia XIV.....	209
I. Florecimiento mental de España. — II. Extensión de la cultura filosófica y teológica. Aportación de Extremadura a la reforma ortodoxa de los estudios teológicos, 213. — III. Los extremeños en la filosofía de aquel tiempo, 228. — VI. Los extremeños en la mística, 221.	
Conferencia XV.....	226
I. Las teorías literarias en España durante el siglo XVI. — II. El Brocense, 230. — III. Arias Montano, 232. — IV. Labor política de Arias Montano, 233. — V. Fortuna de esta labor, 235.	
Conferencia XVI.....	237
I. El siglo XVII en España. — II. Pedro de Valencia, 239. — III. Otras aportaciones mentales de Extremadura en este siglo, 243.	
Conferencia XVII.....	245
I. La vida española en el siglo XVIII. — II. Forner, 246. — III. Huerta, 249. — IV. Meléndez. Berguiras, 252. — V. Salas, 254. — VI. Aportaciones pictóricas. Los Mures y los Estradas, 256.	
Conferencia XVIII.....	259
I. El siglo XIX. — II. Extremadura ante la invasión francesa, 260. — III. Extremadura en las Cortes de Cádiz, 262. — IV. Extremadura en la vida intelectual, 264. — Extremadura en la filosofía y en la política del siglo, 265. — V. Corolario, 266.	

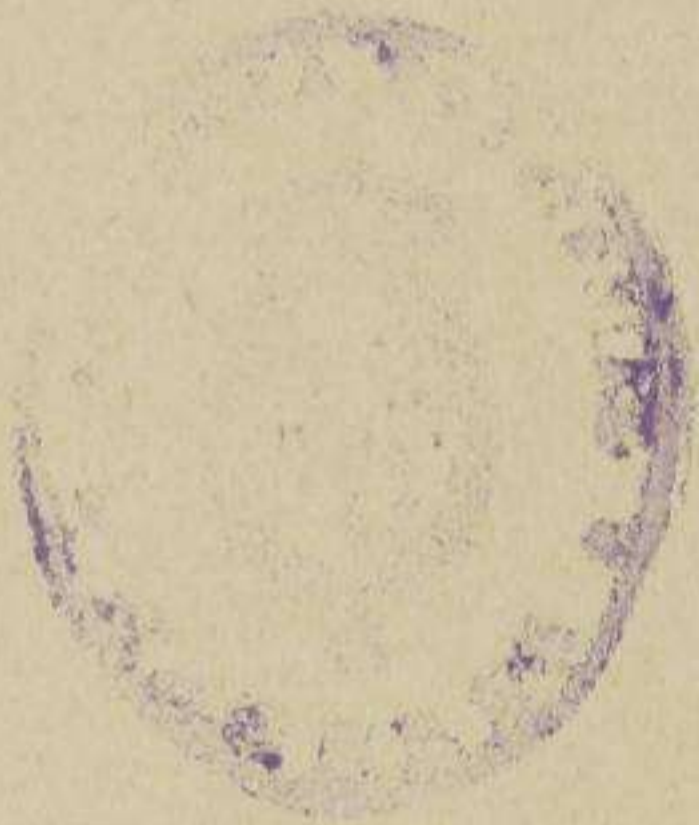


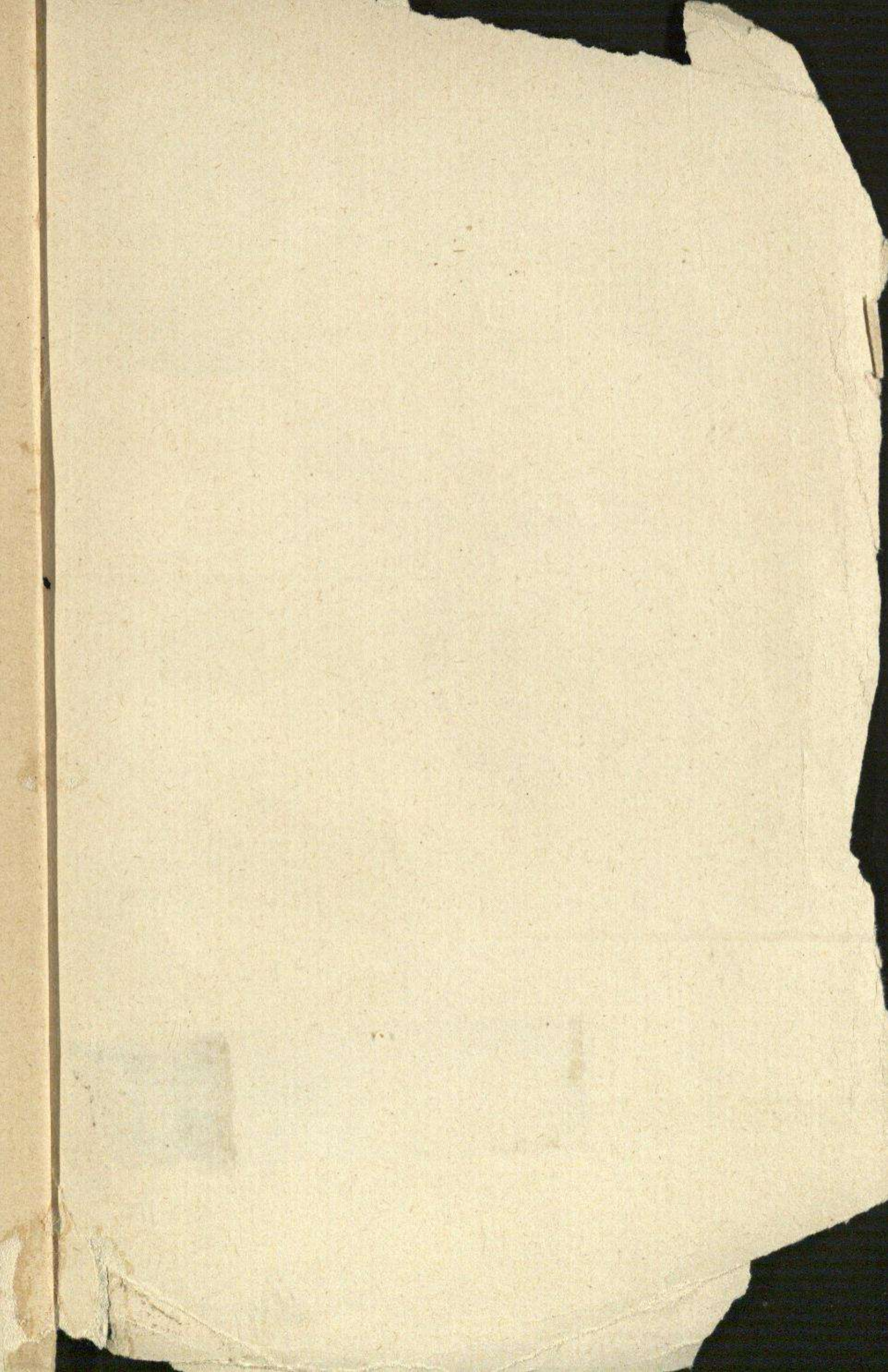
# APENDICES

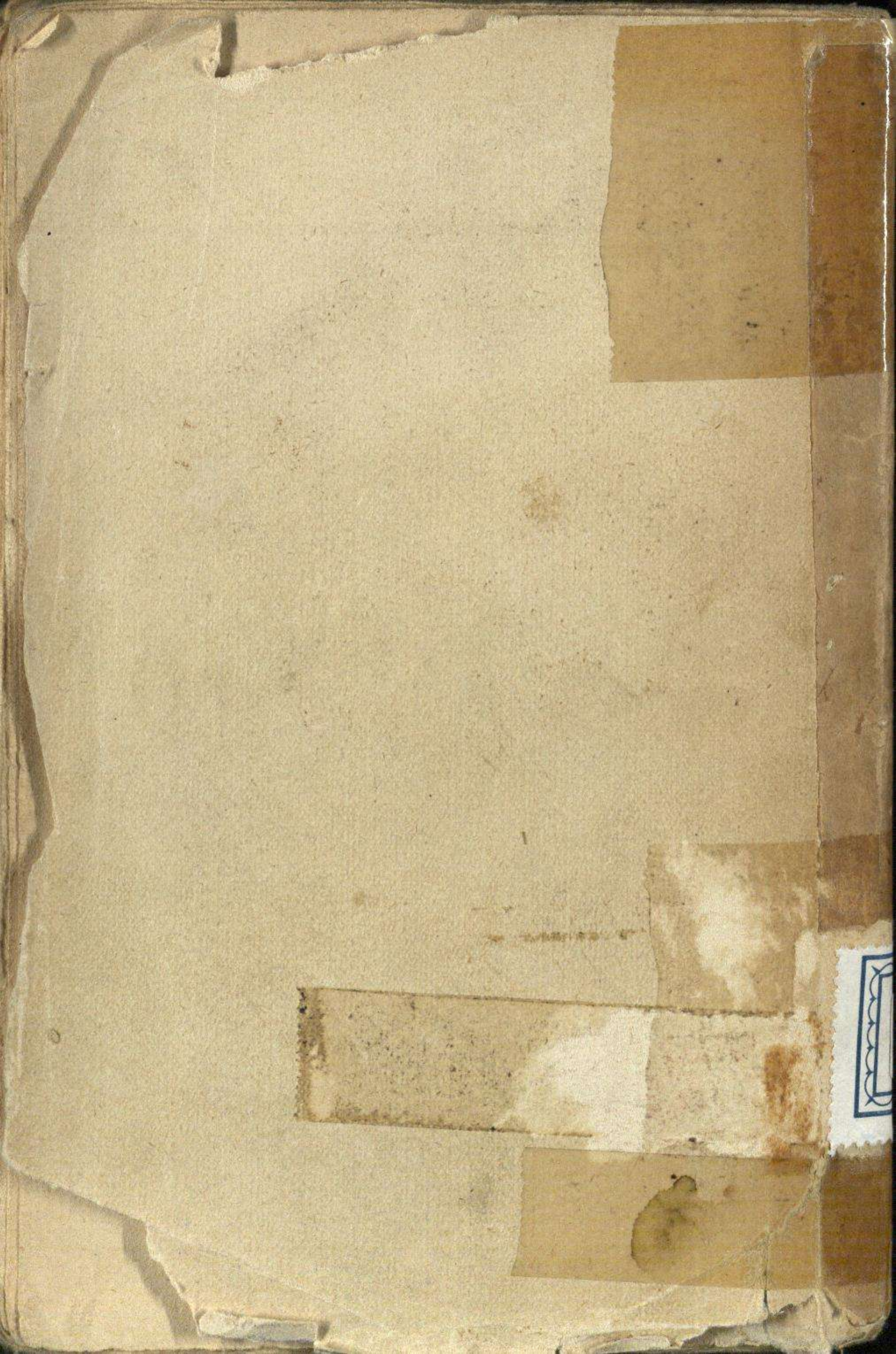
	Páginas.
A (pág. 28). — Acerca de la diferenciación entre la insurrección de Indivil y Mandonio y la de Viriato.....	269
B (pág. 28). — Carácter nacional del movimiento insurreccional de Viriato, y región en que se inició.....	271
C (pág. 32). — Acerca de las behetrias y castros de donde los romanos obligaron a salir a los celtíberos,....	275
D (pág. 34). — Sobre la superioridad de Mérida romana, e interpretación de los versos de Ausonio que la cantan.....	276
E (pág. 50). — Sobre la probable estancia de la corte de San Hermenegildo en Mérida y la no probada estancia de la tal corte en Sevilla. Observación acerca de la nacionalidad goda de Mausona.....	284
F (pág. 57). — Acerca del verdadero concilio IV de Toledo.....	289
G (pág. 64). — Sobre la existencia, carácter episcopal y patria de Isidoro Pacense, y falta de motivos para considerar como único verdadero obispado pacense el de Beja.....	291
H (pág. 140). — Respecto de las órdenes militares de Santiago y Alcántara en Extremadura... ..	303
I (pág. 155). — Sobre los estudios médicos en el Monasterio de Guadalupe.. ..	307
J (pág. 179). — Acerca de la patria de Garci-Sánchez de Badajoz y el movimiento literario de Extremadura y especialmente de Badajoz en aquella época.. ..	313
K (pág. 206). — Acerca de las especies calumniosas con que se pretendió empañar en la guerra de la Independencia, primero el honor del conde de la Torre del Fresno y luego el buen nombre de la ciudad de Badajoz... ..	315

## ERRATA IMPORTANTE

En la página 128, línea 15, dice: *les traductions latines d'etristote*. Debe decir: *des traductions latines d'Aristote*.







JOSE L. O.  
PRUDEN.

2/17178

